



# REY

*de los Diamantes*

AIDÉE JAIMES

# **Rey de los Diamantes**

por Aidèe Jaimes

Copyright © 2019 por Aidèe Jaimes

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos descritos en esta novela son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Para mi madre, que me empuja más que nadie a seguir mi sueño. Y por el amor de mi vida, que me proporciona todo tipo de material delicioso.

# Contenido

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Capitulo 16](#)

[Capitulo 17](#)

## Capitulo 18

# Capítulo 1

## El Buen Señor King

*El buen señor King con el auto oscuro y una reputación aún más oscura se arrodilló ante la pelirroja, ofreciéndole las esposas incrustadas de diamantes que había hecho con sus propias manos.*

*Inclinando la cabeza, dijo: —Estoy perdido.*

*—Ya, ya, mi mascota. Guiaré tu camino, si te entregas a mí.*

*—Me someto a tu voluntad.*

*La mujer colocó las esposas brillantes alrededor de sus muñecas cómodamente, tomando de él lo que tan voluntariamente le dio. De ahora en adelante, ella sería su luz de guía, su gobernante, su reina.*

*Con una sonrisa satisfecha, la mujer se llevó su cabeza a la cadera y le dio una palmada en la espalda. —Muy bien, señor King.*

## *Winnifred*

—Qu... —Me dirijo a mi jefe, Brian, mi mente tardando demasiado en procesar su rostro.

—Señorita Mills, has estado allí durante casi diez minutos. Si quieres pararte congelada en tu propio tiempo, hazlo. Pero mientras estás aquí, estás trabajando, ¿entiendes?

—Sí señor. Lo siento...

—No me importa, señorita Mills. Esas formas no se van a llenar solas —dice y se aleja, pasándose una mano por su cabello grasoso y lanzando sobre su hombro una última. —¡Ahora, señorita Mills! —antes de desaparecer en su oficina.

¡Oh, cómo me molesta ese hombre! 'Mientras está aquí, está trabajando' —lo imito, arrugando la nariz. El único aquí que no trabaja es Brian.

Me doy la vuelta para mirar a través de la sala de conferencias con paredes de vidrio en el extremo más alejado de nuestro piso y suspiro.

—Hay tantas posibilidades de tenerlo como de tener una estrella.

—En realidad, creo que puedes hacer eso ahora. O tal vez solo sea nombrar una —me pregunto en voz alta.

—Lo que sea, me encantaría tener un pedazo de eso —dice Sarah, y ambas asentimos al mismo tiempo.

Jonathan Michael King, Presidente Ejecutivo de la M&K Compañía de Diamantes, una de las empresas de diamantes más lucrativas del mundo, con más de quinientas tiendas en los Estados Unidos, Londres, Australia y París. Sí, es algo grande y lo sabe.

Está sentado en una mesa larga en una habitación llena de asociados, todos los cuales prácticamente lo adoran. Las mujeres quieren estar con él. ¿Y los hombres? Pues, probablemente también.

Pero nunca se mezcla con una empleada, aunque algunas aquí han intentado en más de una ocasión probar la teoría de que, a menos que tengas las piernas hasta el cuello y una cara de oro, no tienes oportunidad. Lo han probado bien. Rompe corazones sin discriminación.

—¿Por qué el suspiro largo, pequeña? —Sarah pregunta. No sé por qué me llama pequeña cuando, a los treinta, probablemente sea cinco años mayor que ella. Tal vez puede oler la inexperiencia en mí.

—Nada. Solo estoy de acuerdo contigo. Es muy guapo. Lástima que nunca



se fijaría en alguien como yo.

Sarah no está de acuerdo conmigo, pero tampoco está en desacuerdo. En cambio, ella me da una palmadita en el hombro con tristeza. —Tú y yo, hija.

Con una última mirada al hombre que la revista Estilo y Fortuna acaba de llamar El Rey de los Diamantes, vuelvo a mi escritorio.

—Estoy preocupada por ti. ¿Qué pasa?

—Nada, mami. Todo está bien.

—Mentirosa.

Desplomándome sobre mi sofá/cama, dejo caer mi cabeza. —Solo estoy cansada. Ha sido un día largo.

La línea está en silencio por un momento. —Winn, son casi las nueve. Por favor, dime que no te quedaste tarde en el trabajo otra vez.

—Está bien, no te lo diré.

—Winnifred Anne Mills! Esto es ridículo y no lo soportaré más.

Frotándome los ojos con el dorso de las manos, hago todo lo posible por no dejar que mi madre me afecte. No es que esté fuera de lugar. Es que tiene toda la razón. —Mami, no será así para siempre. Si puedo aguantar un poco más...

—¿Más? ¡Han pasado cuatro años!

—Este es un buen trabajo. Tiene grandes beneficios y me da una buena vida. Bueno, algo así. Si puedo aguantar, puedo llegar a asistente ejecutiva y salir de debajo de Brian, tendré tiempo para...

—¡Asistente ejecutiva, ni que nada! —mi madre interrumpe de nuevo. Ese hombre no te va a dejar ir. ¿Por qué lo haría? Trabajas como una burra todos los días para asegurarle un buen bono.

—No tiene bonificaciones. —Al menos no creo que lo haga.

—¡Y qué tipo de vida es cuando trabajas tan duro que no puedes salir a tomar una copa porque estás demasiado cansada y vives en un estudio donde literalmente duermes junto a tu nevera!

—Mami.

—¿Qué hay de tu escritura?

—¿Qué hay con ella? —pregunto, recogiendo el dobladillo de mi falda.

—¿Has estado trabajando en eso? ¿Qué pasa con Corazón Joven? ¿Como va eso?

Por un segundo pienso en mentir y decirle que lo terminé. —Um.

—Justo como lo pensé. Estás demasiado cansada para escribir, ¿verdad?

—me exige.

—Es cierto, mami. Todo lo que dices. Brian es un imbécil, pero está cogiéndose a una mujer de mero arriba y todos, menos las personas que importan, lo saben. Es un perdedor de primera clase y sí, yo hago la mayor parte de su trabajo. Pero esta es una buena compañía y necesito el dinero.

—¿Y tus libros? —repite la pregunta.

—Llegaré a eso en algún momento. No pagará las cuentas.

—Podría eventualmente.

—Necesito el dinero ya.

—Winn, ¿por qué no dejas el trabajo? Ven a vivir conmigo. Puedes escribir sin preocuparte por las facturas. Cuando llegues a lo grande, entonces puedes comprarme una casa en algún lugar bonito.

—Ya tienes una casa en un lugar bonito —declaro.

—Una mejor.

—Sí, por supuesto que lo haría.

—Quiero que escribas, Winn. Te quiero cerca de la familia. ¡Cat, Liz y tu podrían pasar tiempo juntas y salir a noche de chicas!

Es ciertamente una proposición tentadora. Realmente, aparte de mi apartamento, no tengo facturas. No hay tarjeta de crédito. No tengo carro. No hay tiempo. Sin amigos.

Después de asegurarle a mi madre preocupada que consideraría su oferta, me siento en mi escritorio, una cosa vieja que estoy segura que ha existido por más tiempo que yo, con vistas a las ventanas del edificio de al lado. De hecho, estoy tan cerca que no puedo ver nada más que ventanas. Es deprimente.

La parte trasera de la casa de mi madre da a un pequeño lago rodeado de palmeras, donde a ibis y anhinga les gusta molestar a los caimanes. Las palmeras se mecen en la brisa húmeda, y el verde de todo brilla sobre el fondo de un cielo azul profundo. Eso es lo que estaría viendo ahora si estuviera en casa.

¿Y si me mudo a Florida con mi madre? Aunque no me gusta el calor, me gusta la Florida misma. Ella vive en una calle tranquila en una comunidad cerrada que está bien cuidada. Claro, está en medio del pantano, pero eso agrega a la belleza natural. Es un lugar que podría inspirarme. Ciertamente me daría tiempo para concentrarme en mi escritura.

La cosa es que estaría viviendo de mi madre. Si bien tengo algunos ahorros, sin ningún ingreso los atravesaría incluso más rápido de lo que estoy ahora. No sé si podría depender de ella otra vez. ¡No a los treinta años!

Por otra parte, no sería para siempre. Las cosas se están viendo un poco apretadas para mí. Después de que Carolyn y Taylor se mudaron, tuve que recurrir a mis ahorros de todos modos.

Y si tuviera tiempo, obtendría más libros publicados y volvería al juego. Quizás esta vez permanezca en él y gane lo suficiente como para mantenerme. Le daría a mi mamá lo que quisiera. Es una decisión difícil, una que no puedo tomar a la ligera, y no esta noche cuando estoy tan cansada.

Abandonando el pensamiento, abro mi MacBook y miro los pequeños iconos que muestran cuatro manuscritos completos y dos trabajos en progreso. Me río un poco al ver mi último trabajo, el que comencé hace un mes y casi terminé. Es un libro que jamás publicaría. ¡Dios no! Este fue hecho puramente para mi disfrute. Y como he disfrutado escribirlo.

Todo comenzó con una conversación simple, pero a menudo la tengo cuando decido revelarle a alguien que, además de ser asistente de un contador en M&K, también soy escritora.

—¿Oh? —Sus ojos siempre se ensanchan con asombro. Entonces me hacen un millón de preguntas. La número uno es: —¿Escribes libros para niños?

No es que no quiera escribir libros para niños. De hecho, si tuviera el talento, la creatividad para mantener a un niño entretenido con un libro y al mismo tiempo enseñando una lección, lo haría. Por mucho que quisiera poder, simplemente no tengo ese don.

Realmente, no puedo ver cómo esta es siempre una suposición automática ya que no tengo hijos, sobrinas o sobrinos. Aunque mi hermano Garrett tiene diez años, cree que es un adolescente y solo está interesado en los libros de cómicas.

Como dije, no es que no quiera escribir libros para niños, es que nunca he tenido una historia que escribir.

Así que, cuando me hicieron esta pregunta hace un mes, me puse a pensar. ¿Por qué no? Tal vez este podría ser lo que necesito. Si pudiera pensar en algo lo suficientemente único, los libros para niños podrían ser genial. Después, mientras estaba sentada en mi escritorio aburrido de M&K, mirando al vacío de la oficina de Brian, empecé a imaginar lo que sería si pudiera hacer algo más grande con un libro.

Podría llamarlo El Buen Señor Araña. Sería un libro compuesto de muchos cuentos con el Señor Araña como el personaje principal. Por supuesto, llegaría a la lista de los diez más vendidos. Cada historia se

convertiría en una película. ¡Sería rica! Le enviaría a Brian Campbell, el contador cabron, una larga carta de despedida, diciéndole que se vaya a la mierda.

Bueno, tal vez no sería tan grosera. O quién sabe, si tuviera el dinero, podría ser lo suficientemente audaz.

Esa noche cuando fui a casa, lo primero que hice fue entrar en mi computadora. Estaba ansiosa por comenzar mi nueva carrera como autora de libros para niños.

Nuevo documento de Word abierto, comencé a escribir.

### **El Bueno Señor Araña...**

Un pequeño emergente en la parte superior derecha de mi pantalla me alertó de que había un nuevo mensaje de nuestro Ejecutivo. Debido a que en secreto espero que uno de esos mensajes algún día sea para mí directamente, hago clic en la casilla.

Era un boletín a todos los empleados, anunciando la fecha en que van a revelar un nuevo corte de diamante en mayo. Mientras que el mensaje procedía del señor King, dudo que fue escrito por el hombre mismo y ciertamente no era para mí directamente. En realidad, al estar en el departamento de contabilidad, no me correspondía en absoluto.

*—Me complace anunciar la inauguración del nuevo corte Sandoré en nuestra Gala de Brillantes anual que se realizará en Kensley Hall...*

No terminé de leer el artículo. ¿Qué me importaba? Sólo los ejecutivos y los ricos estaban invitados a las Galas. Incluso era poco probable que Brian tuviera la oportunidad de ver este diamante en persona.

Cerrando el correo electrónico, volví a mi nuevo manuscrito.

### **El Buen Señor Ara...**

La Gala del Brillantes. ¿Qué hermosa criatura tendría la suerte de estar envuelta alrededor del brazo del señor King? Era una buena apuesta que la envolvería en millones de dólares de sus diamantes, luego ella envolverá sus piernas alrededor de su cintura esa noche.

### **EL Buen Señor...**

Me pregunto si dejara que se quede con esos diamantes. No, no lo creo. Por lo que he oído, se asegura de que sepan que no quiere nada más que una buena noche con ellas. Sí, gastará miles de dólares en ella, le dará una o dos noches que recordará para siempre. Pero eso es todo. Él nunca miente. Pero sus corazones todavía están rotos.

## El Buen...

Bajo una pila de papeles en mi escritorio encontré la revista Estilo y Fortuna que compré hace tres meses, leí más de cien veces, pero me niego a tirar. Le doy un vistazo a la portada, la que he memorizado en los detalles más pequeños, pero no me canso de ver.

*El Rey de los Diamantes*, dice el titular. *Conoce al hombre detrás del brillo. Jonathan King habla sobre la vida, el amor y lo que depara el futuro.*

Y ahí está, en toda su magnífica gloria. Jonathan King, conocido por sus compañeros simplemente como John. A los cuarenta y tres años, todavía rompe corazones por todo el globo. Nunca casado, sin hijos, sin mascotas. Él nunca asentará cabeza, sus propias palabras, no las mías. No es el tipo para casarse. No toma el golf en serio, le encanta el tenis, viajar y el ajedrez.

Miro con ganas al hombre apoyado en su Jaguar XJ negro, la confianza rezumbando de su postura casual. Incluso si no hubiera sabido que ese era su auto, lo asumiría. Refleja a su dueño, desde la elegancia de un gato, hasta el poder que sabes que se encuentra debajo de la capucha.

Ese Jaguar es Jonathan King.

Al igual que su auto, el señor King es guapo de esa manera que le quita el aliento, elegante. Es como si alguien hubiera tomado una masculinidad cruda, con un cuerpo delgado y musculoso, y de alguna manera pudiera meterlo en un traje negro perfectamente hecho a medida. El resultado es un sentimiento de sexualidad apenas controlada que, cuando se libera, es nada menos que una catástrofe para la persona sobre la que se desató.

Sí, definitivamente hay mucho poder bajo esa capucha.

No es de extrañar que muchas de las que habían sido víctimas de sus encantos fueran a menudo mendigas, literalmente, pidiendo más. La semana pasada, Natasha Chase hizo el ridículo ante nuestras propias puertas, exigiendo verlo y luego llorando como una bebé cuando se le negó la entrada.

—¡Se suponía que te enamorarías de mí! —gritó la modelo—. Yo te dejo a ti, John. ¡Yo soy la que te dejo! —Apunto al edificio como si fuera él y lo pateó antes de irse.

No pude ver nada de eso en persona, pero estaba muy consciente de que había una conmoción en la planta baja. Además, las noticias pasaron la escena lo suficiente para que yo y el resto del mundo pudiéramos ver bien el desastre que había dejado.

En cuanto al diablo, ni siquiera estaba en el país. De hecho, aunque vive en el estado, solo viene a Manhattan unas cuantas veces al mes y, de esas, solo

hace una aparición en las oficinas a veces. Pero las pocas que viene, yo, junto con el resto, anhelamos ver al rey.

Nos gusta el dolor, parece.

Vuelvo a mi libro.

## **El Bue...**

Me pregunto cómo sería si algún día me eligiera a mí. Por supuesto, sé que eso no es más que una fantasía. No es que no crea que me merezca a un hombre como él. Solo que nuestros mundos nunca van a chocar. ¿Pero si lo hicieran, y él se fijará en mí? ¿Quién diría no a eso? Me tomaría una noche con él en un instante. La pregunta es, si lo hiciera, ¿podría dejarlo ir? ¿O sería un desastre ambulante después de haber estado con la fuerza que el señor King debe ser en la cama? Realmente, debe ser algo especial. ¡Un ciclón!

Entonces me pregunto qué tipo de mujer tomaría para finalmente amansar a un hombre como él, si es aún posible. Para dominarlo y hacerle suyo. ¿Existe tal mujer?

Hm.

*El buen señor King con el auto oscuro y una reputación aún más oscura se arrodilló ante la pelirroja, ofreciéndole las esposas incrustadas...*

Las historias despegaron. Una tras la otra vinieron a mí, como un río que fluía, salvajes y fuera de control.

En lugar de una historia sobre una araña que hace nuevos amigos de todo tipo de insectos, escribí sobre un hombre, que una vez fue Rey, ahora un sumiso dispuesto. En lugar de escribir historias que entretuvieran a niños de todas las edades, escribí una historia erótica tras otra. Todas y cada una con un cierto John como el personaje principal, y una pelirroja fuerte como su amante. Ella ordenaba, él obedecía.

Dios mío, no, estas historias son solo para mí. Tal vez algún día, cuando esté vieja y encogida, las publicaré. Un día cuando no me importe quién sabe qué de mí.

Por ahora, voy a tratar un poco de lectura. Vertiéndome un vaso de vino que alguien me regaló hace unos meses de Navidad, decido tomarme un descanso del trabajo, de las decisiones y de la realidad. Todo lo que necesito es un poco del señor King, dos dedos y un zumbido.

Puede que haya evitado la realidad la noche anterior, pero en algún momento alrededor de las cuatro de la mañana me golpea con toda fuerza en la forma de la peor resaca que he tenido. En el momento en que mis ojos

crujientes se abren, la habitación comienza a girar y el estómago me burbujea.

Haciendo una mueca, me incorporo, orientándome.

¿Dónde estoy? Mirando alrededor del pequeño estudio y frotándome la parte de atrás de la cabeza, veo que he estado durmiendo en el piso de madera dura. La botella de vino vacía y las dos cervezas están al lado de mí, y me trago el vómito que arde en mi garganta con solo pensar en la cantidad de alcohol en mi sistema. Mierda, ¿cómo no morí?

De pie, muy lentamente, me aferro a mi escritorio tambaleante para mantenerme firme, cuando veo que mi computadora portátil todavía está abierta. Automáticamente, cierro la parte superior y me dirijo al baño, para vomitar, orinar, pase lo que pase.

Me arrepiento de lo que tome con cada fibra de mi ser. Inclinandome sobre el fregadero, comienzo a recordar todo lo que hice.

La pasé muy bien con El Buen Señor King. Después de unas tres copas de vino, encontré suficiente inspiración para escribir un capítulo de Corazón Joven. Luego procedí a terminar El Buen Señor King. Como recompensa por completar una novela, incluso si no era algo que pretendía publicar, terminé la botella de vino. ¡Vaya! El pensamiento solo me da nauseas.

Entonces... Mierda. Mi estómago molesto se hunde aún más a medida que empiezo a recordar lo que sucedió después. ¿Escribí una carta de renuncia?

—¡No! —grito y corro a mi computadora portátil para encenderla. —¡Por favor no, no, no!

Pero sí. Ahí está en mi bandeja de salida de M&K.

*Para: Brian Campbell*

*De: Winnifred Mills*

*CC: Jonathan M King*

*BCC:*

*Asunto: Crata de Regisnacion*

*Entonces... no creo que esto funcione para mí. ¡Pedorrarme! Brian eres un gilipollas. ¡Ve a chupar una declaración!*

*Leeee la carta qje pege.*

Adjunta en la parte inferior esta un documento de Word titulado—. Renonco.

Oh dios mío. No solo renuncié, sino que mi ortografía era tan horrible

que el sistema no podía reconocer las palabras y corregirlas automáticamente. Para empeorar las cosas, la envié a el señor King, también. ¿Cómo es que fui capaz de añadirlo sin ningún problema? ¿Cómo no escribí mal su nombre? Y de alguna manera había iniciado una sesión exitosamente en el servidor M&K desde mi computadora portátil. Durante meses, Brian había estado intentando que yo hiciera eso para poder trabajar desde casa los fines de semana, pendejo. Hice lo mejor que pude para no aprender, pero supongo que lo hice de todas maneras.

Sintiéndome derrotada, medio borracha y medio de resaca, doy los dos pasos para llegar a mi cama y me lanzo sobre ella. ¿Qué he hecho? ¿Se puede arreglar esto? En este punto, ¿querría poderlo hacer?

El daño ya está hecho. No hay manera de que pueda volver de esto. Mientras yacía allí, sintiéndome enferma y estúpida, empiezo a pensar que tal vez esto no sea tan malo. Tal vez esto es una señal. Tal vez mi cuerpo estaba tan cansado que aprovechó la ausencia de mi cerebro y decidió renunciar por mí.

Tiene que ser una bendición disfrazada, no hay otra forma de verlo. Mi renta vence en dos días. De alguna manera tengo el dinero para ella. Todo lo que tengo que hacer es llevarla junto con un aviso de 30 días para desalojar, escrito con sobriedad, y puedo tomar el primer vuelo a Florida. Comenzar de nuevo. Otra vez.

Ni siquiera necesito volver al trabajo, no me queda nada. No hay nada en mi escritorio que realmente me pertenece.

Sí, esto es algo bueno. A primera hora de mañana me voy de aquí. Lejos de apartamentos solitarios, jefes de mierda y un rey sexy que no tiene idea de que yo exista.



## Capítulo 2

### El Buen señor King y la Mesa Larga

*El buen señor King caminó a lo largo de la mesa larga en la sala de conferencias. Vestido en un traje a rayas gris, él era todo gracia y confianza elegante. Una sonrisa maliciosa ensancho sus labios.*

*Se puso de pie ante su ama, quien estaba sentada en la mesa. La hermosa pelirroja se echó hacia atrás y abrió sus piernas, exponiendo su núcleo a él.*

*—¿Has sido un buen jefe hoy? —le preguntó ella.*

*—El mejor, mi ama. No despedí a un solo empleado.*

*El señor King se arrodilló ante ella y presionó sus cálidos labios sobre su humedad, saboreándola.*

*—Tut-tut, señor King. No pediste permiso.*

*Sus ojos grises miraron hacia arriba llenos de arrepentimiento, y se apartó de su banquete a regañadientes. —Ama, lo olvidé.*

*—Mm, sé que te he enseñado mejor que eso. Ahora, debo disciplinarte. Es por tu propio bien.*

*—Sí, mi ama.*

*—Desabróchate los pantalones, luego gira y coloca las manos sobre la mesa. —Hizo lo que ella le pedía, y vio la paleta de cuero rojo, por la que él ansiaba, sobre la superficie. —Muy bien, señor King. Creo que diez nos ayudará a recordar decir por favor y gracias.*

*Su señora tiró del muy caro material de sus pantalones de vestir, notando que no llevaba nada debajo, exponiendo sus firmes nalgas. Pasó un dedo sobre su grieta y la suave piel allí, tratando de decidir si debía renunciar a la paleta y usar su mano en su lugar.*

*No, a él le gustaba la paleta. Le gustaba la picadura que viene antes del placer. Mordiéndose el labio inferior, ejerciendo control sobre su propio deseo, ella optó darle esto. Agarrándola por el mango grueso, se paró a su lado, levantó su brazo y le dio un golpe rápido.*

*Diez veces hizo esto, sus músculos demasiado tensos y duros para permitir cualquier movimiento. Cuando terminó, calmó su piel roja con una suave caricia.*

*—No más picadura. Solamente amor.*

—*Gracias, mi ama.*

## *John*

—La piedra ya ha sido escaneada y será entregada de nuevo a M&K en una hora —Blair, una del equipo de proyectos nos informa. —La guardia armada ya ha confirmado el traslado.

—¿Y qué hay de los ajustes? —pregunto.

Andrew, jefe de operaciones aquí en la oficina corporativa, me entrega una cartera con imágenes de los tres ajustes que eligió para el diamante Sandoré. —Hay uno más. Cory debería haber enviado una foto del trabajo en progreso a nuestro correo electrónico.

—¿Sabe que tenemos una fecha fija? —le pregunto con impaciencia, sacando mi teléfono y revisando mis correos electrónicos. El lanzamiento del muy esperado Sandoré es en tres meses. Este no es el momento de disminuir la velocidad.

El diamante azul redondo de veinte quilates lleva el nombre de Alberta Sandoré, la mujer que trabajó a través de Henri Mercier, el fundador de Joyeros Mercier en 1835. Sabía que, como mujer, tendría muchas puertas cerradas en el negocio. Pero como hombre, el cielo era el límite. Henri accedió al intercambio de talentos. Ella tenía buen ojo para el diseño, y un sabor incomparable en todo lo fino y elegante. Él tenía un pene.

Alberta y Henri se casaron años después. Nadie supo nunca si lo hicieron por amor. Quizás fue un amor de la compañía. Joyeros Mercier creció más allá de sus sueños. Cuando Alberta murió sin hijos en 1848, Henri vendió la compañía a Everard King con la estipulación de que el nombre de Mercier permanecería. Junto con la compañía, Everard recibió los derechos de todos y cada uno de los diseños que Mercier haya tenido.

Hace años, en la época en que nuestras ventas se desplomaron y la compañía comenzó a sentirse rancia y poco original, mi padre y yo resquebrajamos la caja fuerte que había sido transferida a nosotros de la oficina original de Mercier en Nueva Orleans.

Para nuestra sorpresa, lo que pensamos que no serían más que viejos discos, resultaron ser mapas con nuevos cortes de diamante, todos elaborados por Alberta Sandoré.

Era una mujer increíble a la que nunca se le dio crédito por su brillantez. Hasta ahora.

La inauguración de Sandoré es más que la revelación de un nuevo corte

de diamante. Va a ser un homenaje a la mujer que lo creó. Junto con el diamante, también revelaremos un nuevo nombre. Un nuevo comienzo para la empresa. Sandoré, Mercier y King.

Usando uno de los mapas propios de Alberta, yo personalmente clasifiqué y corté el diamante de propiedad privada. El proceso me llevó semanas. No había lugar para el error.

Elegir el diamante fue la parte más difícil. Dos diamantes azules, cada uno impecable y perfecto. Uno rojo, el más raro de todos, pero su belleza estaba manchada por una gran mancha en el fondo del carmesí.

Mi primera elección fue la piedra roja, y la que tomó más tiempo para decidir. Mientras la giraba una y otra vez, busqué una sección que pudiera cortar, porque aunque era imperfecta, en mis ojos era la más hermosa. Tocó mi alma y desesperadamente quería darle forma, resaltar su brillo y hacerla brillar.

Pero me confundió, y no pude romper la piedra. Al final, elegí los dos diamantes azules para cortar.

—Quiero esa configuración ahora —exijo.

Hay mucha preparación involucrada. Una vez que hayamos terminado los ajustes, debemos elegir, luego elegir nuevamente y tener tiempo para cambiar de opinión si es necesario. Las sesiones de fotos ya están programadas, los catálogos en diseño y cobertura de medios ya ha comenzado. El tiempo es la esencia. Nada puede salir mal.

Andrew revuelve con su computadora portátil, sabiendo que odio que me hagan esperar. —Ya debería haberlo enviado. Los ajustes serán entregados por esta noche. Diana, ¿escanearás estos y los envías a todos? —Andrew le pregunta a mi asistente.

—No veo nada aquí, y ya me regresé bastante —le digo, mi pulgar deteniéndose sobre un mensaje en particular que me llama la atención.

—Espera, déjame ver.

Cuando Andrew llama a Cory para recordarle el tiempo que no tenemos, hago clic en el correo electrónico de una Winnifred Mills. Normalmente no me molestaría con cartas de renuncia, pero ésta me llama la atención. Ya sea el nombre peculiar, o el hecho de que la mujer no puede deletrear, no lo sé.

A su manera, decidí que valía la pena la pausa en el momento en que lo leo.

Brian es un imbécil. Todos sabemos eso. De hecho, lo sabemos tan bien que fue despedido esta mañana por falsificar registros que podrían haberme

metido en un problema fiscal muy grande. Ciertamente, me costó horas de entrevistas para determinar si había participado. Ahora está siendo investigado por fraude fiscal que implica varios otros jugadores.

Lástima que esta mujer “renonc. —de la forma en que lo hizo y nunca tuvo la oportunidad de trabajar bajo otra persona. Leí el mensaje de nuevo, bastante divertido por el obvio estado de embriaguez en que se encontraba.

Ella debe lamentarlo por ahora. Hay una razón por la que nunca bebo. Todo a lo que conduce es a malas decisiones.

Como Andrew todavía está tratando de resolver las cosas con Cory, uno de nuestros diseñadores, y todos en la sala de conferencias están charlando entre ellos sobre ventas, diseños, sus vidas sexuales y quién diablos sabe qué más, decido hacer clic en el archivo adjunto. Si el mensaje fue tan divertido, no puedo imaginar cómo será la carta de renuncia.

El documento llena la pantalla de mi teléfono.

*El Buen Señor King*  
*por Winnifred Mills*

Frunzo el ceño mientras leo el título, confundido. Desplazándome hacia abajo sigo leyendo, mi interés más que un poco picado.

*El Buen Señor King y la Mesa Larga.*

Al principio estoy tan sorprendido por lo que estoy leyendo que me río. Pero no me detengo. La historia me cautiva hasta el punto de que todos en la sala se desvanecen, el ruido y la charla no son más que un zumbido de fondo.

Palabra tras palabra sucia me mantienen en sus garras. El calor en la habitación hace que mi boca se seque y mi corbata comienza a sentirse más como un lazo. Ella me tiene inclinado sobre una mesa como esta. Por lo que sé, es esta misma. Mis pantalones Versace están amontonados en mis tobillos y me preparo para un remo. ¡Y luego llega el golpe!

Estoy tan absorto que cuando leo las palabras se sienten muy reales, y prácticamente salto de mi silla. Mi culo aún pica por las diez nalgadas que acabo de recibir.

—¿Señor King? ¿Señor King? ¡John! —Me sorprende encontrar a Diana parada frente a mí, entregándome las fotos del nuevo escenario. —Habían sido enviados al fax por error.

—Uh, sí. —Estoy temblando y sudando.

—¿Estás bien, John? —Andrew pregunta, el resto de la sala de conferencias se ve tan preocupado como él.

Aclaro mi garganta y pido agua. Diana me trae un vaso y la tomo, pero incluso eso no es suficiente para enfriarme.

—¿Qué te parece el nuevo diseño? Probablemente es lo más... —Andrew está divagando sobre algo, pero lo único que veo es la imagen de mi sobre mi vientre, inclinado justo donde estoy parado ahora, recibiendo una paliza.

Y maldito si el pensamiento no me tiene infinitamente confundido.

—Sí, ajustes. —Guardando los papeles en mi maletín y cerrándolos, anuncio—. Se ha terminado la reunión.

—Pero, John, acabamos de comenzar —Andrew objeto y lo sujeto al asiento con una mirada. Él sabe que odio ser cuestionado.

—Bueno, no perdamos el tiempo. Tenemos mucho que hacer —le digo.

—Sí, señor. —Andrew se levanta de su silla y todos siguen su ejemplo. —¿Querías elegir una configuración?

—Sí, lo haré desde mi oficina. Voy a comerme a alguien. ¡Voy a comer algo! Voy a salir a comer. Entonces voy a... ¡Se acabó la reunión! —No puedo ni hablar.

Saben que deben salir antes de que los eche, y todos, incluido Andrew, se apresuran a recoger sus pertenencias y se van.

Cinco minutos pasan antes de que pueda salir con dignidad y me encierro en mi oficina.

—Diana, detén todas mis llamadas y aclara mi agenda, por favor —le digo a mi asistente por el intercomunicador.

—Pero los ajustes. Pensé que necesitabas elegir uno hoy.

Prendo mi ordenador portátil. —Ya he elegido. Dile a Andrew que colocaremos el diamante A en el ajuste 5-B. Lo presentaremos a el grupo mañana.

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

La decisión se había tomado por instinto, pero tenía un don para tomar las decisiones correctas. Además, en este momento no me importan los ajustes o los diamantes. Tengo cosas mucho más importantes que revisar, y algo me dice que no podré hacer mucho más hasta que sepa exactamente cuán bajo esta mujer me ha hecho arrastrarme en su libro.

Ella me hizo sonrojar. Nunca me sonrojo.

La he follado en la sala de conferencias, en el baño de las mujeres, en el ascensor y en mi Jaguar. Más de una vez. No cómo en mi auto y esta mujer no solo me ató al capó y al asiento y me jodió hasta que explote sobre todo el costoso cuero, sino que también me hizo tocarla mientras conducía a altas velocidades.

Nadie. Toca. Mi. Coche.

Me inclinó sobre su regazo y me azotó el trasero desnudo, me ató las manos con mis corbatas de Armani y me torturó con una mamada interminable. Le he besado los pies y el culo, me ha vendado los ojos, he sido mordido y me ha hecho rogar por más.

Y ni siquiera puedo empezar a envolver mi mente alrededor del enorme tapón anal. Nunca había sido algo que hubiera entretenido eso antes; Ciertamente no estaba listo para hacerlo ahora.

Anoche leí todas las historias, deteniéndome de vez en cuando para masturbarme porque me tenía tan duro que tenía que encontrar la liberación.

Algunas de las cosas que ella ha escrito las he hecho a otros, pero nunca me lo hacían a mí. Otras cosas solo he visto, pero que nunca he hecho. Y ni siquiera he oído hablar de algunas de ellas.

El hecho de que sus historias me encienden, me enfurece.

Es obvio que Winnifred Mills no tiene idea de quién soy yo. No soy un hombre que jamás dejaría que un amante me atara de ninguna manera. Nadie que me conoce sugeriría que me caiga de rodillas y los adore. El pensamiento mismo pone mi sangre a hervir.

—Quiero que me consigas información sobre una Winnifred Mills en la oficina del centro. —Lo primero que hago esta mañana, cuando Diana se mete en el Jaguar, es darle instrucciones.

Me mira molesta antes de cerrar la puerta. —Buenos días a ti, también. ¿Qué tan lejos quieres que cave?

—Hasta donde puedas.

—¿Quién es ella? —pregunta, sacando una pequeña libreta y anotando el nombre.

—Una chica que trabaja en contabilidad bajo Brian Campbell. Trabajaba, más bien.

—Mm. Ya veo. ¿Es esto una solicitud de negocio o tiene que ver con algo de naturaleza más personal?

—¿Importa?

—No, señor —responde mi mano derecha. Espero que lo haga rápido. Siempre lo hace. La mujer mayor ha estado conmigo durante casi diez años, y nunca me ha fallado. No sé cómo hace la mitad de la mierda que hace, pero no importa.

—Es un asunto personal. Por favor, mantenlo así —agrego y ella asiente.

Quiero ignorar el libro. No es nada más que las fantasías de una mujer desconocida. Pero no puedo. Tal vez sea una curiosidad honesta después de lo que he leído. Después de todo, ¿no son los libros una ventana a la mente de un autor? He echado un vistazo en su cabeza, y ha dejado mi propia mente tambaleándose. Hay una profunda necesidad interior de saber todo sobre ella.

Y una vez que lo haga, me aseguraré de que ella sepa una sola cosa sobre mí.

John King no se somete a nadie.



## Capítulo 3

### El Buen Señor King y el Largo Adiós

—Ama, ¿cuándo volverás?

—¿Me extrañarás, mi mascota? —preguntó la mujer, sentada en su sillón con él recostado a sus pies.

—Voy a estar triste —le susurro, sintiendo el momento de su partida tan cerca. ¿Qué hará en su ausencia?

—Ven, mi mascota. —Su buena ama, no ciega a sus necesidades, camino hacia el alto armario de su habitación y, abriendo las puertas dobles, saco el collar de cuero negro con un solo diamante. —Arrodíllate.

El obedeció, y ella lo sujetó alrededor de su cuello. Una larga y delgada cadena de plata colgaba de su mano, y esta la vinculó al lazo del collar. —Esta cadena te une a mí. No importa a dónde vaya, siempre me seguirás.

—Sí, mi ama.

Mientras la mujer se movía, él caminaba detrás de ella, la mascota obediente que seguía a la que adoraba. —Muy bien, señor King.

## *Winnifred*

He llamado a Nueva York mi hogar durante los últimos cuatro años, pero en verdad nunca lo ha sido. Realmente, no puedo decir qué fue lo que me motivó a mudarme aquí en primer lugar. Tal vez fue que necesitaba un cambio de escenario.

Nativa de Florida, había vivido allí toda mi vida. FloGrown, como nos gusta decir. Mi madre y yo viajamos un poco, principalmente dentro de los Estados Unidos. Lo curioso es que hasta el día en que llegué a la Gran Manzana, nunca había visto Nueva York. Mama siempre decía que estaba demasiado loco para ella, los niveles de ruido afectaban a su aura.

Pero siempre había tenido curiosidad. Entonces, cuando se abrió la oportunidad en M&K para trasladarme a la oficina de Nueva York, la aproveché. En mi cabeza, imaginé el tipo de vida de Sex and the City, cosmopolitas, amigos y ropa fabulosa. Si bien todavía tendría que trabajar por un tiempo, me daría la inspiración que necesitaba para un éxito de ventas, y luego podría permitirme escribir a tiempo completo.

No hace falta decir que no funcionó exactamente como pensé. Primero fue mi apartamento en Queens. La única manera de entrar en un edificio decente que podía pagar, era mudarme con otras dos chicas que necesitaban ayuda con el alquiler. Era un estudio en el que solo cabía cómodamente una persona. Pero era una solución temporal, me había dicho. Una vez que Taylor se mudó, Carolyn ya no podía pagar su parte. Se mudaron hace casi un año, dejándome con una renta que no puedo pagar. Fue horrible, y odiaba sacar de mis ahorros, pero seguí adelante, esperando que algo iba a cambiar.

Sí, vine aquí buscando algo. No encontré nada aquí. Me voy tan vacía como vine.

No es una reflexión sobre este lugar, por supuesto. Nueva York es único, interesante y fascinante. Todo el mundo siempre tiene prisa, siempre a dónde ir. Ciertamente no es aburrido. Pero no se trata del lugar, se trata de la persona.

¡Ahora eso es un pensamiento deprimente! El hecho de que no haya encontrado nada aquí no es más que un reflejo de mí.

Girando en medio de mi pequeño apartamento, miro alrededor una vez más para ver si hay algo que pueda haber olvidado. Tardo dos segundos en revisarlo. Ahora está vacío, a excepción del refrigerador, la cama y el

escritorio que no voy a extrañar. Estos estaban aquí cuando llegué. Todas mis cosas, las cinco cajas, fueron enviadas esta mañana. Ahora todo lo que queda para moverme soy yo.

Estoy triste. No porque me vaya, sino porque me siento un poco como un fracaso. Bueno, al menos tengo a donde ir.

Tomando mis maletas, por fin cierro este capítulo de mi vida y me dirijo al aeropuerto.

Es un día frío de invierno aquí en Nueva York. Lo mismo no puede decirse de Florida. En el momento en que me salgo del avión, puedo sentir el calor que entra por la pasarela hacia la terminal.

El atuendo ha cambiado de ropa de negocios y abrigos gruesos en Nueva York, a pantalones cortos y chanclas en Florida. Estoy sudando solo mirando por las ventanas, deseando haber empacado algo más liviano que el suéter de lana que elegí usar. Los cielos nublados retumban con fuerza anunciando el monzón de la tarde.

—¡Wieners! —Me estremezco ante el sonido de mi 'nombre' y veo a mi prima Cat dirigiéndose hacia mí, con los brazos en alto mientras trata de llamar mi atención—. Wieners, estás aquí!

—¡Te ves increíble! —exclamo. No es que ella no haya sido siempre hermosa, pero ahora que está tan en forma y con esas polainas y camisa ajustadas y coloridas, es una diosa.

—Gracias, gracias —se agacha.

Después de un fuerte abrazo donde ella baila en lugar y se ríe con alegría, toma mi equipaje como si no pesara nada y nos lleva afuera.

En el momento en que atravesamos las puertas corredizas, mi cabello rojo rizado, ya grande, triplica en tamaño. Los sacacorchos cosquillean mi cara y vuelan a mi boca con cada pequeña ráfaga de aire. Con mis dos manos sosteniendo algo, me limpio la cara con el hombro mientras sigo a Cat por el corredor.

—¿No está un poco caliente para enero? —me quejo.

—Florida se ríe ante el invierno. ¡Ja! —Cat carcajea—. Solo bromeo. Tuvimos invierno el miércoles pasado. ¡Se redujo a cincuenta! —Me río porque sé que habla en serio. —¿Por qué no me esperas aquí? Iré por el coche.

Me deja esperando junto al bordillo y aparece quince minutos después. —Lo siento, tuve que estacionarme bastante lejos.

—No hay problema —le digo, limpiando el sudor de mi frente, tratando

de mantenerlo fuera de mis ojos.

—¿Por qué no te quitas esa cosa? —mueve su barbilla hacia mi suéter caliente.

Miro a los viajeros que nos rodean, familias con niños curiosos que siempre hacen preguntas que no tengo ganas de responder.

—Cuando entremos en el coche, lo haré. —Asiente con la cabeza en comprensión—. Gracias por recogerme —le digo, mientras arrojo una bolsa al asiento trasero.

Cat abre el maletero y tira mis dos bolsas más grandes. —No hay problema. No deberías tener que pagar por un Uber solo porque la tía Jacks no cree en los autos.

—Si cree en los autos. Es dueña de uno. —Un tronido en el cielo me tiene saltando tan fuerte que golpeo el auto detrás de mí. —¿Nos vamos a mojar?

—Nah. No se supone que llueva hoy, solo un poco de ruido. Pero por si acaso vamos a poner la cobertura. Aquí, ayúdame. —Comienza a jalar de la parte superior de vinilo de su viejo Mustang. La cosa se agrieta y lucha contra ella cada centímetro del camino. Quiero ayudar, pero cuando la jalo no se mueve en absoluto. —¿Llamas auto a la pequeña cosa de mi tía que tiene capacidad para solo dos personas? Eso no es un coche. Ahora este bebé, es un auto. —Toca amorosamente el metal negro de su 'bebé'.

Sujetando la parte superior en su lugar, entramos al coche. Cae la tormenta el momento en que salimos del estacionamiento.

—Entonces, ¿estás entusiasmada con el desafío? —pregunto, refiriéndome al desafío de Llaves a Key West del que forma parte, donde los entrenadores de Maxx Bootcamp tendrán la oportunidad de abrir su propio gimnasio en Key West.

—Oh sí. ¡Estoy listísima! Las entrevistas comenzarán la próxima semana. La partida será en mayo. Estarás aquí para eso, ¿no?

Se ve tan esperanzada que no puedo negarme. —Oh, sí, o por supuesto. No tengo planes de ir a ninguna parte.

—Bueno. Ahora tendré a toda mi familia allí. —Cat se vuelve hacia mí y sonrío, sus ojos azules brillando.

Me toca que me haya incluido en su familia. Bueno, supongo que somos familia. Yo tenía seis años cuando mi madre la recogió. Pero diez años mayor que yo y con una niña, se sentía como que estábamos en diferentes planetas.

Como mujeres, nos hicimos amigas, pero después de mudarme a Nueva

York, apenas nos mantuvimos en contacto. Solo el texto ocasional para asegurarnos de que la otra todavía estuviera viva. Será bueno volver a conectar.

Llegamos a Naples una hora después. La lluvia ha delatado nuestro viaje. He puesto mi cabello en un nudo en la parte superior de mi cabeza, me quité el suéter y me subí las mangas largas de mi blusa de algodón, y todavía estoy sudando. —¿Cómo está tan caliente aquí?

—Ah, no es tan caliente. Es solo que tu sangre se espesó por estar en el norte demasiado tiempo. ¡No te preocupes, la adelgazaremos en poco tiempo!

En el momento en que entramos en el camino de ladrillo, mi madre sale corriendo. Me da un fuerte abrazo, del tipo que solo una madre puede dar. El olor a pachulí y clavo me rodean y cuando ella se aleja, miro sus ojos rojos y llorosos.

—Bebé, ¡te extrañé mucho!

—Mami, nos acabamos de ver hace un mes —le recuerdo. Había ido a Nueva York para pasar la Navidad conmigo, ya que yo no pedí días de descanso lo suficientemente temprano. —Pero yo también te extrañé.

—Vamos, cuéntame todo sobre tu viaje. —Un brazo delgado se envuelve alrededor de mi cintura y me guía hacia adentro.

Detrás de nosotros, Cat se queja—. No se preocupen por mí. Puedo llevar todas estas bolsas yo sola.

—Gracias, Cat —le dice mi mamá.

Al entrar en la casa me hace llorar por tantas razones. Verla de nuevo después de tanto tiempo y darme cuenta de que nada ha cambiado. Los muebles de la sala de estar siguen siendo los mismos sofás floreados y la mesa de centro de cristal que había comprado a mediados de los años noventa. La cocina todavía tiene el mismo papel pintado que le ayudé a elegir, con los pajaritos y las palmeras, porque pensé que era apropiado para una casa cerca de la playa. Y está el olor familiar, el que asocio con mi madre, su calidez y los días festivos.

Y estoy yo. Todavía aquí, al igual que los muebles. Inmutable. Sintiéndome algo deprimida, entro a la cocina y me siento en la mesa que está frente a la sala casual, una nueva adición desde que me mudé.

—Se ve genial —le digo a mi madre, feliz de ver al menos una cosa que ha progresado.

Los ojos de ella se ablandan, y se sienta a mi lado. Su mano cálida cubre mi mejilla, y presiono mi cara contra ella, tratando de no llorar.

—Mi bebé, ¿por qué no me dices lo que está pasando?

Después de una hora de ponerme al día, aunque hablamos ayer, voy a mi antigua habitación, la que mi madre guarda solo para mí. Está en la parte de atrás de la casa, y aunque todavía tiene muchos restos de mi juventud, no cambiaré nada.

La cama de tamaño completo mucho mejor de lo que tenía en Nueva York, al igual que el escritorio blanco con vista al lago. Estantes para libros llenos de cientos de novelas que he leído cientos de veces y leeré de nuevo. Un banco largo tapizado por mi abuela con su tela verde favorita es bastante agradable, si no para mirar, es para sentarse. Sólo hay una mesa de noche de cristal con una lámpara y una máquina de sonido. Es todo lo que necesito y más.

Cat ya ha dejado todo mi equipaje en el suelo y ella misma está completamente tumbada de lado sobre la cama, con el cabello de platino medio salido de una cola de caballo. Me dijo que había estado levantada desde las cuatro de la mañana, ya que dirigió una clase a las cinco y media.

Cualesquiera que sean mis fallas, es bueno tener esto para volver. Una familia que siempre ha estado aquí para mí. Siempre me ha mantenido avanzando. Y eso es lo que voy a hacer ahora.

Adiós, Nueva York.

## Capítulo 4

### El Señor King y el Caso de Identidad Equivocada

*Su ama quería jugar. Atado a la cruz San Andrés hecha de madera pesada, el señor King observó a su amante colocar los artículos con los que jugaría ante él. Su corsé negro de satín y aterciopelado pellizcaba su piel de marfil cuando ella se movía, su pelo rojo recogido en una cola liza detrás de su cabeza.*

*—Las reglas son simples. Usaré uno de estos adorables juguetes en ti. Debes decirme lo que estoy usando. Si adivinas correctamente, te chupo la polla. Si no lo haces, en lugar del placer de mi boca, sentirás el escozor de mi látigo —dijo, golpeando la correa de cuero contra su palma—. ¿Estás listo?*

*—Si, señora.*

*Ella tomó la venda y le tapó los ojos. —Entonces, vamos a empezar.*

*Incapaz de ver, sus sentidos se aumentaron, de manera que cuando sintió la fila de pines a través de su pecho, él pudo identificarla rápidamente. —Molinillo de cinco ruedas.*

*—Correcto —susurró contra su pene, tomándolo en su boca hasta que estaba tan duro como lo quería. —Muy bien, señor King. Probemos con otro.*

*Arrastrando suavemente sobre sus pezones, unas tangas crearon un escalofrío, curvando su carne. Las conocía demasiado bien. —El flagelador rojo.*

*—Bien, otra vez. —Y ahora su boca se arrastró sobre su pene, hasta que la cabeza tocó la parte de atrás de su garganta. La empujó hacia ella, mientras jalaba de sus testículos. Estaba cerca de explotar en su boca, pero sabía que no debía hacerlo sin permiso. Ella se alejó. —Está bien, uno más.*

*Una superficie dura le tocó la pierna, corta y delgada. Su mente confundida por la sensación de la boca de su amante le hizo difícil pensar. —El látigo.*

*—Lo siento, señor King. Es la paleta. Pero sentirás el látigo.*

*Se colocó detrás de él, y su aliento quedó atrapado en su garganta mientras esperaba la mordida. Y cuando lo hizo, su cuerpo se tensó, apretando sus manos. Dos veces más. Cuando terminó, le besó la oreja y le preguntó—. ¿Todavía quieres jugar, mi mascota?*

*—Sí, mi ama —dijo, porque él sabía que por cada uno adivinara mal, habrían cinco correctas. Placer y dolor, la pareja perfecta.*

*—Bien, señor King. Continuemos.*



## John

—¿Naples, Italia? —preguntó Andrew la semana pasada, cuando de repente cedí a mi necesidad de resolver mi pequeño problema.

—Florida.

—Ah. —Sus cejas se juntaron y él hizo una especie de sonido sordo. — Sabes que los viejitos y turistas están ahí ahora.

—Me gustan los viejitos.

—¿Qué hay que hacer allí? —preguntó, como era de esperar. El hombre no cree que haya nada más allá de Manhattan, Los Ángeles o París.

—Es la Florida, Andy. ¿Qué piensas?

—Bueno. Solo pensé que con tu dinero...

—¿Puedo ir a donde yo quiera? —le pregunté sarcásticamente.

—Sí.

Me miró desconcertado, preguntándose por qué no tomaba el avión y me dirigiría a Grecia o Bora Bora, algo más exótico si lo que estoy buscando es una vacación en la playa.

—¿Por qué no vas a Miami? He oído que la vida nocturna es increíble.

—No me importa la vida nocturna.

—Pero...

—Andy —le dije, advirtiéndolo.

—Naples suena bien. No te preocupes por nada, mantendremos todo en orden.

La seguridad no era necesaria. Confío completamente en mi equipo. Además, planifiqué estratégicamente mi viaje de dos semanas para que no hubiera nada apremiante. El diamante Sandoré ha sido cortado, engastado, fotografiado. Se han planeado todos los detalles de la Gala y no hay reuniones, entrevistas ni decisiones importantes por hacer.

Es un vuelo bastante suave hacia Naples, Florida. Hay mucho que recuperar mientras estás en el aire. Hay pocas distracciones, más allá de mis propios pensamientos.

Revisando la primera copia de nuestro catálogo de invierno que recibí esta mañana para aprobación, me doy cuenta de que no he visto nada.

—John, no estás pensando seriamente en ir solo —me dijo Diana la noche anterior cuando me llamó para decirme que ya estaba empacada. — Supuse que yo también iría.

—Diana, dije que esto era un viaje personal.

—¿Tiene esto algo que ver con Winnifred Mills? —preguntó, y me molestó que hiciera la suposición correcta.

—Tiene que ver conmigo haciendo un viaje personal. ¿Entendido?

—Sí, señor. Andrew y yo nos encargaremos de todo —dijo ella, retrocediendo.

—Pueden pasar muchas cosas en unas pocas semanas. Pero sé que lo manejarán bien.

Puedo ver por qué Diana pensó que iría conmigo. Siempre ha ido a cada viaje conmigo, asegurándose de que todos los detalles estuvieran atendidos. En verdad, no estoy acostumbrado a su ausencia, se ha convertido en una parte tan integral de mi vida cotidiana. Pero para este viaje, necesito estar solo.

Pensando en la razón por la que estoy pagando \$30,000 de ida y vuelta de mi propio dinero para volar a donde juegan los ricos en invierno, levanto su foto en mi teléfono, la que Diana sacó de su archivo de empleados de M&K, y la miro fijamente. No necesito hacerlo porque ya he memorizado todos los detalles de la pequeña cara, pero aun así la estudio.

—Señor King, ¿hay algo que pueda hacer para que su vuelo sea más cómodo? —La voz alta y la mano en mi antebrazo me sobresaltan y me molestan. Su tarjeta de identificación alado dice Tessa en letras minúsculas, pero puedo leerlas porque se inclinó sobre mí y casi ha presionado sus pechos contra mi mejilla.

—No, gracias —digo tan cortésmente como puedo.

—¿Está seguro? ¿Algo para comer o beber? Alguna compañía.

Apartándome un poco, dejo que mis ojos la penetren. Es bonita. Joven. Elegante cabello rubio platino, labios que parecen demasiado llenos para ser reales. Por un momento, me pregunto cómo sería besar esos labios. ¿Se sentirían suaves y flexibles o estarían rígidos y fríos?

Le sonrió. —Tessa, aunque aprecio lo que está ofreciendo, no estoy interesado. Y por favor, recuerde que debe ser profesional mientras trabaja para mí.

—Sí, señor King. —Con su postura rígida al igual que imagino que son sus labios, levanta la barbilla y se aleja, cerrando la puerta de madera lacada de mi cabaña privada.

Una vez más solo, miro la cara de la persona que realmente me interesa.

Es difícil creer que esta es la mujer que escribió cosas tan sucias que todavía me sonrojo al pensar en ellas. Ricos ojos marrones se esconden detrás

de las gafas más grandes que he visto en un humano. De hecho, son tan grandes que se deslizan por una pequeña nariz y quiero desesperadamente empujarlos hacia arriba. Una boca llena, rosada y curvada, se abre ligeramente como si estuviera a punto de sonreír, pero la cámara la tomó por sorpresa. Cabello rojo y rizado que parece tan dócil como un león, y piel de porcelana cubierta con cientos de pecas.

¿Se quitará esas gafas cuando se folla a alguien? Mejor aún, ¿cómo puede alguien que ha hecho todas esas cosas parecer tan... inocente?

Tal vez sea así como atrae a su presa. Hay algo innegablemente atractivo en ella. A pesar de que es completamente diferente a cualquiera con quien he salido, y ciertamente nada como las mujeres que vi en Désir Noir, el lugar donde los ricos jugaban a deseos oscuros como algo de moda, pero no había nada real.

No me atraía en lo más mínimo, pero era donde iban con los que me socializaba, y los seguí en busca de algo diferente, algo para romper la monotonía de las relaciones que había tenido. Quería algo que me hiciera sentir. No lo fue y no lo hizo. No pude entender de qué se trataba, y aparte de una buena chinga después de fingir atar a alguien, no había nada para mí. No fue erótico. No fue sensual. No fue real.

Sin embargo, después de leer las historias de Winnifred Mills, donde me puso de rodillas, sentí que algo se agitaba dentro de mí, algo que no había sentido en mucho tiempo. Deseo.

Deseo de reclamar. Deseo de enseñar. Deseo de ganar.

Levantando la solapa en el asiento de cuero mullido, expongo el panel de control. El botón de la izquierda me conecta directamente con los asistentes. —Esta es Tessa, señor King. ¿Como puedo ayudarle?

—Me gustaría que me dejen solo por el resto del vuelo.

—Sí, señor. Por supuesto. Por favor, avíseme si algo cambia. —No hay duda de la decepción en su voz.

Caminando hacia el escritorio en el otro extremo de la cabina, saco el libro que he estado leyendo durante varios días. Es uno que me regaló Alexandra Lévesque, la dueña de Désir Noir, después de que le confesé que no regresaría porque no podía encontrar lo que buscaba en el interior decadentemente pecaminoso de su lugar.

Me miró con humor en sus ojos, como si supiera algo que yo no sabía y me entregó el manual.

Dominar el Arte de Ser Un Buen Dominante.

—Léelo —había dicho ella. —Puede que aprendas una o dos cosas sobre ti.

Lo tomé, lo esquié, luego lo tiré con todo lo demás de ese mundo, para nunca volver a pensar en él. Hasta hace unas pocas noches, es decir, cuando después de horas de sueño inquieto lleno de visiones de una dominatriz pelirroja y una paleta, decidí buscar la caja que no había visto en años.

Encontré el cofre de cedro, todavía cerrado, en los recovecos de mi armario. Cuando lo abrí, el olor a madera y cuero me trajo recuerdos de las noches de París, habitaciones oscuras y deseos no cumplidos.

El cuero trenzado cosquilleaba las yemas de mis dedos mientras pasaba las puntas sobre el látigo que nunca toco carne. El acero frío de las bolas anales todavía esperaba ser calentado dentro de un cuerpo blando. Cuerdas hechas para atar por placer, se quedó allí cojera y rizado, mientras que la paleta...

Esta cosa la saqué de la caja. Material flexible sobre madera dura, era un diseño simple. Hecho solo para azotar, pero hacia mucho más. Parece ser el favorito de la pequeña autora. Aunque nunca disfruté de remar a nadie, ella podría ser la excepción.

Todo en esta caja fue hecho a mano por los mejores. Destinados a ser utilizados solamente en los mejores. Nunca lo hice. En vez jugué con los provistos por la dama de la casa del pecado.

Mientras revolvía la caja, vi el libro que había tirado hace mucho tiempo y comencé a leer.

Dominar el Arte de Ser Un Buen Dominante. Por supuesto, no necesito lecciones sobre cómo ser un buen dominante de nada. El papel me viene de forma natural. Los hombres como yo nacemos para dominar. Es por eso que estoy donde estoy.

Pero ha pasado un tiempo desde que me he adentrado en el mundo de BDSM, y una actualización no me haría daño, especialmente cuando Winnifred Mills me está desafiando en esto precisamente.

Sonriendo, abro donde me quede anoche.

Llevo mucho tiempo aburrido. Es tiempo de diversión.

Playa Sana, Spa y Bienestar. Miro la dirección en mi teléfono una vez más para confirmar. La pequeña tienda sin personalidad ubicada en Bonita Beach no tiene ningún signo, excepto cuatro números azules sobre la puerta.

Según Diana, Jacqueline Eberhardt es una de las terapeutas de mensajes

más buscadas y una curandera autoproclamada. Aunque el lugar en sí no es elegante, basado en el Mercedes, BMW y un Maserati estacionado frente, yo diría que tenía razón.

Estaciono el Jaguar en el espacio estrecho justo en frente de la tienda, y me asomo a través de las ventanas grandes.

Hay pocos clientes dentro del espacio abarrotado que parece más una tienda hippy que un spa. Las paredes de color verde azulado están cubiertas por coloridas pinturas de rocas, cristales y flores. Sillas blancas están colocadas alrededor de una gran mesa con tronco de árbol cargada con revistas.

Un alto mostrador de recepción da a las puertas, y desde detrás puedo ver el pelo rojo y rizado asomándose por encima. Mi respiración se detiene mientras me pregunto si esa es Winnifred. Aunque sabía que había una posibilidad de encontrarme con ella aquí, no podía estar seguro. Se para y mira por encima del mostrador para decirle algo a alguien, levantándose las gafas mientras lo hace. Sí, definitivamente es ella.

Me sonrío. Esto me ahorrara mucho tiempo.

Mirando mi reloj, veo que son las nueve cuarenta y cinco. Tomando una respiración profunda, salgo del coche y agarro mi bolsa de lona con un cambio de ropa como se había solicitado, echando un vistazo rápido a la caja de juguetes que traje para el viaje. La mujercita no tiene idea de lo que ha comenzado.

El timbre sobre la puerta suena cuando entro, pero ella no levanta la vista.

—Déjame ver, tal vez alguien haya cancelado. —Sosteniendo el teléfono con la mejilla y el hombro, se desplaza sobre un libro de citas frente a ella.

Es grosero dejarme de pie sin saludar, pero me gusta la libertad que me da para observarla. Por mucho que haya estudiado su rostro en mi teléfono, no estaba preparado para la forma en que me sentiría al verla en persona.

Su boca es más rosada de lo que pensaba, su labio inferior mucho más lleno. Hubo un intento de jalar ese pelo salvaje hacia atrás en una cola de caballo, el resultado siendo un desorden que me permite saber que es caótica. Las gafas de montura negra que lleva son grandes, pero no tanto como las que llevaba en la fotografía de su trabajo. Y su piel es seda derramada sobre crema y cubierta en polvo de hada.

Quiero acercarme y tocarla. Mover el cuello de tortuga hacia abajo solo un poco y ver si huele tan suave como se ve. Pronto.

—No, no puede ser —susurra—. Uh... —vuelve a mirar el libro de citas—. Oh Dios mío. ¡Tiene que ser él!

Sus grandes ojos marrones me miran entonces, y me pregunto si escuchó mis pensamientos. Me reconoce al instante, de eso estoy seguro. Su rostro pálido se pone rojo brillante, tal vez incluso un poco púrpura cuando deja de respirar.

Es casi imposible ver cómo esta empollona podría haber hecho todo lo que ha escrito, y debo recordarme por qué estoy aquí en primer lugar.

Su apariencia grita inocencia.

Yo sé mejor.

—Jonathan King aquí para ver a Jacqueline Eberhardt.

## Capítulo 5

### El Buen Señor King y el Buen Roce

*Su ama nunca lo había conducido mal. Nunca haría nada para torturarlo a propósito. Al menos así se había sentido siempre el señor King. Hasta ahora.*

*La punta de su pene goteaba con líquido y ella lo recogió con un chasquido de lengua. —Pero estas duro, mi dulzura —le sonrió, pasando la mano por su eje hacia el anillo de silicona que había colocado allí para mantenerlo así.*

*Su boca lo aspiró completamente, y él jalo de las cadenas que lo sujetaban, extendiéndose sobre la cama. Para arriba y para abajo, se movía sobre él, y justo cuando sentía que sus testículos se contraían, se detuvo.*

*—Ama, por favor —le rogó. Había pasado media hora y aún seguía dándole la deleitosa tortura. Su mente se estaba derritiendo, y él sabía que el delirio podría no estar demasiado lejos. Tal vez ya estaba alucinando.*

*—Te prometí una dulce recompensa si ejercías control. ¿No lo hice?*

*—Si, señora.*

*Una vez más su boca estaba sobre él, y esta vez, justo cuando él pensó que ella se iba a alejar, soltó el anillo de la polla y le permitió bombear con todo lo que él tenía en su boca. Era una liberación intensa, una que lo hizo gritar su nombre, jurando ser de ella para siempre.*

*Lágrimas brotaron de sus ojos, y aun después que las olas se esfumaron, la boca de su ama permaneció, hasta que se derramó cada gota de él.*

*Se sentó, contenta, lamiéndose los labios cuando dijo—. Sabes muy rico, señor King.*

## *Winnifred*

—Winn, sabes que no necesito ayuda. ¡Deberías estar en casa escribiendo!

—Mamá, necesito ayudar con algo. No puedo simplemente sentarme allí y ser una sanguijuela. Y anoche dijiste que sentías que la oficina estaba un poco fuera de control. Déjame ayudarte por unos días. Soy experta en organización. Además, necesito un descanso. Mis ojos están literalmente hinchados. —Señalo mis ojos rojos, demostrando mi punto. —Prometo volver a la historia el lunes.

Mi madre suspira, pero se resigna. Sabe que necesita la ayuda para tener las cosas bajo control. —Es la temporada. Siempre me descarrila. Tanta gente para sanar, tan poco tiempo. Gracias, bebé. —Toma mi mano y la aprieta, sonriendo cálidamente.

—Está bien, mamá. No te preocupes por nada. Te prometo que no estorbare.

Algo que me había olvidado de Florida es lo increíblemente ocupado que se pone todo durante la “temporada”. No es una temporada. Es sólo temporada. El momento en que los avanzados de edad de todos los estados se reúnen en invierno, para bañarse en el cálido sol, jugar al golf durante unos meses. De octubre a marzo se convierte en un maravilloso país de pelos plateados, como a mi papá le gusta llamarlos.

Después de todo su juego, necesitan consolar sus músculos doloridos. Entra Jackie Eberhardt. Es la mejor masajista/sanadora de este lado de la península, y no lo digo porque es mi madre. Su agenda está tan llena durante estos meses que solo tiene una de dos opciones: rechazar a las personas o trabajar veinticuatro horas. Ella a menudo opta por este último.

Si bien estoy tan feliz de ayudarla, no podía levantarme a las tres de la mañana como lo hizo ella. Pero llegué poco después de las seis, y he estado ocupada desde entonces. Son aproximadamente las nueve y media cuando me tomo el tiempo de preparar un poco del té de manzanilla y clavo especial que mi mamá invento, con algunos ingredientes misteriosos mezclados, y pasar tazas alrededor de la sala de espera.

Los clientes deliran, jurando que sienten que sus espíritus se elevan con solo inhalarlo. Sonrío, tomando un sorbo de mi propia taza mientras regreso detrás del mostrador de recepción. Hay una buena cantidad de café, de eso



estoy segura, y doy la bienvenida a la energía porque ya tengo sueño.

—Winn, ¿te importa cubrirme unos minutos? —pregunta Cindy. Lleva cinco años trabajando como recepcionista de mi madre, pero la he conocido toda mi vida. —Tengo que ir al baño.

—Por supuesto. No te preocupes. —Tomando su asiento, miro alrededor del espacio abarrotado y desesperadamente quiero organizarlo. Pero me han advertido que esto está fuera del límite, así que me quedo con mi bebida hasta que suena el teléfono.

—Playa Sana, soy Winn. ¿En que puedo ayudarle? —contesto el teléfono.

—Hola, sí, esta es Karen Rutherford. Tengo una cita esta noche a las siete, pero llegaré un poco tarde. ¿Hay alguna manera de que Jackie pueda verme a las ocho?

Más que un poco molesta por el hecho de que mi madre estuviera dispuesta a aceptar a alguien tan tarde después de haber estado aquí desde antes del crepúsculo del amanecer, saco el programador que había visto debajo de una pila de papeles. —Lo siento, señora Rutherford, no puede verla tan tarde —le digo—. Pero me encantaría ver si puede verla mañana.

—Por favor, querida.

—Muy bien, veamos aquí. —Volteo la página a el día de mañana. —Ah, sí, ¿puede a las tres?

—Bueno, eso podría ser difícil, también. ¿Segura que no tienes nada más hoy? Puedo pasar por cualquier momento antes de las cuatro.

Alguien entra por la puerta principal, pero no levanto la vista porque no estoy entrenada a mirar cada vez que suena una campana.

—Permítame verificar, tal vez alguien haya cancelado. —Volviendo a la página de hoy, paso la punta de mi dedo por la lista de citas, mi mente leyendo los nombres inconscientemente a medida que avanzo. Clarissa Rogers, Fatima Sanchez, Earl Anders, Jonathan King, Roberta Drew.

Mi corazón casi se detiene al igual que mi dedo. Jonathan King. ¿Podría ser? No claro que no. Tiene que ser una coincidencia, ¿verdad?

—¿Bueno? ¿Hola?

Quiero decir, Jonathan King no tiene negocios en Bonita Beach. Sólo que si lo tiene. Hay algunas oficinas administrativas en Naples y algunas tiendas en el área. —No, no puede ser,

—No puede ser, ¿quién? Señorita, ¿puede o no puede verme hoy?

—Uh... —Miro el número al lado del nombre. Es un código de área de Nueva York. —Oh Dios mío. ¡Tiene que ser él!

—¿Me estás escuchando?

En ese momento, el hecho de que el timbre de la puerta había sonado finalmente se hunde y levanto la vista para ver al único Jonathan King mirándome por encima del mostrador.

—Jonathan King aquí para ver a Jacqueline Eberhardt.

Casi me atraganto con mi saliva cuando intento encogerme detrás del escritorio. *¿Qué demonios te pasa? ¡Él no sabe quién eres!* Incluso mientras me digo a mí misma que no tiene idea de quién soy, repaso desesperadamente todos los aspectos de mi peinado y maquillaje. ¡Mierda, de todos los días, me tuvo que dar pereza pintarme hoy!

—¡Ah, ahí está! —Fingiéndome recoger un objeto invisible, me siento, preparándome para el impacto que su hermosa cara tan cerca de mí tendrá. Nunca habría tenido suficiente tiempo para prepararme para tal cosa, descubrí cuando mis ojos se pusieron en contacto con los de él por primera vez.

—¿Señorita? ¿Estás bien? —pregunta con preocupación.

Mis lentes se empañan instantáneamente cuando el calor de mi cuerpo aumenta y me doy cuenta de que he dejado de respirar. Respirando profundamente, me río nerviosamente y me quito las gafas de la nariz para dejarlas en claro.

—Um, ¡sí! Lo siento, yo... Acabo de leer algo, uh... —Su rostro hermoso me abruma y nunca siendo alguien que pueda hacer dos cosas a la vez, tartamudeo. Mierda, es guapo. Lo había visto muchas veces antes, pero nunca tan cerca que podría tocarlo si quisiera. Bueno, quiero hacerlo, pero no sé si él me lo permitiría.

Mis ojos viajan hacia su pecho, sobre esa camisa 'casual' perfectamente hecha a medida, que habla de seda y dinero, y de vuelta a su mandíbula cincelada. Los labios llenos se curvan en una sonrisa de complicidad que hace que mi mente ya en blanco se detenga aún más.

Un silencio incómodo se extiende entre nosotros dos.

—¿Mi cita de salud? —dice.

—Ah, sí —casi salto, mis nervios agotados, mientras busco a tientas el bolígrafo y pretendo registrarlo. —Por favor, siéntate. Cindy! Genial, estas aquí. El señor King necesita haber iniciado sesión. Si puede, por favor, ya sabe.

Tanto Cindy como el señor King me miran fijamente cuando casi me tropiezo con mis piernas de fideos, corro hasta la oficina de mi madre y cierro la puerta suavemente detrás de mí.

Mi mamá entra dos minutos después y me encuentra inclinada sobre el escritorio tratando de recuperar el aliento.

Con la mano en mi espalda, ella pregunta—. ¿Qué te pasa?

—¡Oh Dios mío, mamá! Mi jefe está ahí fuera. ¡Es tu próxima cita! —le grito, consternada.

—¿Que jefe? Pero tú no trabajas.

—El señor King. El mero mero de M&K. ¡Está ahí fuera!

—Oh, ya veo. Bueno, él es como todos los demás ahora que ya no trabajas para él, ¿cuál es el problema?

—Bueno... —Quiero decirle que nunca será como todos los demás. Que he estado tan caliente por él durante años, y dos meses de no haber trabajado para él no han hecho nada para resolver eso. Que nunca me hubiera imaginado estar tan cerca de él, y mucho menos hablar con él. Y que estoy un poco celosa porque sus manos estarán sobre él. Quiero que sean mis manos sobre él. En cambio, digo—. Sí, supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. Ahora, ve y déjale saber que saldré en un minuto. Tal vez podrías darle una mano a Violeta, y prepáralo. Está un poco respaldada.

—Sí, mami. —Por suerte, ya había ayudado con algunos clientes la semana pasada y esta mañana, por lo que el proceso está fresco en mi mente. Después de configurar la habitación, obligo a mis pies a ir y llamarlo. *Él no sabe quién soy. Él es como cualquier otra persona.*

John está sentado en el centro de tres mujeres mareadas, la más joven de unos veinte años mayor que él. Ellas obviamente lo reconocen, e incluso si no lo hacen, es un hombre bonito y son viejitas, lo que les da el derecho automático a coquetear abiertamente. Y él les está alegrando el día también, sonriendo con gracia y conversando animadamente.

Cuando mira hacia arriba, su sonrisa se desvanece, y por un momento se ve enojado, pero se ha ido tan rápido como apareció, y me guiña un ojo, haciéndome sonrojar antes de volver su atención a sus fanáticas.

—Tenga un buen día, señora Edington —le digo mientras se va una de las coquetas. —Señor King, por favor sígame.

Se pone de pie y lo guío a la sala de serenidad. Es un gran espacio con ventanas de piso a techo que dan a nuestro jardín. Esta habitación está destinada a calmar y relajar el cuerpo, preparándolo para maximizar los beneficios del masaje. O al menos eso dice mi mamá.

—Mi nombre es Winn, y estaré ayudando esta mañana. —Entregándole

una bata blanca, señalo una habitación más pequeña. —Hay un área de cambio allí —digo en voz baja, como me dijeron que hiciera. —Puedes desnudarte hasta tu ropa interior, si quieres. Haremos un poco... uh, de algo.

—¿Algo?

—Sí, para relajarte. —Se da vuelta y se dirige hacia el cambio, y me pateo por haber olvidado lo que se suponía que debía decir. No le lleva mucho tiempo, y él está fuera justo cuando estoy sentada en mi pequeño taburete. Señalo la silla de cuero marrón delante de mí. —Si por favor toma asiento.

Se sienta, algo cansado, mientras intenta mantener la bata cerrada. — Pensé que iba a ver a Jacqueline hoy.

—Si la vas a ver. Solo soy una de los asistentes. —Probando el agua en el conjunto de baño que tenía ante él, levanto sus pies y los coloco dentro. — Relájate. Inclina tu cabeza hacia atrás y suéltate.

*Estoy tocando sus piernas. ¡Oh Dios mío, tengo los pies de Jonathan King en mis manos!*

Mi corazón late salvajemente y trato desesperadamente de no parecer tan nerviosa como me siento.

*Él no sabe quién eres. ¡Solo haz tu trabajo! Es como cualquier otra persona. ¡Es como cualquier otra persona!*

Concentrarse en la tarea en cuestión es la mejor opción, así que eso es lo que hago. Funciona. Pronto el aroma de eucalipto y lavanda del agua caliente nos envuelve. La música suave se reproduce en lo alto, y poco a poco el pasar mis manos sobre los dedos de sus pies me relaja hasta que ya no estoy temblando. En cambio, entro en un estado de calma, donde mis pensamientos se desvían y de alguna manera me olvido de dónde estoy.

Tiene unos pies grandes y bonitos, bien cuidados, pienso cuando saco uno y presiono el talón. Me pregunto si lo que dicen es cierto, sobre el tamaño del pie de un hombre y su pene. Bueno, si es verdad, probablemente tiene uno muy grande.

Poniendo ese pie abajo voy a trabajar en el otro. Tiene las piernas peludas. No de una especie de oso, sino de una bonita capa. ¿Estará peludo por todas partes? ¿Cómo se sentiría tener esas piernas frotándose contra la piel desnuda de la mía si las abro para él? ¿Cómo se sentiría tener el pelo en su pecho frotando contra los picos de mis...?

Mis ojos se mueven desde su pecho, a su cara. Me esta viendo medio dormido, casi cautivado. Me siento drogada, hipnotizada, atrapada en su mirada. Cuando su mano se extiende, salto, y él también, casi como si

estuviera tan sorprendido de que me hubiera tocado.

Una risita nerviosa se me escapa y tomo un paño húmedo caliente. — Cierra los ojos. — Pongo la toalla sobre su cara. No es tanto lo que se hace aquí, pero no hay manera de poder terminar esto con él mirándome así.

Lo llevo a la habitación número tres, que ya ha sido preparada. Es un espacio oscuro, con aceites esenciales que limpian el aire y mantas calentadas a la espera.

—Puedes quitarte la bata y ponerla en esa silla. Deslízate debajo de las sábanas sobre tu espalda. Toma tu tiempo. Jackie estará contigo en breve.

Lo dejo allí. La tortura finalmente ha terminado.

—Mami, ¿qué está pasando? —casi gruño—. Ha estado allí más de diez minutos.

—¿Qué? —pregunta, mirándome inocentemente desde su escritorio, donde está comiendo un sándwich de tofu, lechuga y tomate.

—El señor King está en la habitación tres esperando.

—Oh, lo siento, hija. Me comuniqué con el señor McWilliams y ya sabes cómo es. Tiene mucha hinchazón. Tuve que hablarle de algunos remedios caseros.

—Mamá, podrías haberlo llamado más tarde. O salir a avisarme.

—Lo siento, supongo que no lo pensé. —Lamiendo su dedo, recoge un par de migajas de su plato. —¿A qué hora es mi próxima cita?

—Se supone que Roberta Drew está aquí a las once —le digo.

—Bueno, eso no me deja suficiente tiempo para su masaje de sesenta minutos, ¿verdad? Que hacer, que hacer.

—¿Voy a ver si Mónica puede verlo? —pregunto.

—No, no. Está con Sasha por noventa minutos. Hay otra opción.

Se me ocurre entonces lo que está haciendo. —Oh no, no lo hagas.

—Dijiste que querías ayudar.

—Hiciste esto a propósito, ¿verdad? —le señalo con un dedo.

—¿Qué? —La inocencia en su cara es tan falsa como la hinchazón del Sr. McWilliams.

—No puedo —digo con vehemencia.

—¿Por qué no? Eres muy buena para eso.

—¡Mami! ¿Cuándo he sido buena dando masajes?

Encogiéndose de hombros, ella dice—. Justo el otro día te vi frotando a Kiah.

—¡Es un gato!

—Estas certificada, Winn.

—Ni siquiera sé si la certificación sigue siendo válida. ¡Y es mi patrón!

—Lo era. Ya no es.

—No es ético.

—Entonces míralo de esta manera. Tú te comprometiste a trabajar para mí esta semana, así que al final del día, yo soy tu jefe. ¡Y yo digo que salgas y masajees a ese hombre!

Mis ojos se estrechan cuando miro a la mujer que me pario a los ojos. — Sí, señora.

Sala tres. Una puerta nunca ha parecido tan desalentadora. Bueno, es ahora o nunca. Además, ya he tenido mis manos sobre sus pies. ¿Qué es un poco más? Es una oportunidad, en realidad. Al final del día, esto es algo que soñé con hacer. Literalmente.

De alguna manera he recibido el regalo de tener a John King extendido ante mí.

Sintiéndome un poco malvadilla ahora, me muerdo el labio inferior. Oh, chico, esto va a requerir una lectura sería más tarde, o una ducha muy fría por lo menos.

Llamo y escucho un murmullo. —Entre.

—Señor King —digo llamando su atención. Levanta la cabeza, mirándose sorprendentemente tranquilo. —Debido a un problema inesperado, Jackie se retrasó y me pidió que le ayudara con tu cita.

Ahora se ve tan sorprendido como me sentí cuando mi madre propuso la idea. Su ceño fruncido dice mucho, incluso antes de que él diga—. Esta bien, si eres capaz.

—Te puedo asegurar que soy bastante capaz. Verás, Jackie es mi madre, y siempre ha insistido en que aprenda su oficio.

—Quiere que sigas sus pasos —dice, dejando caer su cabeza hacia la mesa.

—Tal vez más como que me probara sus zapatos por talla. A ver si encajaban.

—¿Y lo hicieron?

—Bueno, ella tiene unos zapatos muy grandes. Y lo que ella hace va más allá de un masaje. Es una sanadora.

—Eso he oído. Por eso he venido a verla.

—Sí, me disculpo por eso. Uno de sus clientes mayores tenía un problema con el que necesitaba ayudar. Una vez que termine nuestra hora, tendrás una consulta con ella.

Cuando las palabras salen de mi boca, se hunden. Reservó una hora de masaje de tejido profundo. Oh, dios mío, esa es toda una hora de mis manos sobre él. La idea calienta mi sangre y todo se precipita a mi cara. Gracias a Dios está oscuro aquí.

Caminando hacia la mesa de masaje, veo que le están colgando los pies. —Lo siento, no pensé en tu tamaño. Aquí —saco el extensor y pongo una almohada bajo sus piernas. —¿Esta mejor?

—Sí, gracias.

—Bueno, ahora, simplemente relájate —le digo con esa voz suave destinada a aliviar y calmar. En la cabecera de la cama, coloco mis manos sobre sus hombros y miro a sus ojos. —Si en algún momento te duele algo, por favor avísame y aliviaré la presión.

—Estaré bien. Me gusta duro.

—Sí, me lo suponía —le respondo.

Hay un extraño silencio donde me pregunto si estamos hablando de lo mismo. Le doy palmaditas en los hombros y camino hacia el calentador para agarrar los aceites que usaré. Encajan perfectamente en un cinturón hecho para contener cualquier cosa necesaria durante la sesión. Cuando vuelvo a él, ya ha cerrado los ojos, pero sé que está despierto.

Tomando el aceite de semilla de cáñamo ligeramente perfumado, empiezo. Tan nerviosa como estaba, tocando su piel caliente, colocando las manos sobre sus hombros apretados y cuello tenso es extrañamente calmante. La música de Enya me llena y, como antes, me pierdo en lo que estoy haciendo. Mis ojos siguen mis manos mientras las corro por sus sienes, hacia su grueso cabello y vuelvo hacia abajo, donde mis pulgares aplican presión en la parte posterior de su cuello.

Sus hombros son anchos y tal como lo había pensado, su pecho esta cubierto en gran medida de pelo oscuro, otra prueba de la masculinidad que lleva por debajo de sus trajes. Los músculos de sus brazos se mueven bajo mi toque. Más abajo de sus antebrazos a sus manos, paso mis dedos sobre los suyos, y froto pequeños círculos sobre las callosas palmas que hablan de largas horas cortando diamantes. Pero cuántas cosas bonitas han sostenido estas manos. Y, sin embargo, para mí, creo que sus manos son más hermosas que cualquier piedra que pudiera haber trabajado.

Cubriendo su brazo y luego trabajando en el otro, lentamente me muevo a sus piernas, luego sus pies bien cuidados y grandes. Cuando termino, levanto un poco la sábana y me doy la vuelta. —Está bien, por favor, voltéate boca bajo. —Lo hace y le vuelvo a colocar la manta. —Coloca tu cara en el reposacabezas. —Lo hace y reajusto las almohadas bajo sus pies.

Empiezo por sus piernas, exponiendo primero una, luego la otra, aflojando sus rígidas pantorrillas. Su impresionante espalda está llena de bultos, y eso me dice que es un individuo estresado. Se estremece cuando mis pulgares golpean unos cuantos nudos, y los resuelvo suavemente.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste un masaje? —pregunto.

—Ha sido un tiempo.

—¿Tienes a alguien en casa para frotarte? —me reprendo por la pregunta tonta. El no responde. Al principio temo que pueda estar enojado con mi curiosidad, pero luego me doy cuenta de que se ha quedado dormido. Su respiración es profunda y uniforme, e incluso hay un suave ronquido que proviene de debajo del reposacabezas. Sinceramente me alegro por ello. Tal vez de esta manera no piense que soy tan mal como me han dicho en el pasado, de ahí el cambio en el trabajo diario.

Me abro camino, desde su parte superior, media y luego hasta su espalda baja. Una vez más me absorbo en mi exploración. Es una cosa hermosa, así como esta. Es difícil no disfrutarlo. Aún más difícil no comparar el hombre real con el de mis historias. Es un poco más musculoso de lo que pensaba. Más alto en persona. A cinco pies y ocho pulgadas, soy alta para una mujer y muchos hombres están cara a cara conmigo. Este no. Sus manos son más grandes, más ásperas, mientras que había imaginado manos suaves.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que cuando mis dedos rozan ligeramente la piel de sus caderas desnudas, no pienso nada de eso. Eso es hasta que me doy cuenta de que he movido la sábana lo suficiente para ver que no trae ropa interior.

Oh, Dios mío. ¡Ha decidido encuerarse para su masaje! Siento que se me va a salir el corazón y me resulta increíblemente difícil respirar, y mucho menos moverme. Las puntas de mis dedos están a escasos centímetros de la cubierta. Creo que he estado juntándome con Cat demasiado tiempo, porque por un momento considero echar un vistazo a lo que esconde el algodón blanco. Por supuesto, nunca lo haría, en realidad no. Pero eso no evita que mis dedos se contraigan por la necesidad, ya que mi cerebro crea la imagen de ellos levantando suavemente el material para exponer sus nalgas desnudas.



## *John*

Estoy en el maldito infierno. Debería haberme registrado para el maldito té. ¡Maldita sea!

Lo que se suponía que iba a ser un día para reunir información, para descubrir más sobre Winnifred Mills a través de su madre, se ha convertido en una entrevista más cercana y personal.

No solo tuve que someterme a su lectura durante el masaje de pies, donde podía ver sus pensamientos sucios mientras medía visualmente mis pies, sino que ahora estoy aquí extendido como un banquete. Un buffet. Y ella se ve hambrienta.

Vulnerable, así es como me siento. Expuesto a su exploración. Sus manos vagando sobre mi cuerpo es posiblemente más de lo que puedo soportar, pero estoy congelado y no puedo terminar con la dulce tortura. Al principio, cerré los ojos para aliviar los nervios que sabía que ella estaba sintiendo. Pero una vez que comenzó su meticulosa cartografía de mi cuerpo, tuve que verla.

No tiene idea de que la estoy mirando. Hay tanto entusiasmo en su rostro mientras pasa sus manos sobre mi piel, que estoy atrapado por eso y no puedo mirar hacia otro lado. Sus enormes lentes caen ligeramente de su pequeña nariz y exponen el ceño fruncido que se forma entre sus cejas. Es casi como si ella nunca hubiera visto algo como yo, y tengo que preguntarme qué es lo que ve. ¿Soy tan diferente de cualquier otro hombre que haya visto? ¿O es que ella siempre está así de fascinada por la especie masculina?

Me siento aliviado cuando finalmente me hace rodar. Me duele la espalda. Aunque hasta ahora ha sido amable, la presión de sus dedos en ciertos puntos me hace quejarme. Sus trazos facilitan. La sensación de sus cálidas manos, la música y la oscuridad de la habitación me superan y mis párpados comienzan a caerse. Contra mi voluntad me adormezco en un sueño profundo.

No sé qué me despierta. Solo me toma un momento recordar dónde estoy y con quién. El masaje parece haberse detenido, aunque sus manos todavía están sobre mí. Sus manos están pausadas en la línea entre mi espalda baja y caderas.

Su respiración es un poco irregular y traga saliva tan fuerte que puedo escucharla. Está mirando mi culo. Puedo sentir sus ojos hambrientos casi como si ya estuviera quitando la sábana y exponiéndome a ella, devorándome.

¿Se atrevería? Por un momento, considero dejarla. Entonces me recuerdo a mí mismo. Si alguien va a exponer el trasero de alguien, ese seré yo.

Me aclaro la garganta para sacarla de ahí. Ella rápidamente me cubre la espalda y se sienta en el taburete rodante en la cabecera de la mesa. Hay un sonido blando y luego sus dedos están presionando mi cuello, subiendo a mi cuero cabelludo, aliviando la tensión allí. Es extraño decirlo, porque realmente he disfrutado de ella, pero no es muy buena para esto.

—¿Has estado haciendo esto mucho tiempo? —pregunto.

Sus manos se detienen por un segundo casi imperceptible. —No. ¿Se nota?

—Sí. —Sale un poco más molesto de lo que pretendo, pero estoy teniendo dificultades con mis emociones a su alrededor. Son demasiado indefinidas.

Ella resopla, pero continúa, un poco más áspera ahora.

—Entonces, ¿qué hacías antes de esto? —pregunto.

—Um, te vas a reír cuando te lo diga.

—¿Por qué, eras un payaso?

—No. En realidad, trabajaba debajo de ti.

—Estoy seguro de que te recordaré debajo de mí —insinúo.

Una pequeña risa brota de ella, como lo había hecho antes, y la reconozco como una señal nerviosa. Me hace sonreír saber que la he hecho sentir incómoda. —Bueno, no. No estaba exactamente debajo de ti. Trabajé en el departamento de contabilidad. Primero aquí en Naples, luego en Nueva York.

—Nunca te vi allí. —Es la verdad.

—Sí, no creo que me hubieras visto. —Hay un indicio de algo triste en su tono cuando lo dice. —Estaba bajo un hombre llamado Brian Campbell. —Mientras me cuenta lo que hizo en Nueva York, observo la parte inferior de su cuerpo a través del agujero en el reposacabezas. Sus piernas, largas y delgadas, cambian ligeramente cada vez que presiona hacia abajo. La piel de sus muslos se ve tan suave como lo había escrito en su libro, y no puedo evitar recordar la forma en que mordisqueé allí, o la forma en que usó esas largas piernas para sujetar mi cabeza a su núcleo.

Se necesita mucha fuerza de voluntad para no acercarme y pasar mis dedos sobre ellas.

—Brian Campbell fue despedido en febrero —le informo y ella se detiene.

—¿En serio?

—Como un ataque al corazón.

—Oh.

—Pareces decepcionada —le digo.

—No. Aturdida, supongo. Él es la razón por la que renuncie.

—Quieres decir 'renonco', —bromeo.

—¿Qué?

—Winnifred Mills. Ahora recuerdo. Tu nombre sonaba familiar. Me copiaste en tu carta de renuncia.

Gime y rueda hacia atrás hasta que golpea la pared. Decepcionado, levanto la cabeza para mirarla.

Su cara está en sus manos. —Estoy tan avergonzada.

—No lo estés. Todos hemos enviado una carta de renuncia borrachos en algún momento.

—¿Si? —levanta su espíritu.

—No. Fue bastante mal.

—Oh. Supongo que nunca podría volver a trabajar para M&K.

—Lo siento, no. Pero podrías trabajar en terminar este masaje.

—¡Oh cierto! —Se levanta de un salto y comienza de nuevo.

—¿Así que dejaste de trabajar para una de las mejores compañías en los Estados Unidos para...? —pregunto, genuinamente curioso.

—Bueno, no me quedaba nada en Nueva York. No había nada que me mantuviera allí.

—¿Viniste para ayudar a tu madre, entonces? —Gimo mientras golpea un punto sensible.

—No exactamente. Aunque la ayudo. Temporada es una locura en esta área y necesita toda la ayuda que pueda obtener.

—Los masajes no son lo tuyo. —Es una afirmación, no una pregunta.

—Eso sería un no. Puede que no me creas, pero no he dado un masaje en años. A menos que cuentes el gato, que supongo que mi mamá lo hace.

—Te creo. ¿Trabajas aquí tiempo completo?

—Aquí y allá. En realidad, no le digo esto a muchas personas, pero... soy autora.

—En serio —actúo sorprendido. —¿Libros de niños? —Sus uñas se clavan en mi cuero cabelludo un poco demasiado fuerte y grito.

—Romance y ficción de mujeres en realidad. He escrito algunos libros. Cuando fui a Nueva York tenía en mente encontrar algo de inspiración.

—Y lo hiciste?

No responde de inmediato, aunque ya lo sé. Había mucha inspiración en mí.

Cuando finalmente habla, dice con tristeza—. Regresé a casa, ¿no es así? Mi madre me apoya mucho con mis escritos y me ha estado instando durante años a volver a casa y concentrarme en eso.

—Pero en lugar de hacer eso, vienes aquí y das masajes horribles.

—Hm.

Ya ni siquiera fingiendo, apenas está pasando sus dedos por mi cabello. Aunque debo admitir que se siente increíble, y no voy a detenerla.

—¿Por qué no estás escribiendo en casa?

—Haces muchas preguntas —me dice, apartando los dedos.

Apoyo la cabeza en mi codo y la miro. —Me gusta saber qué motiva a la gente.

—No estoy motivada, ese es el problema. No tengo inspiración. Así que, en lugar de mirar fijamente la pantalla de mi computadora durante horas, pensé que vendría a ayudar. Especialmente ya que mi mama básicamente me está manteniendo.

—Estoy aquí por unas semanas. Ven a trabajar para mí. —Salen las palabras antes de que pueda pensarlo dos veces.

—¿Qué? —pregunta, sorprendida.

—Sería a corto plazo.

—Pensé que ya no podía trabajar para M&K debido a mi problema con la bebida —bromea.

—No es M&K. Estarías directamente debajo de mí, como mi asistente personal. Tú me conoces y a mi negocio.

—Pero ni siquiera sabes si sería buena para esto. Ser la asistente personal de un ejecutivo puede estar muy por encima de lo que puedo hacer.

Me siento, asegurándome de mantener la sábana ajustada alrededor de mi cintura. —Creo que serás perfecta en cualquier posición en la que te ponga.

Winnifred entorna sus ojos hacia mí, y puedo ver las ruedas en su cabeza girando mientras lee entre líneas, pero decide ignorar el significado.

—No lo sé —dice ella.

—Piénsalo.

Hay incertidumbre en sus ojos, pero asiente, luego me deja para vestirme.

Reunirme con Jackie fue interesante por decir lo menos. La pequeña mujer me diagnosticó inmediatamente una sobrecarga de estrés, llenó mi bolsa

de viaje con todo tipo de tés que creó en ese momento y prácticamente me empujó hacia la puerta para limpiar la habitación.

Me encontré con un hombre joven en el pasillo, viéndose en paz, esperando entrar. La vio sacarme de la habitación y dijo. —¡Oh hombre, debes tenerlo realmente mal!

Al salir, me detengo en la recepción donde Winnifred está hablando con otra mujer. Sacando un bolígrafo de una lata cubierta de conchas, escribo en un cuaderno que veo en el escritorio. —Aquí está mi número personal. Llámame si decides tomar el trabajo.

—Gracias. —Lo voltea y mira fijamente los números. —Que tengas un buen día, señor King.

—Señorita Mills.

La dejo, seguro de mí mismo. En poco tiempo será mía.

## Capítulo 6

### El Buen Señor King y la Secretaria Mandona

*El señor King pensó que él era su jefe. Era lindo ver cómo caminaba alrededor, diciéndole qué hacer. Lo haría mientras le agradara.*

*Pero cuando paso junto a su escritorio, con su camisa blanca y pantalones ajustados azules que acentuaban la curva de su culo y el bulto entre sus piernas, ella quiso otra cosa.*

*Siguiendo detrás de él, cerró la puerta de su oficina. Se volvió sorprendido al ver a su secretaria.*

*La secretaria pelirroja lo hizo caminar hacia atrás hasta que la silla lo golpeó detrás de las rodillas y cayó sobre ella, sentándose. A horcajadas sobre él, ella llevó sus brazos alrededor de su cuello y lo besó con fuerza, mordiéndole el labio inferior antes de alejarse.*

*—Ama, alguien podría ver.*

*Molesta porque él cuestionara cuándo y dónde podría tenerlo, se puso de pie, alisando su traje de pantalón gris. Sus ojos se abrieron porque él sabía que se había portado mal.*

*—Señor King, no me importa donde estemos. Si digo que me beses el culo en medio de un restaurante, espero que se haga. ¿Esta entendido?*

*—Sí, mi señora.*

*—Ahora, sé un buen chico y bésame el culo. —Volteándose, dejó caer sus pantalones al suelo, y se inclinó sobre el escritorio de madera, exponiéndose a él.*

*El señor King se arrodilló detrás de ella. Cálidos labios tocaron su piel, y ella gimió mientras su boca viajaba de un lado a otro.*

*—Mejor, señor King —dijo ella. —Pero tal vez una lección de obediencia evitará que esto vuelva a suceder.*

*Quitando la cara de su trasero, el señor King sonrió sabiendo lo que esas lecciones conllevaban. Ser desagradable de vez en cuando, también tenía recompensas.*

*John*

Hay algo mal con mi teléfono. Las llamadas han entrado. Los mensajes tampoco parecen tener un problema. Sin embargo, por alguna extraña razón, las llamadas de Winnifred no han llegado. Miro el iPhone, preguntándome si accidentalmente bloqueé su número.

De repente suena.

—Qué —le respondo, molesto de que todavía no sea ella.

—John, es Diana. Te he enviado la lista final de asistentes para la Gala. El proveedor necesita aprobación a más tardar a las cinco.

—¿Por qué no lo aprobaste? —exijo.

—Dijiste que querías hacerlo personalmente.

Mierda, lo hice. —Está bien, envíalo. Lo veré ahora mismo.

—¿Estas disfrutando? ¿Has tenido la oportunidad de visitar las playas?

—Te enviaré la aprobación en treinta minutos.

Hay un suspiro audible en el otro extremo de la línea. —¿Pudiste contratar a Miss Mills como tu asistente personal? ¿Debería empezar a pagarle?

—Le pagaré de mi cuenta personal.

—¿Oh? ¿No estará con M&K, entonces?

—No.

Diana y yo hablamos brevemente ayer cuando llamé para obtener las notas de una conferencia a la que había asistido en mi nombre. Mencioné haber contratado a Winnifred después de que ella me preguntara nuevamente si me estaba asegurando de relajarme. Saber que tendría a alguien a quien dirigir por aquí tenía la intención de apaciguarla, pero ahora lamento haber dicho algo.

—Sabes, John. Si necesitas un asistente mientras estás de vacaciones, puedo ir. Yo me encargaría de todo.

—No quisiera molestarte.

—No sería ningún problema en absoluto. Lo sé todo sobre ti. No habría nada de lo que preocuparse.

—Quiero a la señorita Mills —digo bruscamente. Cuestionar mis decisiones de negocios es peligroso. Cuestionar mis decisiones personales es francamente estúpido. Pero porque es Diana, calmo mi voz y la tranquilizo. — Te necesitan en Nueva York, Diana.

—Muy bien, señor King.

Después de una ducha rápida, reviso mi teléfono otra vez. Todavía nada. ¿Sabe ella qué oportunidad es esta? No es cotidiano que el dueño de una empresa te ofrezca un trabajo bien pagado directamente, sin preguntas, ni entrevistas.

Entonces pienso en la conversación. Nunca dije cuánto le pagaría. De hecho, yo no había pensado mucho en los detalles. No saber para qué la contrataría hace que sea difícil ponerle un valor monetario.

Mierda. Todo sucedió tan rápido. La oferta de trabajo no era parte de mis planes, pero necesitaba una forma de pasar tiempo con ella. La idea brotó de mi boca antes de que tuviera tiempo de darle una consideración real.

Independientemente de la situación, cuanto más lo pienso, más me enoja. Nadie me deja colgando.

—Yello.

—Señorita Mills.

—Esta es ella.

—Este es Jonathan King. Veo que tu teléfono funciona.

—¿Mi teléfono? Sí, funciona.

—Entonces, ¿por qué no lo usaste para responder a mi oferta?

—Oh. ¿Era en serio? —pregunta inocentemente, sin darse cuenta de que había estado esperándola para hacer mi próximo movimiento.

—No te lo hubiera ofrecido de broma. Si no estás interesada, necesito saberlo para poder buscar un asistente en otro lugar.

—Lo siento, no había pensado en eso.

Mantengo el teléfono lejos de mi cara, respirando para tranquilizarme. Vine de tan lejos para ver a esta mujer, y ni ha pensado en mi oferta. Me lo llevo a la boca y le digo—. ¿Puedes pensarlo ahora?

—Mm. Vine para trabajar en mi escritura y ayudar a mi mamá.

—Es por menos de dos semanas. —Hubiera sido más si me hubiera devuelto la llamada.

—Bueno... ¿Cuánto pagas?

—¿Cuánto quieres? —pregunto.

Ella responde a mi pregunta con otra pregunta. —¿Cuáles son las horas?

—Cada día será diferente, pero cuenta con al menos diez horas de trabajo al día. Todos los días.

—Ay. Bueno. Supongo que pagaré los impuestos yo misma. Así que...



Diez mil.

—Hecho.

—Espera, estas en serio, ¿verdad? ¿No crees que eso es demasiado?

—Señorita Mills, ¿quieres el trabajo o no?

—¡Sí! Oh, Dios mío, no puedo creer que estés dispuesto a pagar diez mil por una semana. Quiero decir, ¿qué va a implicar exactamente este trabajo?

Afortunadamente, ya había pensado en varias cosas que quería que hiciera mientras estaba en la nómina, y en otras mil que haría en su tiempo libre.

—Vamos a repasar los detalles cuando nos encontremos. Esta lista en media hora.

—¿Que? —Hay un poco de arrastre en el otro extremo de la línea, y me imagino que está saliendo de la cama. —Pero es domingo. ¡Y todavía estoy en mis pijamas!

—Entonces te sugiero que te las quites.

## *Winnifred*

Nunca en mi vida me he arreglado tan rápido.

—Te ves bien —dice mi madre, aunque no parece convencida. —Aquí, tal vez si te ponemos un poco de gel en el pelo. —Agarra el gel del fregadero y comienza a acariciar mi cabello con él.

—¡Mami! —Alejo su mano. Un golpe en la distancia me hace correr hacia la ventana de la sala.

—¿Es él? —pregunta mamá.

—Parece que sí. Deséame suerte.

Cuando se abre la puerta de la Jaguar blanco, dice—. Entra.

Poniendo los ojos en blanco ante la naturaleza mandona de su demanda, hago lo que me dice, deslizándome en el asiento y cerrando la puerta pesada.

Sus ojos grises me miran rápidamente. —Para futuras referencias, prefiero que uses ropa de negocios.

—Toda mi ropa de trabajo está todavía en cajas. No tuve mucha advertencia. No olvides que me contrataste hace solo treinta minutos. — Además, creo que me veo lo suficientemente elegante con una camisa de seda debajo de un cárdigan negro y unos jeans de vestir azul marino. Empujando mis gafas, me siento con orgullo. —Hice lo mejor que pude. Era esto o pantalones cortos.

Dándome una última mirada de reojo antes de salir de la entrada, me dice—. Te ves bien.

—Gracias. Entonces, ¿a dónde vamos?

—Pensé que tomaríamos el desayuno en la casa de panqueques. Podemos superar mis expectativas mientras estás trabajando conmigo.

—No hay entrenamiento, ¿eh?

—Tú conoces el negocio lo suficientemente bien. Y lo más importante, el área.

—Bien. Oye, ¿no tienes un Jaguar negro? —pregunto, mirando el lujoso interior.

—Sí.

—¿Por qué no trajiste ese? Oh, sí, no dejas que nadie entre en él. —Hago el comentario sin pensar. —O eso dicen.

—¿Escuchas chismes a menudo, señorita Mills?

—No tan a menudo —respondo, dejando de lado que cuando se trata de

él, soy todo oídos. —¿Es verdad?

—El Jaguar está estacionado a salvo en mi garaje en Nueva York. Volé aquí, señorita Mills, así que alquilé un auto. Y resulta que me gustan los Jaguares. Diana se sube al auto todo el tiempo.

Ruedo mis ojos hacia él. —Me refiero a las personas con las que sales. Que no los dejas en tu auto favorito y que no saldrás con ellos por más de una noche.

—¿Por qué estás tan interesada en mi vida amorosa? —Me mira por el rabillo del ojo, con un lado de su boca tirando en una sonrisa.

—La curiosidad natural, supongo. Tu falta de respuesta me dice que es verdad. ¿Porque es? ¿Tuviste una mala relación? ¿Alguien te lastimó?

—Nadie me ha hecho daño, señorita Mills. Y no hay nada mal conmigo.

—Hay algo mal con todos nosotros. —Lo que digo es cierto. No está de acuerdo, supongo, porque pasa a otro tema.

—Señorita Mills, debajo de tu asiento encontrarás un paquete que incluye una tarjeta de crédito, nuestro calendario provisional y una lista de contactos que me gustaría que compilaras. ¿Por qué no te familiarizas con eso?

Poniendo mis labios en una línea recta para evitar hacer preguntas más personales, abro dicho sobre y reviso su contenido. —Agenda completa. ¿No dijiste que estabas aquí de vacaciones? ¿No preferirías ir a la playa, tomar unas copas, hacer algo de vacaciones?

—Si puedes integrar eso en mi agenda, entonces por favor, hazlo.

—Está bien, desafío aceptado. Dice aquí que yo manejare mientras haces llamadas. Um. —Miro su longitud con preocupación. —¿Conduciré este auto? —No voy a mentir, la idea de conducir esta belleza me emociona.

—Me imaginé que estaríamos en el tuyo.

—Eres terriblemente largo para caber en mi auto. —Mi madre de alguna manera me atrapo en trato con un coche pequeño, y eso me hizo pensar que tal vez Cat tiene razón. Jackie Eberhardt definitivamente tiene algo en contra los autos. —A menos que te ate al techo del auto, ¡ja! —le digo, dándole una sonrisa dentada.

Su ceño fruncido me dice que no lo encuentra gracioso. —Vamos a conducir este. —Mi sonrisa se ensancha y él aclara su afirmación—. Yo. Yo voy a manejar el coche.

Dejando caer mis hombros en aceptación, saco la tarjeta negra con el nombre de Jonathan M King en relieve en el frente. —¿Es esta tu tarjeta de crédito personal? ¿Me confías esto?

—¿No debería hacerlo?

—Yo no lo haría. Demonios, no confío en mí misma con esto. ¡Debes tener un límite de un millón de dólares!

—No lo tengo.

—¿No tienes un límite de un millón de dólares? —pregunto.

—No tengo limite.

—Oh. —Esta me asusta. ¿Qué pasa si pierdo la tarjeta? —Está bien, esta pequeña bebé va directamente a mi billetera. A ver, ¿qué más hay aquí?

Después de inspeccionar el resto del contenido, hago una demostración de admirar el auto. Es un buen coche, por supuesto, con su cuero blanquecino suave y las incrustaciones de madera. Puede que no le llegue ni a los talones de su XJ negro, pero probablemente sea la cosa más bonita en la que he montado.

Pero lo que estoy realmente interesada en mirar es mucho más agradable. Incluso sentado en el coche, se le ve la altura. John exuda confianza, relajado como está con una gran mano en el volante. ¡Maldita sea, es guapo!

Jonathan King fue hecho para usar un traje. Casi estoy dispuesta a apostar a que podría ir a cualquier tienda, probar los trapos más baratos que tienen y todavía parecer un multimillonario. Demonios, creo que desnudo se vería igual de asquerosamente rico. Tal vez más sucio, creo que con una sonrisa traviesa.

Respiro profundamente, absorbiendo el olor que había captado cuando subí al auto por primera vez. Sus ojos de repente voltean a mí y dejo de respirar. Mis lentes se empañan y empujo el puente para dejarlos despejar. Riendo nerviosamente, digo—. Hoy está un poco húmedo.

—Por suerte para nosotros estamos aquí.

## Capítulo 7

### El Buen Señor King y el Gran Gato Negro

*El señor King se sentó en el lado del conductor de su Jaguar, esperando su recompensa. Se había portado muy bien hoy.*

*Su ama, quien llevaba un collar de diamantes, y nada más, lo montó a horcajadas, presionando sus pechos contra sus labios.*

*—Bésalos.*

*—Sí, señora. —Hizo lo que le ordeno, y se llevó un pezón rosado a la boca muy suavemente, luego el otro.*

*—Muy bien, señor King. Ahora, por tu justa recompensa. —Le quitó la corbata del cuello y, levantando los brazos, ató sus muñecas al reposacabezas, jalando hasta que no podía moverlas una pulgada.*

*Moviéndose al piso del auto, ella abrió la cremallera de sus pantalones y lo liberó. Ojos grises dormilones la miraban mientras se movía sobre él. En el primer movimiento de su lengua, él jalo contra las ataduras que lo sostenían y ella sonrió.*

*Su lengua resbalo sobre la gruesa vena de su pene, desde la base hasta la punta. Su mano lo apretó como un tornillo de banco, impidiéndole venirse. Jalo con más fuerza contra el lazo, y su culo se levantó del asiento, su cuerpo pidiendo por la liberación.*

*—Ama, ¿puedo por favor?*

*Su buena ama se levantó, y postrándose sobre él, se sentó sobre su eje, hasta que fue enterrado profundamente dentro de ella. Ella rasgó su camisa para exponerlo a ella. Dedos bailaron sobre su pecho mientras ella sentía los músculos allí. Como una pantera, él era elegante y ella podía sentir su fuerza debajo de ella, dentro de ella, incluso en su estado de atadura.*

*Ella lo montó duro, anhelando su esencia, deleitada en el pensamiento de que ella tenía poder sobre tal bestia. Y cuando él se vino, ella se dejó ir con él.*

*Cuando los dos terminaron, ella hundió un dedo entre ellos, tomando del jugo de amor que había producido su unión. Trayéndose el dedo a la boca, lo probó. —Muy bien, señor King. Sabes muy bien.*

## *John*

Hipnotismo. Ella obviamente ha dominado el arte. Hay palabras que salen de su boca. No escucho a ninguna de ellas. En cambio, mis ojos siguen el movimiento de sus labios llenos, demasiado naturalmente rosa para mi maldito bien.

Deja de hablar el tiempo suficiente para colocar un bocado de su atún tartare en su boca, y no me gusta que envidio el tenedor. Pero lo hago. Cuando su lengua húmeda se resbala para lamer un pedazo que se le queda, casi lo aviento al lado, pensando que debería ser yo.

Dedos delgados mueven un sacacorchos rojo de su cara, y deseo ser yo el que lo mueva. Y cuando ella empuja sus gafas por la nariz, mis ojos van a sus pestañas marrones tan largas que rosan contra el vidrio y las pecas que el marco apenas cubre.

Ella me confunde la mierda. Inocencia entrelazada con el pecado, en el exterior. En el interior... todavía estoy tratando de averiguar, pero tengo la sensación de que es más complicada de lo que inicialmente pensé.

—Entonces, ¿qué piensas? —Suaves ojos marrones me miran mientras toma otro bocado. ¿Qué diablos me acaba de preguntar?

—¿Lo escribiste por mí? —pregunto, molesto con ella por distraerme.

—Sí. Aquí.

Tomando el bloc de notas de ella, contemplo la escritura más fea que jamás he visto, de hombre o mujer. —No puedo entender nada de esto.

—¿Qué no entiendes?

—Cualquier cosa de eso. ¿Qué dice aquí? Mente rosa del océano. No escribes tus libros a mano, ¿verdad?

—No. ¡Dame eso! —Me quita la libreta. —Esto dice que vamos a visitar las tiendas dirigidas por Olive y Mike. Entonces, eso es Naples y Venice. Esa está un poco lejos, así que lo planifiqué al final del día en caso de que nos quedemos sin tiempo. Podemos hacer Fort Myers otro día.

—¿Sólo programaste dos visitas?

—Bueno, como estás de vacaciones, pensé que tal vez quisieras hacer otra cosa que no fuera de visitar tus tiendas todo el día. Entonces, te hice reservas de golf a las siete en Killian Bay. Rory Wildman lo posee y me enteré de que estaba en la ciudad.

—Genial. Levantarme a las cinco de la mañana para jugar al golf con un

desconocido. Suena como mi tipo de vacaciones —digo sarcásticamente. Ella lo ignora.

—Dijiste que querías que empezara los planes para un baile de Sandoré en Navidad. Lo primero es asegurar una ubicación. Rory es dueña de El Drayton.

—Oh sí. El Drayton. —¿Cómo no sabía esto? Ese es el hotel en la playa de Naples en el que me estoy quedando. —¿Cómo diablos te pusiste en contacto con ella?

—Bueno, ella es una de las clientas de mi madre. Ha sido por años.

—Eh —digo, un poco aturdido.

—¿Qué? —pregunta, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No nada. Es solo que tu madre tiene muchos clientes ricos.

—Qué puedo decir, es buena en lo que hace.

—No lo sabría, a mí me hicieron chapuza —le digo bromeando.

Ella frunce los labios y arruga la nariz. Me señala con un poco de atún en su tenedor y dice—. Te gustó la forma en que te toqué, John.

Ambos estamos sorprendidos por lo que acaba de salir de su boca. Ella mira sus notas y yo pido el cheque.

—Entonces, ¿has trabajado más en tus libros? —pregunto, esperando romper el hielo, o mejor aún, apagar el fuego.

—No desde que me preguntaste ayer.

—Bueno.

—Oye —levanta la vista de repente. —¿Ya acabé por hoy?

—Sí, supongo.

—¿Quieres que te enseñe el área un poco? Hay varios restaurantes aquí, podríamos tomar una copa o dos. Tienen música en vivo a veces. O hay un teatro. También hay muchos pequeños estudios de arte. No tenemos que quedarnos en Mercato, podríamos conducir hasta la calle quinta.

—No bebo, pero me encantaría caminar.

No estaba seguro de cómo conseguir que se quedara fuera más tiempo, pero me lo ha facilitado. Salimos del Cavo Lounge y caminamos por Mercato, un centro comercial exclusivo en Naples. Justo como ella dijo, hay muchos estudios de arte de moda, y los examinamos.

Ella está tratando de parecer interesada, puedo ver porque es algo que hago a menudo cuando me veo forzado a una subasta de arte. Pero el arrastre de sus pies, la mirada vacía mientras se para ante un cuadro, la delatan.

—¿Aburrida? —pregunto.

Se ríe. —¿Puedes notar? No sé mucho sobre el arte. Estos globos de colores pasan por encima de mi cabeza. Sin mencionar que cuestan más de lo que haré en toda mi vida.

—¿Entonces por qué me trajiste aquí?

Encogiéndose de hombros, ella dice. —Pensé que te gustaría.

—¿Por qué no me llevas a un lugar que te guste?

—¿Qué pasa si encuentras eso aburrido?

—¿Y si no lo hago? —Quiero saber qué le gusta a ella. Cómo funciona su cerebro. Donde esconde todos esos pensamientos traviesos y cómo llegaron allí en primer lugar.

—Está bien, eh, ¿dónde puedo llevarte? —Sus ojos me miran mientras golpea un dedo en su barbilla. —Oh, lo sé. No es nada grandioso ni elegante. Quiero decir, tienen una habitación elegante, pero no vamos a entrar allí.

—No necesito grande y elegante. ¿Qué estás pensando?

—Es una sorpresa. Oh espera, déjame ver tus zapatos. Sí, cerrados.

Mirando mi atuendo, digo—. Estoy usando pantalones, ¿qué otro tipo de zapatos estaría usando? ¿Y a dónde me llevas que necesito tener los zapatos cerrados?

—¡Ya verás!

No pasan quince minutos cuando llegamos al lugar que ella decidió. Estaciono el coche frente a un gran edificio blanco ubicado entre un Walgreens y un restaurante mexicano. Dos hombres bien vestidos con grandes bolsas negras caminan a través de las pesadas puertas de madera.

Alamo, Tiro, Arco, Pistolas.

Mirando alrededor confundido, señalo al restaurante. —¿Se suponía que debía estacionarme allí?

—No. Estás en el lugar correcto.

—Un lugar de armas?

—Sí. Si te sientes cómodo con eso. Querías saber a dónde me gusta ir. Eso es todo. ¿Qué? ¿No me crees? —me pregunta cuando no intento dejar el coche.

—No, no es eso. Esperaba algo diferente. Un edificio antiguo, tal vez una biblioteca.

—¡Una biblioteca! —ella grita—. Bueno, me encantan los libros, así que no estoy ofendida. Pero soy más que eso.

—Muy bien, estoy empezando a verlo. Bueno, vamos a ello, entonces — digo, saliendo del auto.



—¿De Verdad? ¿Estás bien con eso?

—Sí.

Caminamos por las pesadas puertas dobles, hasta la tienda llena de todo, desde cajas fuertes, camisas y bolsas, hasta arcos, rifles y pistolas. Es una tienda de juguetes para los amantes de las armas, y por la mirada en sus ojos, Winnifred ha jugado aquí en más de una ocasión.

Más allá del sector minorista, hay un mostrador y, más allá, un salón con sillones cómodos, mesas y bebidas.

—¡Bueno, si no es la pequeña Wieners! —El joven que está detrás del mostrador la saluda. —¿Dónde has estado?

Winnifred se ríe, pero puedo ver que le molesta escuchar el apodo. —Ya sabes, ocupada.

—Cat estuvo aquí el otro día. Me dijo que conseguiste un buen trabajo con un tipo rico.

—Um, sí. —Me señala de nuevo y él parece inmediatamente arrepentido. —James, este es mi jefe, John King. Esperaba que pudiéramos tener un carril por una hora. ¿Tienes uno abierto?

James mira algo en el ordenador y le dice—. Uno se libra dentro de diez minutos. ¿Necesitas alquilar algo o trajiste tu Sig?

—Hoy no. Fue algo de último minuto —dice ella.

—¿Necesitas equipo, entonces? —James pregunta.

—Sí, lo conseguiremos mientras el carril se abre —le dice, y luego me mira y dice—. ¿Alguna vez has disparado?

—Una o dos veces —le digo.

—Está bien, voy a tomar la Beretta para mí y tal vez un .22 para mi amigo aquí —dice Winnifred al empleado.

—Estaré bien con un nueve, gracias —corrijo.

—¿Estás seguro? —pregunta con preocupación.

—Voy a tomar la Glock 19, allí. Por favor —le digo al muchacho.

Saco mi tarjeta para pagar, y Winnifred levanta una mano. —Yo invito.

Aunque no es un gasto enorme, nadie jamás se ha ofrecido pagar por mí y estoy más que un poco sorprendido por ello. —¿Estás segura?

—Absolutamente. Además, soy miembro, así que no es tan caro.

Después de obtener protección ocular y auditiva y algunos objetivos, nos envían a nuestro carril.

—¿Te importa compartir un carril con un novato como yo? —le pregunto en tono de broma.

—De ningún modo. Será más fácil para mí ayudarte —se burla.

Colocando las armas de fuego en el mostrador, establece el primer objetivo, luego se pone a trabajar llenando el cargador. La forma en que los maneja demuestra que ha tenido algún tipo de entrenamiento. Cada movimiento es controlado y resuelto. Ni una sola vez se tambalea, el cañón apuntando hacia abajo del rango en todo momento.

—¿Quieres ir primero? —me pregunta. Sacudo la cabeza, porque estoy mucho más interesado en lo que puede hacer ella. —Bueno.

Con el dedo fuera del gatillo, apunta la Beretta, luego dispara los nueve tiros que había cargado. Ocho de las balas alcanzan el mero centro del hombre de papel, la última rozándole justo encima de la oreja derecha. Inmediatamente, saca el cargador, y coloca el arma de fuego sobre el mostrador.

Luego, con una mirada que dice—. Supera eso —se para detrás de mí.

—¿Estás seguro de que no quieres mi ayuda? Puedo darte algunos consejos —escucho a través de los auriculares.

—Estaré bien —le aseguro, luego configuro mi propio objetivo. Ha pasado tiempo desde que uso una pistola de este calibre. Pero durante dos años viví y respiré armas. Estaban allí desde el momento en que despertaba, hasta el momento en que cerraba los ojos. Y fui el mejor tirador en mi pelotón por una razón.

Al cargar la Glock con seis balas, la descargo rápidamente con una mano, dándole en la cabeza al objetivo. Cada disparo golpea su marca, y sonrío con orgullo. Está en mi sangre.

Me vuelvo para encontrar la boca de Winnifred bien abierta, luego los ojos igualmente grandes se vuelven hacia mí y grita. —¡Sí! ¡Guau!

Nuestro tiempo se acaba justo cuando me estoy divirtiendo. Entregamos nuestros alquileres y, al salir, ella dice—. Tengo un lugar más al que me gustaría ir. Si quieres.

—Soy todo tuyo. ¿A dónde?

Después de comprar helado de chocolate para mí y uno de fresa en cono de azúcar para ella, nos dirigimos al muelle de Naples y nos sentamos en uno de los bancos en la arena con vistas al mar. Miro hacia arriba para verla sonriendo, con sus lentes a la mitad de la nariz, mientras lame un lado de su helado.

Haciendo mi mejor esfuerzo para ignorar como se ve lamiendo esa cosa, le digo—. Entonces, disparando. ¿Dónde aprendiste tan bien?

Se vuelve hacia mí, muy complacida por el elogio. —Mi prima, Cat. Ella prácticamente forzó a Liz, esa es su gemela, y a mí a ir. Alguien se metió a su casa, tal vez hace siete años. No pasó nada. En el momento en que escuchó a alguien en la casa, perdió la cabeza. Su hija tenía unos quince años en ese momento. Así que, por supuesto, lo primero que piensa Cat es sobre su hija que dormía en la habitación con una sala entre ellas y los intrusos por medio.

—Tomó una lámpara de la mesita de noche y corrió hacia afuera echando un grito de batalla. Los asustó y salieron corriendo.

—Tiene la suerte de que no le dispararon —comento sobre la decisión estúpida.

—Sí, eso es lo que ella dijo. Pero, ¿qué habrías hecho si hubiera alguien que pusiera en peligro a tu hijo?

—Usar mis propias manos si era necesario —le digo con sinceridad.

—Exactamente. Ella no pensó en nada más en ese momento. Más adelante, dijo que nunca se pondría en una posición tan vulnerable de nuevo. Nos obligó a tomar una clase de cómo manejar armas y la defensa personal. Liz renunció después de la primera lección. Aunque a mí me encantó. Solíamos disparar juntas a menudo. Solo he venido un par de veces desde que regresé de Nueva York.

—¿Duermes con una pistola debajo de tu almohada?

Se ríe y dice. —No. Está en una caja fuerte al lado de mi cama. Mi mamá no estaba contenta por eso. Pero duermo mejor sabiendo que puedo cuidarme sola. ¿Que pasa contigo? ¿Dónde aprendiste a disparar así? No pensé que pudieras disparar en Nueva York. Aunque nunca me molesté en averiguarlo ya que no lleve mi arma.

—En realidad, si se puede. Las leyes son estrictas, pero aún puedes poseer ciertas armas de fuego.

—¿Y las tienes? —Winnifred toma un bocado de la punta y lo mastica como si fuera algo sólido, luego saca su lengua para lamerse el labio inferior.

—Uh, unas pocas —digo lentamente. —Estaba en la Infantería de Marina cuando era mucho más joven.

—Oh sí, creo que lo sabía. Te enseñaron bien.

Asiento con la cabeza. —Eso hicieron. ¿A dónde más quieres llevarme ahora?

—Tendré que pensar en eso. Quería llevarte a Edison y Ford Winter Estates. Casas históricas. Eso es lo que esperas de mí, supongo.

Cuando me vuelvo a ella, una brisa del océano sopla a través de su

cabello, enviando su dulce aroma hacia mí. La masa roja vuela alrededor de su cabeza, creando un halo ardiente que la hace parecer de otro mundo, haciéndome tragar con fuerza. —Lo haría, pero está bien. Estoy seguro de que encontrarás otra manera de sorprenderme.

—Ya veremos.

Queriendo ver hasta qué punto puedo hacer que se abra, le pregunto—. Dijiste que escribías libros. ¿Ay algo que hubiera leído?

—Si lo hubieras hecho, lo sabrías —dice con elegancia, sonriendo a sí misma, probablemente pensando en ese maldito libro.

—¿Cuántos libros has escrito?

—Bueno, es difícil decir un número exacto. En cierto modo, he estado escribiendo desde antes de que pudiera escribir. Poesía, cuentos. En la universidad, me especialicé en Escritura. Pero para responder a tu pregunta, solo he publicado cuatro de mis trabajos.

—¿Por qué? Si tienes el talento, deberías usarlo —le digo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. La vida tiene una tendencia de ponerse en mi camino.

—Mm —hago el sonido alrededor de un bocado de chocolate.

—¿Alguna vez has estado en Key West? —me pregunta.

—No. Aunque me gustaría.

La casa de Ernest Hemmingway está allí. Es absolutamente increíble ver. Deberías hacerte un tiempo de verla antes de irte.

—Si lo planeas, lo haré.

Ella asiente una vez. —¡Oh, mierda, mi helado se está derritiendo! —Rápidamente, voltea el helado rosado antes de que corra por el cono. La vista de su lengua girando alrededor, comenzando desde el fondo y abriéndose camino hasta la punta, me tiene fascinado.

—¡Que pendejo! —Maldigo, mientras la humedad fría gotea sobre mis pantalones y me doy cuenta de que la he estado mirándola como un idiota por quién sabe cuánto tiempo.

—Oh no. Aquí déjame ayudarte —ofrece, tratando de limpiar mis pantalones con una de sus servilletas.

Se la arranco de la mano y la miro. —¿Tuviste que comer helado así?

Mirándose desconcertada por mi reacción, pregunta. —¿De qué manera comí?

—Como... nada. —Miro a sus ojos marrones y observo cómo su rostro va de marfil a rojo cuando se da cuenta de lo que estaba hablando. Esas gafas

grandes se empañan y ella se las quita de la nariz, pero no mira hacia otro lado.

—Deberíamos irnos —le digo, más ansioso que nunca por tenerla en el Jaguar. Hay una pequeña escena que no puedo esperar volver a escribir, y la cuerda en la consola me ayudará a hacer eso.

## *Winnifred*

—Oye, mira, esa es la tienda que visitaremos mañana —señalo al pasar por el edificio independiente.

John se detiene en el estacionamiento vacío. —Parece que todos se han ido a casa.

—Bueno, son las nueve y media. Siento que te mantuve fuera tan tarde —le digo, guiñándole un ojo.

—Normalmente estoy despierto hasta al menos la medianoche.

—Sí, es lo que me imagine.

Su teléfono suena y lo saca de su bolsillo. —Volveré enseguida. —Al salir del auto, me deja sola para mirar hacia la tienda oscura. Una puerta de acero ha sido arrastrada por toda la entrada, impidiendo que alguien pueda mirar adentro, y mucho menos entrar al lugar. Es una fortaleza, eso lo sé, con más seguridad que un banco. O al menos eso es lo que siempre he escuchado.

Mirando por la ventanilla del conductor, tengo una buena vista de la cara de John, aunque no puedo escucharlo. Su expresión es muy parecida a la que tenía cuando entró en el spa y estaba hablando con las viejitas. Suave, casi dulce.

Regresa al auto y tengo que controlar las ganas de preguntarle con quién estaba hablando que podría calmar las líneas entre sus cejas y aliviar la tensión en su mandíbula. No es asunto mío, y no creo que la pregunta sea bienvenida.

—Bueno, creo que probablemente deberíamos irnos ya —le digo, pero mi corazón no está en eso. No quiero que la noche se acabe, nunca.

Me mira y juro que sus ojos se ven como dos diamantes brillando en la oscuridad. Más hermosos que cualquier joya que hay en esta tienda. Los miro como un venado atrapado en los faros, y creo que tal vez lo que realmente estoy viendo son los ojos brillantes de un depredador. Y yo soy la presa dispuesta.

¡Demonios sí, estoy dispuesta!

Quitándome las gafas y arrojándolas fuera de vista, me abalanzo sobre él antes de que pueda moverse. En el momento en que nuestros labios se encuentran la llama que sentí formándose dentro de mí, explota en un infierno absoluto, consumiéndome. Tomo de él con avidez, deseando que me devore, pero incapaz de controlar mi propia hambre.

Me pone en su regazo, donde trato de montarlo a horcajadas, pero no tengo dónde poner mis rodillas. Entonces, coloco una en la consola y la otra entre sus piernas, presionando su ingle.

Poniendo mis brazos detrás de mí contra el volante, usa un brazo para mantenerlos allí mientras que el otro acaricia la rodilla que tengo en la consola. Me levanto un poco, ajustando mi posición, pero mi rodilla cae al mismo lugar.

John grita mientras retira sus dedos.

—¿Estás bien? —pregunto, jadeando, pero le doy un beso antes de que pueda contestar. Me está sosteniendo contra el volante de nuevo, pero estoy tan enloquecida que me suelto de su agarre con facilidad, y paso mis manos sobre su pecho, y brazos antes de pasar los dedos por su cabello.

No sé si le gusta lo que estoy haciendo, y por un horroroso segundo, el pensamiento de que podría estar haciendo algo que no quiere me viene a la mente y me detengo. ¿Y si lo malinterpretara? La duda se desvanece cuando veo la necesidad en su rostro.

Una mano grande cubre mi mejilla mientras pasa su pulgar sobre mi labio inferior. Abro la boca y la lamo. Su respiración es tan irregular como la mía, luego me está acercando a él, besándome, chupándome los labios y mordiéndolos.

Su lengua se desliza contra la mía y pruebo el cielo en su boca. Me han besado. Principalmente cuando era más joven, pero hubo muchas veces. Ninguno de esos besos importa, no después de esto.

Acercándolo a mí una y otra vez, lo beso con cada gramo de pasión que he guardado durante tanto tiempo. En él vierto toda la necesidad reprimida de conectarme con alguien, de entregarme, mezclada con todas las imágenes que he creado en los últimos cuatro años de él de esta manera.

Siento un jalón en mi blusa de cuello alto, y retiro su mano. Luego otra vez en el fondo mientras trata de levantarla.

—Deja mi blusa puesta, me da pena.

—¿Te da pena? —pregunta.

—Sí. Ahora bésame más —le digo contra sus labios.

Me estoy quemando, desesperada por más. Y estoy tan dispuesta a hasta el final, ahora mismo. Todo lo que tiene que hacer es desabrochar sus pantalones, levantar un poco mi falda. Pero y si... Mierda. Incluso si tuviera que dejar toda mi ropa, él se va a enterar.

—John —jadeo.

—Mm.

—Tengo que decirte algo, antes de seguir adelante.

—Mm.

—Creo que soy virgen.

El beso se detiene de repente. No necesariamente rompiéndose, solo se detuvo, sus labios congelados contra los míos.

Lentamente, se aleja, confundido. —¿Crees que eres virgen?

—Sí, pero no es un gran problema. Solo quería que lo supieras porque estamos en un auto rentado, y sé que puede haber sangre. Así que... solo quería que lo supieras. Me muevo contra él, con ganas de continuar, pero él no responde.

Él se aleja. —¿Piensas que eres virgen?

Suspirando, me recuesto contra el volante. —Bueno, solo he tenido relaciones sexuales una vez, cuando tenía diecisiete años. No sé si se cerró de nuevo. Eso es todo. Así que no soy realmente virgen, pero podría estar cerrado de nuevo. —Me inclino para besarlo otra vez, pero él me empuja hacia mi asiento.

Sus fosas nasales están abiertas y puedo ver que he arruinado completamente mis posibilidades. —¿Eres virgen?

Encontrando mis lentes en el piso, me los pongo y lo miro con molestia. —Dije que no lo sé.

—Pero tú... ¿Solo has tenido relaciones sexuales una vez?

—Sí.

—Entonces eres prácticamente virgen.

—¿Vamos a superar esto? —resoplo.

Lanza su cabeza hacia atrás y golpea sus manos contra el volante. —Mierda. Eres virgen.

—¡Virgen, virgen, virgen! ¿Por qué es tan importante?

—¡Porque lo es! —Luces rojas y azules se encienden repentinamente en el auto, y los dos miramos por las ventanas empañadas para ver a un policía detenido frente a nosotros—. ¡Jodeme!

—Lo habría hecho —le digo con sarcasmo.

Me mira de reojo, diciéndome en silencio que no se le hace chistoso.

Tres golpecitos a su lado del auto lo hacen rodar la ventana. —Oficial —saluda cortésmente.

—Licencia y registro —solicita el oficial, encendiendo su luz dentro del auto. Me entrecierro en el brillo ofensivo. —¿Qué están haciendo ustedes dos



aquí a estas horas de la noche?

—Estábamos recorriendo el área —responde John.

El oficial levanta la vista de la licencia de conducir y del contrato de alquiler con una sonrisa poco convencida. —¿No creen que ustedes dos son un poco viejos para estar de gira?

—Él podría ser —digo un poco ofendida. —Ésta es mi primera vez. Tal vez. Entonces, porque nunca he 'visto la ciudad,' el señor King aquí ha decidido que ya no está interesado.

—Señorita Mills —dice con advertencia. Ruedo mis ojos y miro hacia otro lado, mordiéndome el pulgar para no decir nada más.

—Esto es propiedad privada. Les sugiero que vallan a turistar a otro lugar.

—Sí señor. Gracias. —El señor Mataganas recupera sus documentos y salimos frente al oficial.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—Te llevaré a casa.

Apretando los dientes con frustración, me alejo de él.

## John

El auto está incómodamente silencioso durante todo el trayecto hasta su casa. No hay música. Ni una palabra ha sido dicha. Por el rabillo del ojo, puedo verla mirando por la ventana. El temblor frenético de su pierna me deja saber que está molesta, aunque no tan enojada como lo estoy yo.

En el momento en que llegamos a la casa oscura, las luces que flanquean el garaje se encienden.

Ella me mira y levanta la barbilla. —Pensarías que acabo de decirte que maté a tu perro, o peor, que rasgué tu maldito auto.

Mis manos se aprietan alrededor del volante, pero no digo nada.

—No hay nada mal conmigo, John. Si no te gusto porque puedo ser virgen, entonces esa es tu culpa. ¡Buenas noches!

Me extiendo más rápido de lo que ella puede reaccionar y agarro su muñeca antes de que pueda alejarse de mí. —¡Esto no tiene nada que ver con tu estado virginal, maldita sea!

—¿Qué es, entonces? —Me está mirando, esperando una explicación.

Me limpio la cara y me cuesta encontrar las palabras. No vienen fácilmente, no cuando hay tanta confusión en mi mente. Estoy aferrándome a cualquier cosa, tratando de entender cómo esta mujer que había imaginado ser una gatita sexual, cuyas palabras escritas no puedo sacar de mi cabeza, ¡ni siquiera está segura de que aún sea virgen!

—Escribes libros —me fuerzo a preguntar.

—Sí. ¿Qué tiene eso que ver con esta conversación?

—Los libros románticos son conocidos por el sexo. ¿Escribes sexo en tus libros?

Un ceño se forma entre sus cejas. —Sí-i-i —responde vacilante, extendiendo la palabra.

—¿Cómo los escribiste sin haber tenido sexo! —exijo. Lo que realmente quiero saber es cómo diablos escribió sobre la dominación cuando apenas tuvo sexo vainilla.

—¡He leído muchos libros y tengo imaginación! —me grita.

—¡Debe ser una muy buena!

—¡Pues sí, lo es! No necesito haber hecho algo para escribir sobre eso. Mira a todas las personas que escriben sobre vampiros y hombres lobo. Pueden escribir sobre eso, aunque nunca hayan sido vampiros.

—Bueno, no sabes, podrían serlo.

—¡Ay! —Saca su brazo de mi agarre. —Señor King, esta conversación ha terminado. Te veré por la mañana.

—Estaré aquí a las cinco.

—No, yo voy en mi coche, gracias.

—Señorita Mills. —La dejo ir porque estoy demasiado torcido por dentro para seguir hablando de todos modos.

Cierra la puerta detrás de ella y la veo caminar. Su madre la está esperando y ella entra, mirándome una última vez antes de cerrar la puerta.

¡Mierda! Todo por lo que vine, todo lo que quería de ella... Todo ha cambiado. ¿O lo ha hecho?

Jalo de los cordones de cuero que había querido usar en ella. Estaban destinados a atarla al volante, tal como lo había hecho conmigo en su libro. La volvería loca chupándole las tetas hasta que me rogara que la follara, pero aun así continuaría mi tortura.

Esperaba seducirla, provocarla y excitarla, hasta que pudiera obligarla a hacer mi voluntad. En lugar de eso, ella tiró todo con su ataque sorpresa, completamente cegándome. Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Mi cuerpo respondió al de ella antes de que mi cerebro pudiera ponerse al día. Cuando finalmente lo hizo, y yo trataba de conseguir el cable, sin saberlo cerró la consola en mis dedos. Me dolió tanto que grite, hasta que puso esa boca en mí otra vez, y otra vez me había olvidado lo que había estado tratando de hacer en primer lugar, el único pensamiento claro en mi mente, ella SI se quita las gafas.

Con el puño en las ataduras, sonrío, porque todavía no he terminado. Al final del día ella todavía escribió esas palabras. Puede que no sea culpable de hecho, pero si de pensamiento.

Las circunstancias han cambiado, pero el resultado seguirá siendo el mismo. La única diferencia es que ahora habrá más de una lección para enseñar. Y la próxima vez no me tomará por sorpresa.

## Capítulo 8

### El Buen Señor King Se Columpia Demasiado Alto

*Cuando era niño, al señor King le encantaba jugar en el jardín donde colgaba un solo columpio de un pesado marco de madera. Era un lugar donde podía perderse en maravilla, y sentir el viento en su cabello mientras se movía más y más alto.*

*Ahora, como hombre, se sentaba en un columpio hecho solo para él, en un jardín de látigos y paletas. El sonido de los pájaros fue reemplazado por el sonido de tacón alto sobre el mármol mientras su ama se movía a su alrededor. Y el aroma de las flores no se encontraba por ninguna parte, solo el olor a cuero y pecado.*

*Poniéndolo en el asiento, su ama jalo de las cadenas hasta que su cuerpo fue suspendido, con las piernas abiertas por las eslingas que tenía el columpio.*

*Sus ojos se abrieron cuando ella vio lo que yacía entre sus piernas, rígido y grande, tan cerca de su cara. Lamiendo sus labios, lo miro. —Ahora mi mascota, ¿estás listo para un poco de diversión?*

*—Sí, mi señora.*

*Aferrándose a sus hombros, la agarró por la cintura y la colocó cuidadosamente sobre su eje, deslizándola hacia abajo lentamente. Ambos gimieron cuando su cuerpo se ajustó a él.*

*Envolvió sus manos alrededor de la cadena y con un movimiento de sus piernas y una ligera bomba de sus caderas, ella comenzó a columpiarlos a los dos. Hacia delante y hacia tras. Cada vez que cambian de dirección, el impacto la tenía rebotando sobre él. Más rápido fueron, perdiendo el control del swing. De repente se desplomo, derramándolos al suelo, donde continuó meciéndose sobre él hasta que ambos lloraron de éxtasis.*

*Cuando abrieron sus ojos, se sorprendieron al ver el daño que les rodeaba.*

*Volviéndose a él, ella lamió sus labios y dijo—. Eres demasiado bueno, señor King.*

## *Winnifred*

¿Quién decidió que el golf era una buena idea? Oh si, ese sería yo. Aunque para ser justa conmigo misma, no tenía idea de que me utilizarían como conductora, la cárgalo-todo y caddie.

—Wina —Rory me llamo durante todo el juego. —Por favor Wina, ¿puedes llevar mis clubes? Tengo un hombro mal, como sabes. —Despues—. Wina, por favor Wina, ¿podrías ser un amor y cargar mi agua?

En el cuarto hoyo, John comenzó a llamarme Wina también y cada vez que lo hacía sus labios se estiraban en una sonrisa divertida que me hacía querer quitarle con una cachetada.

Terminamos a las diez, y aunque me siento un poco peor por el desgaste, estoy orgullosa de haberle dado al clavo. M&K celebrara la Gala de Navidad en El Drayton.

—Hiciste un buen trabajo —John me felicitó cuando nos fuimos.

—Gracias. Sabía que había organizado una buena reunión.

—No, quise decir que eres una buena caddie.

—¡Uy! —Me muevo hacia mi auto, pero él me detiene.

—Wina, espera —dice riendo.

—¡Oh, Dios mío! —Me saco de su mano, pero él me agarra de nuevo. — Lo siento, Winnifred. A veces sacas lo peor de mí. Sabes que me refería a un buen trabajo por organizar la junta.

—Gracias, supongo. De todos modos, tenemos que irnos. —Sacando mi teléfono, busco nuestro horario. —Tenemos que estar en Naples en media hora.

—Bien. ¿Y crees que esa cosa puede llevarte allí lo suficientemente rápido? —pregunta, señalando hacia mi pequeño automóvil. Frunzo mis labios, porque no, no creo que pueda llegar lo suficientemente rápido. —Está bien, señor King. ¿Que sugieres?

—Te dejaré entrar en mi auto, si prometes ser amable.

Señor, dame paciencia.

El recorrido de la tienda va bien, e incluso podemos almorzar en una linda tienda de sándwiches en la playa. La mayor parte de la incomodidad de la noche anterior se ha desvanecido, gracias a Dios.

Es un poco más de una hora de regreso de la última tienda que programé. El automóvil está en silencio, excepto por la mezcla de papeles mientras

reviso las notas que tome durante nuestras reuniones, y el clic de las teclas de mi computadora portátil cuando meto la información.

—Winnifred. Winn —John rompe el silencio. —Quiero disculparme por lo de anoche. Me tomaste por sorpresa.

También yo me siento mal. —Está bien. Sé que tuvo que haber sido un poco chocante, con eso de que tengo treinta años y todo.

—No sabes ni la mitad de eso —dice. —Pero quiero que sepas que no creo que haya nada mal contigo. No es asunto de nadie lo que haces y cuando lo haces. Ni siquiera mío.

Entramos al estacionamiento de Killian Bay y él se detiene detrás de mi auto.

—Estás completamente libre mañana hasta la hora de la cena. ¿Qué vas a hacer con tu tiempo? ¿Quieres que planee algo para ti? —le pregunto.

Como es su costumbre cuando no tiene ganas de responder algo, ignora la pregunta por completo. —Cena conmigo.

—Vamos a cenar con los gerentes, ¿recuerdas?

—Me refiero a esta noche.

—Oh. Está bien. —¿Por qué no? “¿Vas a cocinar algo elegante?

—E... no. No puedo cocinar. Recoge un poco de pizza en el camino.

Estrechando mis ojos hacia él, le pregunto—. ¿Es esa la única razón por la que quieres que vaya a cenar? Puedes pedir que te la traigan —le informo.

—Es lo que estoy haciendo. Te estoy pidiendo que me la traigas. Te veo en un rato.

Bueno, ¿cómo te gusta eso? No sé por qué parece que realmente disfruta pegándomela.

Después de darme un baño, me pongo un par de pantalones de yoga y una blusa de manga larga, levantando parte de mi cabello en un moño desordenado. Esto no es una cosa elegante y al parecer solo soy la repartidora de pizza.

Jet's Pizza tiene la pizza de pollo a la parrilla y verduras lista cuando la recojo, y en poco tiempo, estoy en el hotel, mostrando mi identificación al conserje y dirigiéndome en el ascensor hasta la suite presidencial. John me había enviado un mensaje de texto con el código clave su habitación, y al ingresar los dígitos, entro.

—Guau —le digo a nadie cuando entro, quitándome los zapatos en la entrada y dejando caer mi bolso junto a ellos.

Esta es mi primera vez en una suite así, aunque si me he imaginado

muchas veces como sería. Y esta no decepciona. Grande y abierta, está decorada estilo playa moderna, con ángulos agudos y tonos crema con ráfagas de color escondidas aquí y allá. Pinturas de estrellas de mar y conchas hechas en tonos plateados cuelgan sobre mesas llenas de todo tipo de orquídeas y esculturas metálicas.

Las maderas grises brillan bajo las alfombras peludas blancas, y reflejan la luz del sol moribundo que entra a través de una pared entera hecha de vidrio frente a la playa. La pizza me quema las manos mientras miro el océano con asombro, y un poco de envidia de que algunas personas realmente vivan con esta vista todos los días.

Repentinamente, la música se enciende. Escucho a Frank Sinatra cantando *La Manera Que Te Vez Esta Noche* en lo alto, y me miro a mí misma, pensando en lo inapropiada que es la canción.

Encuentro a John en la cocina revolviendo entre los gabinetes. Un gran cuenco de madera lleno hasta el borde con una hermosa ensalada grande se sienta en el mostrador con dos cucharas de madera.

—Pensé que no cocinabas —le digo, yendo por la isla hasta donde está.

—No lo hago. Mande traer esto.

—Oh. ¿Qué estás buscando? —pregunto, mirando a su alrededor.

—Esto —dice, sacando dos platos blancos.

—Este lugar es increíble. Nunca he estado en una suite presidencial.

Finalmente se vuelve hacia mí y se detiene, sus ojos evaluándome. Son intensos, de esa manera que me hace cosquillas en algún lugar profundo del interior, y me hace reír sin querer realmente hacerlo. —¿Qué?

—Te ves ... cómoda —dice. Comparativamente, supongo que me veo muy cómoda, como él dijo. Le diría que se cambie la camisa y los pantalones de vestir, pero dudo que tenga sudaderas. Al menos tiene sus mangas enrolladas.

Aclarando su garganta, se frota la nuca y se mueve para poner la mesa. Ahí es cuando noto los panecitos de chocolate junto a la nevera. —Yum. Me encanta el pan dulce. ¿También trajeron estos?

—Sí, sé que te gusta algo dulce después de la cena.

—Eso es muy cierto, mi amigo. Aunque a veces me gusta un poco de algo dulce antes de la cena. —Pasando un dedo por una esquina, tomo un poco del merengue. Me lambo el dedo y cierro los ojos, saboreando el chocolate. —Dios mío, esto es bueno.

Cuando los abro, veo a John junto a la mesa mirándome, hipnotizado.

—¡Maldita sea! —grita, y le toma dos pasos para llegar a mí.

Antes de darme cuenta, me está presionando contra el mostrador, su boca dura contra la mía.

Con las manos en su pecho, juguetonamente lo empujó hacia atrás mientras intenta rastrear besos desde mi mejilla hasta mi línea de la mandíbula.

—Pensé que me invitaste a cenar —respiro, quitándome las gafas y aventándolas.

Sus cálidos labios ruedan por mi piel y siento el calor de su aliento en mi oído, elevando mi temperatura aún más. —Creo que tú serás mi cena esta noche. —Hay algo en la forma en que lo dice que me hace sentir un poco como una caperucita roja, y él es el gran lobo que me va a tragar. Mentiría si dijera que eso no me excita más allá de la razón.

—Um.. —Estoy jadeando. Mis pensamientos están confundidos por su proximidad, lo único que tengo claro en mi mente es el latido siempre presente entre mis piernas y la necesidad de satisfacerlo. —Pensé que no te gustaba que yo fuera un...

—Sh. —Cuando su boca se acerca a la mía, borra incluso ese pensamiento. Me convierto en nada más que una masa de necesidad, completamente fuera de control.

Retira sus labios de los míos el tiempo suficiente para decir—. Winn, me estás volviendo loco —aunque las palabras apenas se registran.

Mis piernas se envuelven alrededor de su cintura cuando él me levanta, apoyando mi trasero en el mostrador, y bombeo mi centro contra su dureza, creando una dulce fricción que nos hace gemir a los dos.

—Te deseo, Winn. —Quiero decirle algo a él, pero no puedo pensar en nada, así que en vez muerdo su labio inferior.

Una mano grande se clava en mi cabello espeso y jala, forzando mi cabeza hacia atrás y exponiendo mi cuello. Sus labios viajan sobre mi barbilla, calientes y húmedos, hasta mi garganta. Estoy tan ida que no me doy cuenta cuando jala del cuello de tortuga, y el material ligero se estira fácilmente, permitiéndole un acceso mayor.

Es cuando la sensación cambia, pasando de la hipersensibilidad a un toque apenas entumecido, que siento el primer indicio de una alerta. El segundo llega cuando se detiene, con una mirada de ligera confusión en su rostro. Ahí es cuando se establece la claridad y sé lo que ha pasado, lo que ha visto y lo que ha sentido.

La humillación me llena, y con ella una intensa ola de ira. Lo empujo tan



fuerte que golpea la nevera detrás de él. Está aturdido, pero incluso entonces, intenta consolarme.

—Winn, lo siento. Háblame, por favor. —Se acerca a mí, pero lo abofeteo, luego continúo mi ataque cuando no entiende que no lo quiero cerca de mí.

—¡Aléjate! —le grito.

—¿Qué ha pasado, Winn? ¿A dónde vas?

Ya estoy agarrando mis cosas, encontrando mis lentes en el fregadero, poniéndome los zapatos y caminando hacia las puertas del ascensor, sollozando francamente, sosteniendo el cuello de mi camisa, sintiéndome expuesta y dolida. —Me voy. Renuncio. No me llames.

Al extenderse, me agarra del brazo y me acerca a él antes de que se abran las puertas del ascensor. —Al diablo con tu renuncia. ¿Qué rayos acaba de pasar? ¿Qué acabo de...?

—¡Nada! —sale en llanto, cortándolo. —No pasó nada y nunca pasará nada. Buen día señor.

—Winn, estás siendo ridícula.

Volteo mi cara, la cual sé que está roja y mojada. Hay tanto dolor y vergüenza que no puedo contenerlo. No hay manera de mantenerlo dentro.

Nos quedamos quietos por un rato así, con sus manos envueltas alrededor de mi brazo. Cuando se abre la puerta del ascensor, él habla, y es un sonido tan preocupado que me rompe aún más. —¿Te hice hacer algo que no querías?

Mis hombros rebotan con mis sollozos y sacudo la cabeza. Luego me deja ir y entro en el ascensor. Cuando las puertas se cierran detrás de mí, caigo al suelo y suelto el dolor.

## Capítulo 9

### El Buen Señor King Está Todo Atado

*Una pila ordenada de cuerda suave y blanca ya había sido colocada en el lecho nupcial a su lado. El señor King se arrodilló a su lado. Su amante vestida con un corsé de satín blanco, con su tanga y liguero, se colocó detrás de él y le pasó la mano por la espalda desnuda. Hoy lo ataría a ella en más de un sentido.*

*Pasando la cuerda alrededor de su muñeca, la rodeó meticulosamente alrededor de su cuerpo, apretándola hasta que el material se clavó en su carne. Dentro y fuera ella tejió la cuerda, creando una hermosa red por su cuerpo que lo mantuvo en una posición de rendición y sumisión.*

*Sus nalgas colgaban a un lado de la cama, ligeramente abiertas, exponiéndolo más a ella. Mientras trabajaba en el cordón con una mano, la otra se adentró en sus regiones inferiores, rodeando su ano y aún más para cubrir suavemente sus testículos.*

*El señor King gimió y empujó contra la mano de su ama. Le complacía saber que él disfrutaba su toque.*

*Apretó la cuerda poco a poco, permitiéndole ajustarse a la leve quemadura contra su piel, luego un poco más, probando sus límites, hasta que finalmente alcanzó el dolor que había deseado, y él dijo—. No más.*

*Una vez terminada, dio un paso atrás para ver su obra de arte. El tejido era intrincado, siguiendo intencionalmente las largas líneas naturales de sus músculos.*

*—Dios mío, pero eres una cosa hermosa, señor King —dijo con admiración.*

*Permanecería así mientras lo deseara. Y lo desearía durante mucho tiempo, porque mientras permaneciera, ella lo complacería como recompensa.*

*Su boca rondo por su cuerpo atado, besando la piel expuesta, desde su nuca, hasta su culo delicioso. Rodando su mano por medio de sus piernas, alcanzo su eje, y lo froto con ganas.*

*Cuando llegó el momento y él se derramó sobre las sábanas de seda, ella quitó la cuerda y frotó la piel ahora marcada con el patrón que había creado.*

—*Muy bien, señor John. Hiciste muy bien.*

## *Winnifred*

¿Por qué siempre tiene que llover en un día donde ya te sientes como mierda? Mamá dice que es porque la tierra está tan conectada a nosotros que cuando el colectivo humano sufre, nos acompaña. Personalmente, creo que la tierra está enferma y cansada de nosotros, y cuando estamos tristes, realmente quiere hacerlo peor.

Cat está sentada a mi lado en el estudio, leyendo una revista de ejercicio mientras miro la televisión. Algo por el rabillo del ojo me hace voltear hacia ella. Está moviendo la revista más cerca y más lejos, entrecerrando los ojos.

La malvada en mí se anima un poco. —Debe ser feo envejecer. Puede ser hora de que compres unos lectores.

Tan rápido como puede ser, me quita las gafas de la cara y se las pone, luego casi inmediatamente se las quita. Arrugando la nariz, dice—. ¿Son de verdad? —Luego, haciendo un gran espectáculo de mirar a través de ellas, profesa. —¡Estas son gafas de moda!

—No lo son. ¡Devuélvemelas! —Las alcanzo, pero ella usa sus brazos ligeramente más largos para apartarlos. —Mami, ¡Cat no me devuelve mis lentes!

Mi madre, que ha estado trabajando en su lasaña vegetariana, nos mira y sacude la cabeza, pero no hace nada.

Cat se carcajea cuando trato de quitárselas, y luego avienta las gafas sobre el sofá. —Déjalas ahí. Son falsas de todos modos.

—¡Maldita seas, Cat! —digo, saltando de ella y cavando detrás del sofá en busca de mis gafas. Las encuentro al revés con un gran mechón de pelo de Kiah atorado en la boquilla. —¿No tienes tu propia casa? —pregunto, tirandome en el sofá junto a ella.

—La casa está vacía. Reese está trabajando con Liz en esa deposición y no me quieren allí. Estoy sola, Wieners. —Su brazo se desliza a través del mío y apoya su cabeza contra mi hombro.

—Probablemente no te quieren allí porque eres una fastidiosa.

—Lo siento. ¿Me perdonas? —Me mira haciendo pucheros.

—Está bien —le digo, dándole una palmadita en la rodilla. Tengo que admitir que, por unos minutos, Cat me hizo olvidar la noche anterior. Me hundo más en el sofá, y encorvando los hombros, dejo escapar un profundo suspiro.

—¿Tan mal?

—No. Más como estúpido. —Era estúpido no decirle. Era estúpido pensar que sería capaz de acostarme con un hombre sin que él lo viera. Y fue una estupidez de mi parte salir corriendo sin ningún tipo de explicación.

Me arrepiento de mi reacción exagerada. John no es un niño y la experiencia puede haber cambiado la forma en que se comportara conmigo después de saberlo. Pero por alguna razón, todavía estoy atascada en el pasado, y temí que actuara como lo hicieron esos chicos cuando yo era más joven.

—¿Tiene que ver con ese hombre King? ¿Te lastimó? —pregunta Cat.

Suspirando de nuevo, digo—. No. Pero puede que yo si le haiga hecho daño.

Mamá mira a través de la ventana en la pared que divide la cocina de la sala de estar. —Parece que tenemos alguna compañía —nos dice.

—¿Quién es? —pregunto.

Gira su cuello, tratando de ver sobre la pared que es casi tan alta como ella. Cómo una mujer tan chaparrita me hizo, está más allá de mí. —No puedo estar segura, pero podría ser tu jefe.

—¿Qué está haciendo Julie aquí? —pregunta Cat.

—No la tuya —sonríe mi mamá. —El de Winn. Bueno, me voy a mi recamara. Déjenme saber cuándo suene la alarma. —Se quita el delantal teñido y lo cuelga en la pared.

—Cat, ve tú. Dile que no estoy aquí —le digo, empujándola del sofá.

—Está bien, está bien. —Cat sale de la sala, a través de la cocina y hacia la sala de estar.

Aguanto la respiración mientras escucho atentamente, pero el sonido de mi corazón palpitante me hace acercarme más a la cocina.

El timbre suena y Cat abre. —¿Puedo ayudarlo?

—Estoy aquí para ver a Winnifred. —Supongo que no es necesario saludar.

—¿Y tú quién eres? —pregunta ella, aunque ya lo sabe.

—John King. ¿Está en casa, Winn?

Ella chasquea la lengua lo suficientemente fuerte como para que pueda oírla yo. —Lo está. —La puerta se abre de un chirrido y escucho sus pasos contra el piso. —Déjame la llamo.

¡Maldita Cat!

Asoma su cabeza y me dice con una gran sonrisa cursi. —¡Oh, Dios mío,

¡pero el hombre está caliente! —Luego su sonrisa se desvanece y antes de que tenga la oportunidad de decir algo, ella vuelve a él y le dice—. Saldrá en un minuto.

—Gracias.

Hay silencio por un momento, y ya puedo imaginar la escena. Cat sentada en el sofá frente a él, haciendo todo lo posible por intimidarlo con los ojos.

—¿Y tu quién eres? —le pregunta el.

—Yo soy Cat. La prima de Winn, también conocida como su hermana mayor.

—Encantado de conocerte, Cat.

—Entonces, tú y Wieners... ¿tienen algo que ver? —Necesito que la tierra me trague. En realidad, necesito salir y detenerla, pero es difícil hacer que mis piernas se muevan.

—Es complicado —responde.

—¿No lo es todo?

—¿Qué puedo hacer por ti, señorita Cat? —¡Oh, mierda! No se oye feliz.

—No es lo que puedes hacer por mí, sino lo que puedo hacer por ti, Kingy.

¡Dios mío, ya le dio apodo! Él debe encontrarlo divertido porque se ríe.

—Tienes agallas. Me gusta eso. Podría usar a alguien como tú en mi equipo. Demasiados suavitos acurrucados que se intimidan por el dinero y toman decisiones malas.

—Gracias, pero ya tengo un trabajo —le dice Cat.

—Muy bien, entonces dime, ¿qué puedes hacer por mí?

—Te voy a dar un consejo. Winn es algo especial. Ella es una de las personas más fuertes que conozco, y por alguna razón te dejo entrar a pesar de que es una cosa increíblemente difícil para ella.

—No necesito que me digan que Winn es especial. —¿Cree que soy especial? Mi corazón se agita un poco.

—Estoy segura de que no. Pero ese no es el consejo que voy a darte.

—¿Entonces qué es?

—Winn es increíblemente amada. Somos una familia estrecha y haríamos cualquier cosa para protegerla. Cualquier cosa. —Aunque no creo que sea necesario decirlo, me hace llorar al escucharlo. Cat puede ser una mocosa, y a veces desagradable, pero es feroz cuando ama a alguien. Y tengo la suerte de ser una de esas personas.

—Gracias por el consejo. Lo voy a tener en mente.

Antes de que Cat pueda hacer más amenazas, entro a la sala de estar.

Ella se levanta rápidamente, sus ojos ablandándose hacia mí. —Los dejo solos. Déjame saber si necesitas algo —me dice, entonces lo mira una última vez antes de sonreír, dejándolo confundido.

Evado sus ojos grises cuando vengo a sentarme en el lugar que Cat acaba de desocupar. —Hola —digo, todavía sintiendo el aguijón de vergüenza. —Viniste a verme.

—Bueno, cuando no conteste mis llamadas no me quedo otra opción.

—Podrías haberlo dejado ir.

—Debería haberlo hecho, pero no pude.

Mordiéndome el labio inferior, finalmente me permito mirarlo, y cuando veo la ira mezclada con preocupación en su rostro, dejo escapar un suspiro y digo—. Discúlpame.

—¿Por qué? Winn, todavía no tengo idea de qué diablos pasó.

Me lleno de vergüenza y estoy segura de que se me ve en la cara. De repente se mueve para sentarse a mi lado, y levanta mi barbilla hacia él. —He destrozado mi cerebro, tratando de averiguar lo que hice mal. Pensé que tú también me deseabas. ¿He cometido un error?

—No. No eres tú.

—¿Entonces qué pasó? —pregunta, casi implorando.

Respirando hondo, me siento más recta y me armo de valor para lo que voy a decir. Pero no sale nada porque ha pasado tanto tiempo desde que tuve esta conversación, y no sé cómo comenzarla. En lugar de eso, levanto el lado derecho de mi cabello y me abro el cuello de la camisa de algodón, exponiendo mi piel.

Su inhalación audible no es del todo inesperada. Me trago el orgullo, la necesidad de cubrirme, de esconderme de él. Mis ojos arden con la necesidad de llorar, pero eso, también, lo reprimo.

Es una lucha sentarme así, dejar que lo asimile todo.

Después de un minuto, finalmente se aclara la garganta y habla. —Lo siento. No tenía ni idea.

—No.

—No puedo creer que no haya visto esto antes. —Suena avergonzado y me siento muy mal por haberlo hecho sentir de esa manera.

—¿Cómo lo sabrías? Me asegure de mantenerme cubierta. De ahí el cuello alto y las mangas largas incluso en verano.

—¿Te va por todo el brazo? —pregunta. Puedo ver que no está seguro de

cuánta información estoy dispuesta a compartir. En este punto no veo la necesidad de ocultar nada.

Levantando la manga, le muestro mi brazo. Las cicatrices de quemaduras que destruyen la piel de mi cuello y hombros, bajan por mi brazo derecho en manchas, hasta mi mano, donde disminuyen. —Cuando me pongo las mangas un poco más largas como esta, no puedes ver nada.

Su mano se extiende y sostiene mi brazo más cerca para inspección. Aunque me estremezco, no me alejo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Su voz sale restringida.

—Cuando tenía cinco años. Mi mamá estaba en la cocina. Yo había pedido patatas fritas. Ella siempre hacía las mejor. Entonces, ella puso la freidora con aceite caliente. Me encantaba verla cocinar. Acercaba una de las sillas junto al mostrador lo suficientemente de la estufa donde podía ver lo que estaba haciendo. Ese día había algo que necesitaba en el garaje y me dijo que me mantuviera lejos de la estufa.

—Quién sabe por qué los niños hacen cosas estúpidas. Vi que las papas fritas ya estaban cortadas y listas para ser arrojadas a la freidora, y pensé que podría hacerlo. Entonces, me levanté de la silla, agarré toda la tabla de cortar y traté de echar las papas. Por supuesto, la cosa era demasiado pesada para mí, y se cayó de mis manos a la freidora. Aceite estallo y se derramó sobre el borde y sobre mí. Lo creas o no, todo este daño fue hecho por muy poco aceite.

—Me dolió por un segundo. Grité y cuando mi padre corrió a la cocina me encontró en shock. Mi madre corrió tras mi papa, y él ya me estaba envolviendo en hielo.

—¿Te acuerdas de esto? —pregunta.

—Sí. Suena más aterrador de lo que me pareció en ese momento. Después de esa fracción de segundo de dolor agonizante, no había nada. Tampoco podía sentir el hielo. Mi papá le gritó a mi mamá que llamara a una ambulancia. Ellos vinieron y se apresuraron a llevarme al hospital. Todo sucedió tan rápido. El aceite quemó más del setenta y cinco por ciento de mi brazo, pero el peor daño fue en mi cuello. Exigió la cirugía más intensiva para permitirme movilidad, porque las cicatrices me impedían girar la cabeza cómodamente.

—Tu madre debe haber sido un desastre —dice.

—Si lo era. Hasta el día de hoy lo siente, aunque ha ido a la consejería. No ayudó que mi padre le dijo hasta de lo que se iba a morir, y trató de



quitarle custodia.

—Eso debe haber sido duro. Aunque no puedo decir que me sentiría diferente.

—Bueno, ella es humana. Todos cometemos errores, John. Es una madre increíble, y eso no lo disminuyo. Solo significa que por una fracción de segundo no me vio y ocurrió una tragedia. Es la vida. Mi padre finalmente llegó a entenderlo, y su ira se calmó.

—Lo siento, Winn.

—Yo también. Fue un momento difícil. Mis padres se divorciaron por eso. Pero todavía estaban allí siempre para mí.

—Tu papá todavía está en tu vida, ¿entonces?

—Oh sí. Hablo con él una vez a la semana. Se ha vuelto a casar y vive en Arizona ahora. Tengo un hermanito de diez años que vive con él. Es un poco raro, de verdad. —Miro mi brazo aún en su mano. —John, me arrepiento de cómo reaccioné. Lo que estábamos haciendo me tenía tan aturdida que me había olvidado por completo de mis cicatrices. Quiero decir, estoy tan acostumbrada a evitar automáticamente que alguien vea. Cuando me tocaste allí y apenas te podía sentir, y luego cuando te apartaste, me acordé. Me agarraste con la guardia baja y la sorpresa me hizo enojar, supongo. No fue culpa tuya y no tuvo nada que ver contigo.

—No puedo decir que estoy molesto por hacerte olvidar —dice, haciéndome sonreír. —¿Es por eso que no has estado con nadie?

—Es difícil estar con alguien cuando no quieres que te vean —le digo. Y es sobre todo cierto. Pero hay mucho más que eso. De hecho, mis sentimientos sobre esto son tan complicados que apenas yo puedo entenderlos.

—¿Alguien te ha hecho daño? Me refiero a un hombre.

Finalmente, recuperando mi brazo de su mano, me coloco la manga sobre las cicatrices y sacudo la cabeza. —No. Realmente no. Nada que ver. Mi madre me educó en casa durante algunos años después del accidente. No fue hasta la secundaria que volví a la escuela, y eso fue por mi insistencia. Estaba cansada de sentirme recluida. Quería estar rodeada de jóvenes de mi edad.

—Creo que la gente pensaba que era raro porque siempre llevaba blusas de manga larga, pero porque no actuaba como si me importara, nunca fue un problema. Pude hacer muchas de las cosas que todos los demás hicieron. Y cuando pasé por la pubertad, me puse caliente como todos los demás.

—Estabas cachonda —afirma de hecho, haciéndome reír.

—Oh sí. Todos mis amigos estaban teniendo sexo. Un día, todos fuimos a

una fiesta en la casa de un amigo, y este tipo popular que tenía su ojo en mí durante un tiempo, se acercó y me insinuó que fuéramos a algún lugar solos. Salté sobre eso sin pensar mucho en nada más. Era solo un muchacho y no tenía idea de lo que estaba haciendo, así que lo hicimos sin quitarnos la ropa. Simplemente me levanto la falda un poco.

Dios, estaba tan feliz que había perdido mi virginidad. Su nombre era Jordan Hassler. Acabó en menos de treinta segundos. Siempre me he preguntado si incluso me lo había metido bien. Bueno, había sido lo suficientemente como para dolerme y hacerme sangrar.

Después de que se vino, me dejó allí para limpiarme y me quité la camisa para deshacerme de una capa que llevaba debajo. Era enero y se había puesto un poco frío, pero después de lo que había hecho, tenía demasiado calor. De repente regreso y me encontró medio desnuda.

—¿Se burló de ti? —La cara de John se sonroja, sus manos son puños en su regazo.

—No, no. Estaba tan confundido. Pobre tipo.

—¿Pobre tipo? ¡Mocosos imbecil! —dice.

—No te enojas. Te digo que no fue así. Simplemente no supo que hacer al ver la extensión de mis cicatrices.

Jordan había tartamudeado, y literalmente salió del baño corriendo. Después de eso, me habló varias veces y me di cuenta de que sentía lástima por mí. Luego, por supuesto, todos en la escuela se enteraron. Me brindaron apoyo y protección, y querían ser mis amigos. Ya no sabía si les gustaba por mí o si querían sentirse bien con ellos mismos. —Sólo quería que la gente me quisiera por mí.

Él asiente con la cabeza en reconocimiento. —Puedo entender eso.

—Sí, estoy segura de que puedes —le digo con sinceridad. —Incluso conmigo, estoy segura de que tienes que preguntarte si me gustas por tu dinero o por ti.

Parece pensarlo un momento. —No creo que te importe mucho mi dinero. Solo me quieres por mi cuerpo.

Lo que dice me hace reír, pero no lo niego. —De todas formas. Hubo otros dos chicos. Uno en mi primer año en la universidad. Estaba tan desesperado por verme desnuda, y se negó a hacer cosas si no estábamos desnudos. —Ruedo mis ojos ante el recuerdo.

Por alguna razón, no puedo recordar su nombre. Pero puedo ver su rostro claramente cuando finalmente me derrumbé y le mostré mis cicatrices. Por

supuesto, corrió. Me topé con él un mes después y se disculpó, diciendo que le daba cosa ver la piel arrugada. No lo dijo como insulto, pero obviamente, lo fue.

Luego, la última gota fue cuando salí con un chico de mi clase de economía. Quería salir conmigo porque había escuchado que estaba marcada. Bicho raro. —Lo dejé de inmediato y decidí que las citas no eran para mí.

John empuja mis gafas por mi nariz un poco. —¿Por qué te pones estos? Cubren demasiado de tu cara bonita.

Puedo sentirme ruborizarme y encogerme de hombros. ¿Por qué le fascinan tanto mis gafas a la gente? “Tal vez no quiero que vean mi cara bonita —le digo.

—Eso fue un error, entonces. Las gafas no son más que un gran letrero para verte más.

—Oh. —Me invitan salir a menudo, pero no sabía que era por mis lentes. Me los quito y lo miro. —¿Y así?

Sonríe, pero no responde. En cambio, me pregunta—. ¿Por qué yo? Dices que has ignorado a los hombres desde hace años. ¿Por qué a mí no me ignoraste?

Reflexiono un poco sobre la pregunta. Algo que casi nadie entiende es que no uso mangas largas y cuello de tortuga porque me avergüenzo de cómo me veo. Lo hago porque a veces me canso tanto de las preguntas como de las miradas. Me canso de la necesidad constante de ser valiente ante los ojos de otras personas. Y me canso de que la gente me trate de manera diferente. Me agota.

Simplemente es más fácil cubrirme.

Cuando se trata de estar con un hombre... es todo lo contrario. Ya estoy cansada de fingir que no me molesta estar sola. Me agota no sentir que alguien me toque. ¡Quiero sentir! Y he deseado a John por tanto tiempo que cuando llego la oportunidad, no la quise dejar pasar.

No le digo esto, por supuesto. En cambio, solo digo—. No lo sé todavía.

—Sé que no tiene nada que ver conmigo, pero lo siento, Winn. — Metiendo mi pelo loco detrás de mi oreja izquierda, lleva mi cara a la suya para un beso. Sus labios permanecen en los míos, y cuando les toca la lengua, los separo para él. Cuando nos alejamos mis ojos todavía están cerrados y besa cada parpado.

Los abro y le miro a los ojos. —¿Me quieres por mí?

Puedo ver que la pregunta le arroja un poco. Quiere decir algo y lo

observo con atención, lista para escuchar cada palabra, pero él se detiene. — Será mejor que me vaya —susurra, decepcionándose.

—Si, vale. Te acompañaré. Camino detrás de él, preguntándome en qué posición nos encontramos ahora que todo ha sido expuesto. ¿Todavía quiere estar conmigo? ¿Se siente mal por mí? Incluso si lo hace, no creo que sea del tipo de estar con alguien solo porque siente lástima por ellos. Maldición, desearía que ya dijera lo que quiere de mí.

—Entonces, tu prima. Ella da miedo.

Pasando por la puerta principal, me río. —Sí, es una loca sobreprotectora de quien ama.

—Supongo que te ama mucho. ¿Crecieron juntas? —pregunta.

—Algo así. Mi mamá la recogió cuando tenía dieciséis años.

—Oh. Entonces, no es tu prima.

—Si lo es —le digo—. Es solo que... bueno, estaba embarazada y no tenía a dónde ir.

—Supongo que sus padres la echaron.

—Algo como eso. Es una historia larga. Te la contare en otra ocasión.

Llegamos a su coche, y girando alrededor de él, me toma por la cintura y presionándome contra él, me besa, dejándome saber dónde estamos. No hemos terminado, y estoy muy contenta porque ahora puedo hacer lo que quiera con él, sumergiéndome completamente en el momento sin miedo. No más secretos.

Besándome una vez más, me dice—. nos vemos mañana a las ocho. Tengo un par de reuniones por la mañana...

—Espera. ¿Qué? Pero si ya no trabajo para ti.

—¿Estabas hablando en serio? —pregunta.

—¿No lo estabas tú?

—No. Todavía necesito un asistente.

—John. Casi hemos tenido relaciones sexuales. Estoy en tus brazos ahora mismo. ¿No es eso contra la política de la empresa?

—Te lo dije, no trabajas para M&K. Y mientras estés en el reloj, estarás trabajando. Cuando no estés...

—¿Cuando no estoy qué? —pregunto, un poco sin aliento.

—Cuando no lo estés, yo seré la que haga el trabajo. —Presiona su pelvis contra el mío y me deja saber exactamente qué tipo de trabajo estará haciendo.

Cat está de pie en la cocina con la cadera apoyada contra el mostrador.

Paso junto a ella a la nevera y me sirvo un vaso de agua.

—Ya dilo —exijo.

—¿Qué hay que decir? Él es hermoso.

—Pero... —Tomando un trago profundo, la miro por encima del borde del vaso.

—Pero, nada. Solo estoy preocupada.

—No lo estés. Todo está bien.

—¿Lo está? Has estado arrastrando la cobija toda la mañana por él — dice señalando la silla de la sala de estar en la que estaba sentado.

—No estaba arrastrando nada.

—¿Y qué pasa cuando vuelva a Nueva York? Las relaciones de larga distancia no funcionan.

—Cat, esta no es una relación. Y sea lo que sea, tiene una fecha de caducidad. John King no juega al amor, todo el mundo lo sabe.

Su boca se abre. —Bueno, ¡estoy simplemente estupefacta!

—Tú tampoco crees en el amor, Cat. Así que no estés tan ‘estupefacta.’

—Sí creo en el amor. Simplemente no para mí. Pero tú no eres como yo. Entonces, esto no es una relación. Dime que es.

Pico con la uña un pequeño rasguño en la encimera de laminado. —No es nada. Es un algo divertido.

—Winn, ¿no crees que mereces algo mejor que diversión? No necesitas un hombre para jugar contigo y luego tirarte a un lado con el resto de ellos. No te desvalorices así.

Por alguna razón, me molesta que ella pensara tan poco en mi autoconfianza. —Sé lo que valgo y exactamente lo que merezco, Cat.

—Entonces, ¿por qué no encontrar alguien que te amé por ti? No dejes que este hombre tome tu inocencia.

—¡Ese es todo el punto! ¡Sigo siendo inocente a los treinta! No quiero ser más. Y maldita sea, me lo merezco. ¿Y qué pasa si es sólo temporal? Es lo que quiero. En las sabias palabras de Taylor Swift, es mi sueño salvaje. Merezco un sueño.

—Sé mejor que nadie la importancia de tener una banda sonora para tu vida. ¿Pero podríamos elegir una canción diferente? Tal vez, no sé, ¿algo que no sea sobre el desamor?

—No puedo pensar en ninguna.

—Dime esto, entonces, ¿qué pasa cuando te despiertes? Terminarás solo otra grieta en su puesto de cama.

—O tal vez él será una en la mía —refuto.

Te va a hacer llorar, Winn. Mi instinto me lo está gritando.

—Estaré bien.

—Más te vale. Bien, ¿quieres que no sea más que una grieta en tu poste de la cama? Como quieras. Pero no dejes que se convierta en algo más que eso.

Cat toma sus llaves del mostrador y me agarra por la cabeza, acercándose a ella. —Te amo, Wieners. —Besa mi frente y me deja ir, diciendo al salir de la casa—. Demasiado, Wieners. Te amo demasiado.

Prometiéndome a mí misma que John no se convertirá en algo más es imposible. Ya lo es.

## Capítulo 10

### El Buen Señor King Le Atiende Bien

*Su ama llegó después de un largo día de trabajo, cansada y hambrienta. El buen señor King la saludó en la puerta, vestido con su traje gris y camisa blanca que tanto ama ella, ansioso por complacerla.*

*—Vamos, señora, te ayudaré —ofreció, quitándose los tacones de sus pies cansados y colocándolos junto a la puerta principal. Guiándola hacia el baño que ya había preparado, probó el agua.*

*Se volvió hacia ella y, uno por uno, le quitó los artículos de ropa, tirándolos a la esquina. Con amor él la ayudó a entrar en la bañera, donde ella se sentó en el agua caliente, calmando sus músculos doloridos. La lavo con sus manos grandes, quitándole el sudor y el dolor, dejándola suave y limpia.*

*Después de su baño, envolvió una toalla blanca y esponjosa alrededor de su adorable forma y, tomándola en sus brazos fuertes, la llevó a la cama.*

*—Gracias, mi mascota. Me temo que hoy no tengo energía para recompensarte.*

*—No es necesario, mi señora —él dijo, sentándose a sus pies y levantándole la toalla hasta su ombligo. Ella alzo una ceja en advertencia.*

*—Ama, ¿puedo?*

*—Puedes.*

*Él extendió sus piernas. —Sé que has tenido un día muy agotador.*

*Había sido un día feo, hecho aún más feo por algunas personas muy feas. Pero ahora, viéndolo de esta manera... Esto hizo que todo lo demás se desvaneciera en un instante. Su amor incondicional y su voluntad de agradar.*

*Cavando sus dedos en el espeso cabello que tan bien conocía, llevó sus labios a su vagina, donde gimió ante el gusto de complacer a su ama.*

*—Muy bien, señor King —suspiró mientras dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.*

## *Winnifred*

Hoy ha sido un día particularmente duro. No me molestó que cuando entramos a la tienda de Naples para acceder los correos electrónicos de John porque no podía iniciar sesión, una mujer enojada que dañó su brazalete de diez mil dólares quería un reembolso. Cuando no se salió con la suya, demandó hablar con el gerente. John intervino y le dio exactamente lo que quería. Hablar con el gerente y nada más. El resultado fue que me escupieron cuando ella le gritó, y luego se fue en un suspiro.

Durante el almuerzo derrame la sopa sobre mi blusa azul, y tuvimos que tomar un desvío de treinta minutos para regresar a mi casa y sacarme la sopa de almejas de entre mis pechos. En serio, eso no fue tan malo.

Incluso el tráfico que era tan pesado que nos llevó más de una hora y media llegar desde Angelina's en Bonita Springs a El Drayton, no era nada. Una simple abolladura en la maldad del día.

Lo que realmente hizo hoy tan horrible, malditamente largo, ha sido la espera. Porque al final del día, John y yo sabemos exactamente que va a pasar.

Mi cuerpo ha zumbado de energía, positivamente radiando con el pensamiento de sus manos sobre mí. Él también lo siente. El calor en sus ojos mientras cenábamos con los gerentes de las tiendas locales casi me derritió en mi silla.

Cada golpe accidental de su mano contra mi rodilla en el auto, o sus piernas sobre las mías debajo de la mesa, o en la tienda cuando retrocedía y su codo tocó mi pecho... Soy un cohete encendido a punto de explotar.

No se dice mucho en camino a su casa. Es un poco difícil hablar con la boca seca por demasiados pensamientos sucios. Me pregunto cómo me lo va a hacer. O tal vez debería ser yo quien se lo hace a él. Sí, creo que eso me gusta más. Y apuesto a que me dejará.

—¿Deberíamos repasar la agenda de mañana? —pregunta cuando nos acercamos a la puerta de hotel. Sé que es realmente código para—. ¿Estás lista para lo que te va a pasar?

—Sí, tengo algunas cosas que me gustaría repasar contigo —le digo, en realidad queriendo decir—. He estado lista todo el día. ¿Por qué me hiciste esperar?

Cuando entramos en el ascensor y subimos a su suite, me pregunto si me va a besar al estilo Christian Grey. No lo hace. Pero si se para frente a mí,



mirándome tan intensamente que mis lentes comienzan a empañarse. Quiero ser tímida, mirar hacia otro lado. Pero no lo hago porque quiero grabar esto, recordar cada parte de él por el resto de mi vida.

Y si estoy siendo honesta, me gusta lo abiertamente que me está mirando ahora. Cómo me desnuda incluso antes de que tocarme. Me hace sentir poderosa saber que tengo lo que él quiere.

Una pequeña sonrisa toca mis labios y siento que se mueven hacia arriba al pensar exactamente cuánto le podría hacer. La ama Winn se mueve un poco dentro de mí.

—¿John?

—Sí —dice en voz baja.

—¿Me vas a follar?

—Sí.

Las puertas se abren, pero pasa un momento antes de que nos movamos. Toma mi mano y me lleva al sofá, besándome una vez, su lengua apenas tocando la mía, antes de que se siente y me empuja entre sus piernas, mi espalda contra su pecho.

Mis lentes ya se han empañado completamente y no puedo ver nada fuera de ellos. Estoy a punto de arrancármelos de la cara, pero él me detiene, quitándomelos y colocándolos suavemente en la mesa del sofá detrás de nosotros.

—Pon tus manos aquí. —John toma mis manos entre las suyas, y pone cada una de lado, instándome a que hunda mis dedos en el suave material del sofá. —No lo dejes ir a menos que yo diga que puedes.

—¿Qué vas a hacerme? —digo riéndome, ya retorciéndome ante el pensamiento.

—Solo voy a tocarte por ahora. ¿Confías en mí?

Mi risa se detiene junto con mi aliento ante el sonido ronco de su voz. Hago lo que él dice. —Sí.

Su respiración es caliente y húmeda en mi mandíbula, y presiona sus labios allí, mientras sus manos se deslizan por mis brazos, por mis hombros y por mis pechos. —No estás usando un sostén. —Sus palmas rozan mis pezones tan suavemente que rápidamente los cubro.

—Me lo quité en la casa. —Esperando este momento.

John aleja mis manos “Dije que no te muevas.

—No sé si puedo quedarme quieta —lo admito.

—Tienes que.

Un ligero mordisco en el lado izquierdo de mi cuello me hace lanzar la cabeza para darle mejor acceso. Una vez más, sus manos están en mis pechos, dibujando pequeños círculos alrededor de mis pezones que me hacen jadear.

—¡John!

—Sh. Quédate quieta. —Alcanzando los botones de mi blusa blanca, la abre lo suficiente para exponer mis senos, pero dejando el resto de mí cubierta. Una vez más me pone a través de la lenta y dulce tortura. Cada toque es suave y delicado, sus dedos acariciando ligeramente la parte inferior de mis pechos, hasta mi pezón, donde me pellizca suavemente. No me está haciendo daño, pero me duele tan rico que quiero gritar.

—Extiende tus piernas para mí —me ordena, su voz grave tiembla a través de mí.

Hago lo que él dice, forzando mis piernas a abrirse y mi falda hacia arriba. Es algo difícil de hacer, superar este deseo de presionarlas con más fuerza y crear esa deliciosa fricción en mi núcleo por la que estoy tan desesperada. Él me ayuda, levantándolas por la rodilla y tirándolas sobre sus piernas, donde puede controlar hasta dónde voy a abrirle.

Con una mano, continúa rosando mis pezones, mientras que la otra se dirige hacia el sur y presiona entre mis piernas, haciéndome doblar. Antes de que sepa lo que está pasando, suelto el sofá y trato de ayudarlo a que me satisfaga rápido.

—No obedeces.

—¿Eh? —No tengo idea de lo que está diciendo, todo en lo que puedo pensar es que tengo que quiero terminar. Sus manos se han ido y siento la pérdida. Pero no dura mucho.

Empujándome un poco hacia adelante, comienza a hurgar detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando veo que se está quitando la corbata.

—Enseñándote a escuchar. —Jalando mis brazos hacia atrás, rodea la corbata alrededor de mis codos, atándolos detrás de mí.

—Puedes usar eso para vendarme —sugiero.

Se queja de algo a sí mismo, antes de decirme—. Podría. Pero quiero que veas lo que te hago.

Abre sus piernas, obligando a las mías a retroceder más, extendiéndome. Sus dedos se deslizan sobre las bragas de encaje que llevo puestas porque tenía la sensación de que terminaría aquí esta noche. Siguen la línea de mi rendija, causando que la humedad se filtre sobre el material blanco. Mi

clítoris está tan hinchado que puedo ver la pequeña protuberancia que sobresale a través de la tela.

Jalando de la corbata que me ata, me pongo seria, con ganas de liberarme y tomar control. Sin embargo, al mismo tiempo, sabiendo que podría hacerlo si en verdad quisiera, me abro más a él y le doy permiso para que me haga esto.

Cuando finalmente se desliza por debajo del material, y su piel hace contacto con mi humedad, grito su nombre. Su pulgar juega con la muy punta de mi clítoris, mientras que tres de sus dedos se abren camino a mi vagina y uno aún más a mi ano. Es un asalto a mis sentidos tan intenso que me siento enloquecida.

Estoy jadeando, gimiendo, gritando. John me muerde el cuello con fuerza cuando sabe que estoy cerca de la locura, y la deliciosa picadura que se agrega a todo lo demás me empuja al límite. Pulso alrededor de sus largos dedos, e incluso eso, él controla mientras desacelera los empujes y la presión.

Completamente saciada, me desplomo de nuevo en su pecho. Él saca su mano húmeda de mis bragas y lame sus dedos. Siguiendo sus movimientos, trago saliva.

—Sabes tal como me imaginé que lo harías.

—¿Eso es algo bueno?

Le toma tiempo responder, y me preocupa. —No lo es para mí.

—Oh.

—Y puede que no sea para ti tampoco.

Sus párpados pesados, la forma en que me mira la boca y el pecho desnudo, me dicen que hay más a su respuesta. Esto se confirma cuando se inclina y toma mi boca, besándome lentamente mientras me suelta los brazos y me lleva a horcajadas sobre él. La dureza entre sus piernas presiona contra mi núcleo y sé que quiere más que un bocado. Quiere la comida completa.

## *John*

Hay mucho más que quiero hacer con ella. Quiero dejarla atada, voltearla boca abajo y darle una palmada en las nalgas. La quiero de rodillas mientras obedientemente me toma en su boca. Y quiero follarla en todas partes, en todos los sentidos, hasta derramarme sobre ella.

Y lo haré. Pero no esta noche.

Solo por esta vez, me apegare a la historia. Winn solo ha tenido relaciones sexuales una vez, hace trece años con un chico que apenas podía limpiarse su propio trasero. Si lo que dijo es cierto, esta vez podría ser tan doloroso como perder su virginidad. No lo sé, pero no quiero hacerle daño. Su placer es de suma importancia. Ella debe estar saciada, decretada, para que cuando se lo pida, sea mi sumisa dispuesta. Pero esta noche, soy yo quien le servirá bien.

La beso lentamente, saboreándola. Le quito la corbata y sus brazos libres se envuelven alrededor de mi cabeza, sosteniéndome cerca. Su cuerpo está temblando, y sé que está ansiosa por lo que sabe que estamos a punto de hacer. Se aleja, respirando profundamente. No hago nada, dejando que se tome su tiempo.

Cuando su boca está de vuelta en la mía, sé que soy libre de moverme. Mis palmas acarician la suave piel de su espalda y sus costillas, mientras que mis pulgares llegan a rozar ligeramente sus pezones. Un suave grito en mi boca me permite saber cuán sensibles son sus senos. Arriba y abajo, agito las crestas mientras chupo su lengua. Sus caderas comienzan a bombear, apretándose contra mí mientras intenta encontrar alivio.

Es difícil evitar tirarla en el sofá y follarla con fuerza. En cambio, la acuesto suavemente sobre su espalda.

Me levanto para quitarme la ropa. Ella se retuerce en el sofá, pareciendo mucho a una sirena, con sus hermosos pechos desnudos expuestos a mí vista, y el fino mechón de pelo rojo que brilla entre sus piernas.

Sus ojos medio vidriosos, borrachos de pasión, miran mientras me desvisto lentamente. Cuando me quito los calzoncillos, sus ojos se engrandecen. No es una mirada que no conozca. Sé que soy de muy buen tamaño, aunque creo que, para alguien con poca experiencia, debo ser intimidante.

—Te entrara bien, lo prometo —le digo, acostándome entre sus piernas.

—Lo sé, veo porno.

Ambos nos detenemos ante sus palabras. —¿Ves porno?

—Solo a veces. Las mujeres pueden fácilmente tomar hombres más grandes que tú.

—Gracias por el complemento.

—¡Oh Dios, ya bésame! —Jalándome hacia abajo, me besa hasta que estoy respondiendo a su necesidad frenéticamente.

Me pongo de rodillas, porque necesito ver. Es demasiado sexy para simplemente sentirla. Con cuidado, froto la cabeza de mi pene en su clítoris, mojándola. Luego, en un movimiento fluido, entro, sin querer prolongar el dolor, si es que lo hay.

No hay sangre, no hay barrera, solo placer. Al principio la bombeo lentamente, pero cuando me alcanza y me baja a ella, gimiendo. —¡Más! —me pierdo en ella. Sus uñas se cavan dolorosamente en la espalda mientras ella alcanza su clímax y grita mi nombre, y sé que finalmente puedo soltar mi deseo dentro de ella.

Sudor cubre su hermoso rostro, del tipo que enorgullece a un hombre. Maldita sea, es tan sexy. Mis ojos vagan por su rostro, y creo que, si las cosas fueran diferentes, si yo fuera el tipo de hombre dispuesto a pertenecer a alguien... Pero no lo soy.

Sus cejas se juntan y me pregunto si puede leer mi mente. —¿Qué pasa? —pregunto.

—Supongo que no era virgen después de todo.

## *Winnifred*

Una suave brisa sopla a través de la ventana ligeramente abierta, haciéndome cosquillas en la cara. A regañadientes abro los ojos. La camisa que John me prestó todavía está sobre mis pechos desnudos y sonrío al instante cuando los recuerdos de las cosas malvadas que hicimos regresan a mí.

Todo me duele de una manera que nunca ha hecho antes; Mis pechos y muslos internos todavía sienten el rasguño de sus mejillas, mis pezones y labios el agujón de su mordida. Y mi núcleo me duele por la necesidad de tenerlo dentro de mí otra vez.

Oh sí, fui muy bien amada anoche.

Miro para ver a John todavía durmiendo. Duerme boca abajo, abrazando la almohada blanca y esponjosa debajo de su cabeza. Me siento para tener una mejor vista de su largo y delgado cuerpo, calentado por el sueño y tan delicioso. La necesidad de pasar mis manos sobre los músculos de su espalda y brazos es muy real, pero lo despertaría. Por mucho que me encantaría ver el calor en sus ojos grises cuando viera mis pechos, también estoy disfrutando mucho esta exploración libre de él con la guardia baja.

No puedo creer que tuve a este hombre varias veces por la noche. Doy un vistazo a la mesita de noche y veo la caja de condones, que solo alcanzamos a abrir, pero no usamos. Lo bueno es que tomo anticonceptivo para controlar mi menstruación. Y ahora va a prevenir cualquier embarazo no deseado. Por su lado, el juro que, aunque nunca se acuesta con alguien sin protección, se hace pruebas periódicamente, y me enseñó los resultados de las pruebas que se hizo el mes pasado.

—Aun así, deberíamos usar protección —me dijo. Pero una vez que empezamos con nuestras travesuras, a ninguno de los dos se nos ocurrió. La pasión que se desliza entre nosotros nos envolvió demasiado, dejándonos con una mente más animal, con el deseo salvaje de clamar, de tener, tomando control de nuestras acciones.

Bueno, ni modo. Lo bueno es que sabemos que el otro está limpio. Y si voy a ser honesta, me gusta tenerlo así, dentro de mí, sin ninguna barrera.

Se desplaza, haciendo un pequeño gemido, atrayendo mi atención una vez más. La sábana se desliza hacia abajo, exponiendo su trasero, y mi corazón late fuerte. ¿Qué tiene su trasero que me parece tan fascinante? Tal vez sea la

redondez tan perfecta. No hay nada más que músculo allí y apuesto a que si reboto una moneda de el... Bueno, en realidad no lo haría. Prefiero que sea mi mano la que rebota de ese trasero bien definido.

Mordiéndome el labio, me pregunto si le importaría una nalgadita de amor.

De repente, se da la vuelta y salto hacia atrás sosteniendo mi corazón a mi pecho. —Me asustaste! —le digo riendo.

—¿Qué estabas haciendo? —Se ve preocupado, como si no estuviera haciendo nada bueno. Pues, de cierta manera podría tener razón.

—Te estaba viendo dormir. Te veías adorable.

—¿Adorable? Bueno, eso no es exactamente un elogio.

—No lo es? ¿Qué sería, entonces? —pregunto, riendo.

—No lo sé. Sexy. Varonil.

—¿Qué hay de follable? —digo con astucia, empujando sobre su espalda y montándome sobre él.

Su pene rebota en mi trasero y sé que se siente follable. Sus manos suben a mis pechos y me pellizcan los pezones. Cierro los ojos y me lambo los labios. Todo es mucho más sensible en este momento, y de repente entiendo todo el asunto del “sexo matutino.”

—Quiero que te sientes en mi polla, Winn. —Cuando abro los ojos, veo el calor que sabía que encontraría en los suyos.

—Solo si me muerdes los pezones como hiciste anoche.

—Ponlos en mi boca y lo haré.

Inclinándome hacia adelante, pongo un pecho contra sus labios, y al mismo tiempo muevo mis caderas para que la punta de su polla quede justo encima de mi raja húmeda. En el momento en que siento el ligero escozor de sus dientes, me empaco en él. Es una sensación cataclísmica que me hace molerlo con fuerza y rapidez.

Sus manos están en todas partes, en mi espalda, en mi trasero. Es cuando sus dedos se adentran en la humedad y luego los extiende suavemente sobre mi ano que me detengo y me alejo, pero él no lo hace.

Mi boca se seca completamente mientras él continúa haciendo un círculo alrededor del agujero. Sus ojos miran a los míos mientras hace esto, manteniéndome atrapada, cautivada. Un dedo presiona y jadeo ante la sensación de él allí mientras su polla todavía está dentro. Se desliza dentro y fuera, imitando el movimiento de sus caderas bombeando dentro de mí.

La sensación de cómo me llena es tan inesperadamente erótica que me

vengo antes de que esté lista. Las olas chocan contra mí y grito, clavando mis uñas en su piel tan fuerte como puedo en un intento desesperado por mantener el control.

—Suéltate —gruñe—. Deja que suceda.

Lo hago, y mis gritos de placer no adulterado me asustan incluso a mí. Cuando termino, caigo a un lado sin fuerzas.

Me monta por detrás y en menos de dos segundos lo siento venirse en mi espalda.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, solo déjame aquí para que muera feliz. —Se ríe y el sonido me hace volverme hacia él. —Es la primera vez que te oigo reír.

—No te acostumbres demasiado.

Cierro mis ojos. —Mm. Espero poder escucharlo al menos una vez más antes de que me dejes.

Él no dice nada, y yo caigo en un sueño contento.

Por segunda vez hoy, mis ojos se abren a regañadientes. Lo primero que hago es mirar al otro lado de la cama. Esta vacío. La segunda cosa es agarrar mis gafas de la mesita de noche flotante y aventar la colcha llena y pesada. ¡Me ha inmovilizado lo suficiente!

El cielo azul hermoso y el aún más azul Golfo de México me saludan cuando miro por la ventana. Paraguas blancos y grises salpican la playa mientras los turistas yacen debajo de ellos con sus mimosas y libros en la mano, o se divierten en las olas que apenas existen.

Viviendo tan cerca de la playa, uno podría pensar que pasaría mis días bañándome en el sol de Florida. La verdad sea dicha, no he estado en la playa una vez desde que regresé, y es una verdadera pena. Eso me da la idea perfecta para hoy. No hice planes para el señor King, aparte de sacar algunos de los gerentes con los que aún no nos habíamos reunido para la cena. Podríamos pasar algún tiempo juntos, si él lo desea, descansar, sentarnos en el agua y ver jugar a los pececitos en nuestras sombras.

Realmente, no tengo nada apropiado para ponerme, pero estoy segura de que venden trajes de baño en la tienda de abajo. Aunque pueden ser varios cientos de dólares. Si ese es el caso, él tendrá que comprar, lo cual dudo que le importe.

Con un plan en marcha, voy a buscarlo. A pesar de que la suite es grande, posiblemente más grande que la casa de 1800 pies cuadrados de mi madre,



fácilmente sigo el sonido de su voz profunda. Está en una de las habitaciones, pero la puerta se ha dejado parcialmente abierta. Me detengo afuera, no para escuchar a escondidas, pero tampoco estoy segura de sí puedo entrar.

Aunque puedo escuchar algo, me da la espalda y la mayor parte de la conversación son sonidos apagados. Hay algo en el tono de su voz que me permite saber que no es una llamada de negocios. Es un tono calmante. Dulce aún. John no tiene hijos, así que sé que no es eso. ¿Podría ser un viejo amor? ¿Una actual?

El pensamiento apuñala a través de mis entrañas.

Debo haber hecho un sonido porque él se vuelve hacia mí y cierra la puerta.

Gimiendo interiormente, me dirijo a la cocina para tomar un café. Mierda. Debería haberme quedado en la cama, o al menos no desviarme de las habitaciones a las que ya me había llevado. ¿Qué negocio tenía caminando la casa? Ahora no solo tenía que escucharlo hablar con otro compañero, ¡sino que él me atrapó haciéndolo!

Sale unos minutos después, completamente vestido con su atuendo informal de negocios.

—Lo siento por eso —digo, sacudiendo la cabeza. —No quise entrometerme.

Tomando el café que ofrezco y sin agregar nada a la mezcla negra, él dice —. No hiciste nada malo. Fue una llamada privada. Debería haberme asegurado de que la puerta estaba cerrada.

—Bueno, está bien.

—Entonces, ¿qué hay en nuestra agenda hoy? —pregunta.

—Pues, nuestro día en realidad no comienza hasta esta noche. Nos dirigimos a El Continental para la cena. Por hoy, pensé que te gustaría jugar un poco en la arena conmigo.

Sus labios se ponen a un lado y envuelve sus brazos alrededor de mi cintura. —Podríamos jugar mucho aquí.

Me río y lo empujo lejos. —Podríamos, señor, pero luego irás a casa tan pálido como llegaste. No quieres que la gente piense que viniste a Florida y nunca viste la playa, ¿verdad?

—No me importa mucho lo que piense la gente.

—Si, sé que no lo haces. Pero, de cualquier manera, vamos a bajar un rato. Luego podemos regresar y tú puedes hacer lo que me hiciste antes.

—¿Que cosa te hice?

—Ya sabes. —Mis ojos se abren ante el recuerdo.

—Quiero que lo digas.

—Está bien —lo miro a los ojos. —Quiero que me jodas mientras juegas con mi agujero de culo —le digo, ya sin aliento. Dios, aun pensando en ello se moja.

Él sonrío y me presiona contra el mostrador. —Eso señorita Mills, te lo puedo garantizar.

## Capítulo 11

### El Buen Señor King y el Hombre en el Espejo

*Hay un gran espejo apoyado contra la pared en la habitación que comparten. Es uno que el señor King a visto todos los días, usándolo mientras se prepara. Muchas veces antes había visto su reflejo en la superficie plateada, pero nunca se ha visto a sí mismo. No hasta este momento.*

*—¿Qué ves? —preguntó su ama.*

*—Te veo a ti —dice él, observándola mientras ella se colocaba detrás de él y envolvió sus brazos alrededor de su cintura.*

*—¿Ahora, qué ves?*

*—Veo tus manos, tocándome. Subiendo por mi pecho, rodeando mis pezones —dijo un poco sin aliento ante la sensación de sus uñas ligeramente rozando la piel sensible.*

*—Quiero que te mires a los ojos, señor King.*

*—Sí, señora.*

*Cuando hizo lo que le dijo, ella dejó caer las manos, siguiendo el camino del arnés que lleva puesto, hasta la desnudez entre sus piernas. Sus ojos instintivamente se dirigieron a sus manos, y ella aprieta su eje para llamar su atención. —Te dije que te miraras a los ojos. Voy a hacer que te vengas, mi mascota. Y cuando lo haga, quiero que veas lo que veo. Quiero que veas tu alma.*

*Mientras sus manos lo acariciaban, deslizándose sobre la cabeza de su pene y regresando a sus testículos, comenzó a gemir y jadear. Deseaba desesperadamente cerrar los ojos, volverse hacia ella y mirar las profundidades marrones mientras ella lo ordeñaba, pero él era bueno y obediente.*

*Su ama lo bombeo hasta que alcanzo su clímax, y cuando lo hizo, vio devoción pura en sus propios ojos. Esto es lo que ella veía cada vez que lo hacía suyo.*

*A través del espejo, él vio su reflejo detrás de él. Ella sonrió y le besó el cuello. —Eres mío, señor King. ¿Lo viste en tus ojos?*

*—Sí, señora, lo hice.*

*—Bien, señor King. Muy bien.*

## *John*

Dos días son todo lo que me queda, y aún no he completado ninguna de las tareas que me puse para mi misión. En lugar de las imágenes oscuras que me habían atormentado durante semanas, llenas de látigos y palas, con olor a cuero y madera por todas partes, no he tenido relaciones sexuales en una cama suave, la encimera de la cocina, en la playa anoche. Y no elegí ninguno de esos lugares, no controlé ninguno de ellos.

Está bien, un día más. Pero prometo que antes de irme, las cosas cambiarán. Mañana.

Hoy, tengo una visita a Key West que esta mujer ha planeado para mí, desde la posada en la que nos hospedaremos, hasta la ropa que me compró en la tienda de abajo. La camisa de de palmeras y loros me hace fácil de detectar, por lo que supongo que ella eligió esta camisa, ya que estoy esperándola debajo del carril de recogida/recogida.

Winn estaciona el Mustang gris frente a mí. Tira sus gafas hacia abajo y agita sus cejas. —¿Qué te parece?

Tirando la bolsa que ella había empacado por mí la noche anterior, junto a la de ella, voy al lado del conductor e intento abrir la puerta. Winn se aferra a ella. —Muévete, yo conduciré.

Haciendo pucheros, se mantiene firme en la puerta. —Pero pensé que podría conducir por esta vez.

—Quieres llegar allí hoy, ¿no?

Winn pone los ojos en blanco, pero finalmente concede y se mueve. — ¡Está bien!

—¿No tiene tu prima un Mustang? Creí haber visto una en el camino de entrada.

—No puedo conducirlo. No tiene dirección asistida. —Un brillo malicioso aparece de repente en sus ojos, y dice—. En realidad, esto puede no ser tan malo. Si estás conduciendo el auto, soy libre de volverte loco. —Pasa sus dedos sobre mi polla y muevo sus manos, mirando alrededor, asegurándome de que nadie haiga visto.

La imagen de su boca sobre mí, llevándome al borde de la locura, todavía está demasiado fresca en mi mente. Las interminables mamadas no son algo que esté dispuesto a entretener.

—Tal vez deberías conducir —le digo a ella.

—¿De Verdad?

Un empleado nos mira con diversión mientras jugamos sillas musicales, y cambiamos asiento de nuevo.

—Key West aquí venimos! ¡No puedo esperar para mostrarte la casa de Hemmingway, los gatos de seis dedos, los árboles de higuera, las gallinas!

—Guau, suena divertido —digo, sacando mi teléfono y revisando el texto que acaba de entrar. Ha habido cinco llamadas y tres mensajes de texto en los últimos minutos, pero los he ignorado hasta ahora.

-*John. Llamame, llego de Andrew.*

-*John. Ésto es una emergencia. Llámame.*

-*Necesitamos hablar. Llámame, es el diamante, de Diana.*

Toda la sangre se drena de mi cuerpo cuando leo esa última línea. Antes de que tenga la oportunidad de marcar, mi teléfono está sonando. —John —le contesto.

—Desapareció.

—¿Qué quieres decir con que desapareció? —exijo.

Diana suspira. —Simplemente eso. El guardia cambió hace quince minutos y se dio cuenta de que la caja estaba vacía.

—¿Cómo diablos desaparece un diamante bajo guardia?

—No lo sé. Estamos investigando. Odio hacerte esto, pero necesitas venir a casa —dice ella.

—Voy en camino.

Winn, quien obviamente escuchó parte de la conversación, me está mirando con el horror que siento reflejado en su rostro. —El Sandoré ha desaparecido?

—Sí. Discúlpame, Winn, pero no puedo ir contigo —le digo, y sé que la he decepcionado.

—Sí, por supuesto que no. Lo entiendo ¿Necesitas que haga arreglos para ti?

—No. Ve, diviértete. Llévate a tu prima. Mi mente está corriendo a una milla por minuto, pensando en todas las implicaciones de un diamante perdido.

En primer lugar, ¿quién lo robó? Segundo, ¿cómo? Y tercero, ¿esta seguro el reemplazo?

¡Maldita sea!

Dándole a Winn un beso en la frente, le digo—. Gracias por todo. Le pediré a Diana que te haga un cheque —y salto del auto, dirigiéndome hacia adentro con el teléfono en mi oído mientras pido que preparen mi jet.

Lo último que veo cuando entro es el reflejo de Winn en las puertas de vidrio, y la tristeza que me había ocultado cuando pensó que no estaba mirando.

La vista me hace volver rápidamente hacia ella, pero cuando lo hago, ya se ha ido.

—Dime cómo sucedió esto.

—John, lo hemos repasado mil veces.

—Entonces que sea mil y uno. Necesito entender exactamente cómo sucedió esto.

Diana mira a Andrew, quien la mira a ella. Diana tiene las bolas más grandes y habla. —John, no hay otra explicación más que cuando el guardia cambió, uno de los hombres notó que el diamante ya no estaba. Nunca se dejó solo, la alarma no sonó, nadie vio nada. Las cámaras no muestran nada.

—Así que tenemos un mago entre nosotros —le digo con sarcasmo.

—Los investigadores piensan qué fue un trabajo interno. Todo el mundo, incluido tú, está siendo investigado. Los guardias han sido aclarados. La compañía de seguros está esperando el informe antes del pago —dice Andrew.

Diana se acerca y coloca su mano sobre la mía. —John, esto es mucho sobre tus hombros. Déjame lidiar con la investigación. Tu concéntrate en la revelación de Sandoré.

Mi cabeza está a punto de estallar. Desde el momento en que llegué he estado lidiando con este lío, y todavía nadie tiene una respuesta. Dos días de nada más que preguntas. —Gracias. Mantenme informado sobre todo lo que encuentren.

La junta directiva de M&K se reúne conmigo más tarde para discutir el incidente. Graham, el segundo inversionista más grande, solo después de mí, y el que más furia demuestra.

—Esto es una indignación, John. ¿Qué tipo de compañía estás manejando aquí? ¿Sabes cuánto dinero tenemos en esto? —pregunta.

—Siendo que la mayor parte de ese dinero es mío, sí lo sé.

—¿Cuál es tu plan ahora? —pregunta Camille Baker.

—Hay otro Sandoré. Corté dos a la vez, por si acaso —les informo.

—Te sugiero que cortes dos más si queda suficiente piedra, en caso de que también pierdas esta.

Mordiéndome mi lengua contra el comentario sarcástico, él es mi tío después de todo, asiento. —Me encargare que todo salga bien.

—Asegúrate de que así sea, John. O quizás tengamos que hacer algunos cambios por aquí.

Ignoro el comentario que ha hecho antes. No es un secreto que Graham quiere M&K para sí mismo, siempre lo ha hecho. Pero nunca pudo sacarse de debajo de la sombra de mi padre; ni capaz de ramificarse por su cuenta, ni florecer en el negocio.

Durante días, trabajamos incansablemente. Diana y Andrew corren círculos alrededor de todos, empujándolos a sus límites para mantener el robo en secreto, escanear el nuevo diamante y agregarlo a la nueva configuración.

Cuando finalmente salgo a tomar aire, siento que ha pasado un año. El departamento de seguridad me acompaña a la bóveda en la sede de M&K, y con Diana, Andrew y la junta como mis testigos, coloco el diamante en su lugar en la caja de vidrio que lo mantendrá a salvo hasta la gala. La bóveda se cierra detrás de nosotros, y todos respiramos un aire de alivio.

Me reúno con la gerencia en la sala de conferencias en la sede, y mientras están discutiendo el próximo catálogo, miro a través de la pared de cristal hacia las oficinas que sé que son las de contabilidad, en busca de una pelirroja en la que hasta ahora me he prohibido pensar.

Esta es la primera noche en la que no estoy tan cansado que caigo ya dormido a la cama. Cuando me deslizo en las sábanas frías que conozco desde hace tanto tiempo, mi mente se desplaza hacia una piel cálida y ojos marrones suaves. Es un sueño inquieto, donde me despierto a menudo, alcanzando al otro lado de la cama, buscándola.

En algún momento alrededor de las tres me levanto. Dicen que es la hora en que los artistas se despiertan porque sus creaciones no les permiten dormir. Me pregunto si Winn está despierta ahora, inventando una nueva historia.

Pensando en ella, saco mi teléfono. No ha hecho ningún intento de comunicarse conmigo. De hecho, Diana tuvo que llamarle a ella para asegurarse de que le pagara por el tiempo que trabajó para mí. No ha habido correos electrónicos, ni textos. Nada más que silencio de parte de ella.

Busco la información que Diana me había enviado acerca de ella. Winn nunca me dijo los títulos de sus libros, ni su nombre de autora. No hubo necesidad. Diana los encontró fácilmente por mí.

Aunque ya había leído inadvertidamente un libro, tenía curiosidad por ver qué otras historias habían salido de esa hermosa cabeza. ¿Tendrían todos temas de eróticos?

Solo toma unos momentos encontrarla. Anne Eberhardt llena la pantalla

junto con los cuatro títulos que ha publicado. Todos parecen tener opiniones de cuatro o cinco estrellas.

El primero, Encuétrame, trata sobre una mujer que viaja en el tiempo para encontrar el amor que perdió. El segundo, Diablo en el Campo, es una ficción histórica basada en la Guerra Civil. El tercero es un romance de suspenso, Ojos Privados, sobre dos detectives privados en busca de una mujer desaparecida. El último libro que publicó es La Bella maldición, donde una mujer tiene la capacidad de hacer que cualquiera se enamore de ella a voluntad.

Compro los cuatro. Leyendo uno por uno, me lleva días. Aparte de El Buen Señor King, solo leo libros de personas motivadoras como Stephen Covey. Mi papá me insistió a leer algunas novelas de Tom Clancy, que haré de vez en cuando porque me hace pensar en él y en lo mucho que le gustaba leerlas mientras todavía podía.

El romance no es un género que alguna vez retome. Incluso ahora, después de haber leído las novelas de Winn. Aunque es buena escritora, no leo sus libros porque estoy interesado en las historias. Lo que importa es lo que hay entre las líneas. Es ese pedazo de ventana a los rincones de su mente que solo existe en su escritura.

Ella anhela la pasión y la aventura. Amor prohibido, del tipo que tiene que merodear en habitaciones secretas y al amparo de la oscuridad. El tipo que duele, pero al final el amor siempre gana.

Mientras leo la última historia, me pregunto cómo figura Winn en esta. Una mujer que puede hacer que cualquiera se enamore de ella. Nunca sabe si alguien la ama por ella, o si fue su regalo lo que lo hizo posible. Nunca sabe si es real. Incluso con muchos amantes, ella nunca se enamora, y esa es la verdadera maldición. Si bien puede hacer que otros se enamoren, ella misma no puede sentirlo. Termina sola y amargada.

Cierro el libro, perturbado. Hay algo allí que me asusta.

Ya sea por sus palabras que se arremolinan en mi mente, haciendo que sea imposible dormir por la noche, o que cuando duermo sueño con cabello salvaje e incluso sexo más salvaje, o si es que todavía puedo sentir el pinchazo de un azote en las nalgas. Oh si es que nunca pude reciprocarme, no lo sé.

No estaba listo. Había demasiadas historias para volver a escribir. Sí, eso es lo que es. Ahora que la crisis ha terminado, quiero acabar lo que empecé.



## Winnifred

Un caimán se pasea junto el patio trasero y silba la Pomerania de la vecina. La pequeña perra ladra desde la seguridad de su lanai, el pelaje de su espalda levantado.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta al cocodrilo. —¡Ven a búscame, ven a búscame!

El lagarto de seis pies le da un gruñón entre dientes y se mueve, ondeando su cuerpo con cada paso, su larga cola arrastrándose pesadamente sobre la hierba.

Sacudo la cabeza cuando veo a la señora Adler llevar a la pequeña bestia adentro, acariciando su cabeza y sosteniéndola contra su pecho amplio.

De vuelta a mi escritura. *Comienza. Solo empieza. ¡Escribe cualquier cosa!*

Por el rabillo del ojo, veo mi teléfono sentado al lado de mi computadora portátil y me dirijo a la pantalla oscura.

—¿Todavía nada? —pregunta mamá, entrando a la habitación con una carga de ropa.

Al voltear el teléfono para ya no ver la falta de mensajes, respondo—. No —aunque no estoy segura de si estamos hablando de lo mismo. De pie desde mi escritorio, rápidamente le quito la pesada canasta. —A ver, déjame hacer eso.

Me lo da y se pone de pie sobre mi MacBook para mirar el mismo documento que he estado viendo durante horas. —¿Qué le pasó a Corazón Joven?

—Ahí está. Es que pensé que si comenzaba algo nuevo me sentiría más inspirada.

—¿Y?

—Nada —declaro con tristeza.

—Lo siento, bebe. ¿Quieres ir al cine o algo así?

—No, déjame sentarme aquí y quemarme los ojos un poco más.

—Está bien, haz eso. —Sonríe y me aprieta el hombro antes de dejarme para que termine de doblar la ropa.

De vuelta en mi escritorio, me siento allí una vez más, completamente sin inspiración. No creo que haya habido un tramo tan largo de bloqueo de escritor en mi vida. Es aterrador. ¿Y si nunca me recupero?

Mi teléfono vibra y me apresuro a contestar, mi corazón saltando en mi garganta.

—H-hola!

—Wieners! —escucho en el otro extremo de la línea tan fuerte que tengo que quitar el teléfono de mi oído.

Me recuesto, sintiéndome tonta. —Oye.

—¿Y qué, vas conmigo a clase por la mañana?

—Uh, ¿por qué iría en cualquier momento?

—Porque te pregunté ayer y dijiste que sí —dice Cat.

—Oh. Um... —No tengo ningún recuerdo de esa conversación.

—¡Sabía que no me estabas escuchando!

—Lo siento, Cat. Me he distraído. Sabes que estoy tratando de pensar en algo que escribir.

—¿Es eso lo que te estás diciendo? —me dice.

—Sí —declaro rotundamente.

—Bien. Entonces, ¿vas a ir?

—Déjame ver, quedarme en casa y sentirme un poco fuera de forma, pero en general feliz conmigo misma, o ir y matarme haciendo ejercicio, tirando de cada músculo de mi cuerpo en el proceso, y estar adolorida por una semana sin una buena razón, porque nunca volveré. ¡Eso es fácil, no!

—Ah, hombre. Sabía que no podía contar contigo —dice tan decepcionada que tiene mi mente acelerada, tratando de averiguar cuándo la había decepcionado en el pasado.

—Cat, no digas eso. Puedes contar conmigo. Estaré allí.

—¡Nos vemos a las cuatro cuarenta y cinco! —La llamada finaliza antes de que tenga la oportunidad de disputar la hora.

Maldita sea, si hubiera sabido que tenía que levantarme a una hora tan inhumana, nunca habría aceptado. ¡Prefiero decepcionarla!

—No hay pinche manera —me digo mientras le devuelvo la llamada, sacudiendo la cabeza con convicción. La línea se abre y empiezo a hablar antes que ella. —Oye, lo siento, pero no puedo hacer eso. Me amo demasiado. Tendrás que pedirle a alguien más.

—¿A quién tienes en mente? —La voz familiar me detiene el corazón instantáneamente. La habitación gira y siento que me voy a caer de la silla.

—Yo... —¡Dios mío! ¿Lo llamé accidentalmente? ¿Me desmayé por completo y una parte de mí lo marcó automáticamente? Mirando la pantalla, tratando de averiguar qué pasó.

—¡Winn! —Escucho los gritos de John y coloco el teléfono a mi oído.

—¿Te llamé? —pregunto cómo mensa.

—No, te llamé yo.

Debo haber respondido accidentalmente al intentar marcar a Cat. —Lo siento, esperaba escuchar a Cat en la otra línea. Ciertamente, nunca esperé volver a saber de ti.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, pensé que había terminado de trabajar para ti. —Y que mi tiempo con él había expirado muchas veces.

Como le gusta hacer, ignora la pregunta. —La Gala de Brillantes es en tres semanas.

—Sí, lo sé —le digo.

—Quiero que vayas conmigo.

La petición sorpresa me deja casi sin palabras. —¿Yo? Pensé que solo los ricos y famosos iban a eso. No soy nada de eso.

—Ven, Winn. Te quiero allí.

—John, ¿no quieres invitar a alguien, no lo sé, perfecta? ¿Alguien que puede usar un vestido hermoso? —Hago la pregunta que se me había ocurrido antes, pero nunca había expresado.

Él parece sorprendido por ella. —Eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Oh.

—¿Vendrás?

—No tengo nada lo suficientemente elegante —digo, revolviendo mentalmente a través de mi armario, luego el de mi madre y el de Cat. Entre las tres puede que tengamos un vestido bonito. E incluso ese, no la usaría porque no tiene mangas. —John, una gala es un evento donde todo el mundo lleva ropas increíblemente costosas y se ven hermosas. No tengo nada así.

—No te preocupes por nada de eso.

—¿Cómo llegaría allí? —pregunto.

—Enviaré mi jet por ti.

—No se puedes reportar el gasto en tus impuestos.

—No importa. Di que lo harás. —Ha pedido varias veces en los últimos minutos. No creo que un hombre como él vaya más lejos.

Elegir si ir o no es como elegir respirar o no. Por supuesto, iré si él quiere que lo haga, no importa qué trapos lleve puestos. —Sí.

## Capítulo 12

### El Buen Señor King Quiere Volar

*El señor King en el asiento 1A se portó mal. Había sido demasiado exigente, teniendo a las azafatas corriendo alrededor de la cabina cumpliendo sus órdenes.*

*Su ama, no contenta con su comportamiento, se dio cuenta de que necesitaba hacer algo para rectificar la situación.*

*—Has sido muy travieso, mi mascota.*

*La vergüenza le sonrojó la cara, y bajó los ojos. —Si, señora.*

*—Ven —ella le ordenó, jalando de él hacia el baño pequeño, no deseando disciplinarlo frente a la gente. Cerrando la puerta, ella se volvió y le dejó caer los pantalones. —Repite después de mí: paciencia, amabilidad y consideración.*

*Él cumplió, recibiendo una nalgada con cada palabra. —Paciencia, amabilidad y consideración.*

*—Muy bien, señor King.*

## *Winnifred*

—Te voy a extrañar, bebé.

—Mami, solo me iré por una semana.

—Estoy tan acostumbrada a tenerte aquí. ¿Y si él decide nunca dejarte ir? La abrazo y beso la cabeza. —Me dejará ir.

Un Town Car negro me está esperando delante de la casa. El conductor toma mi única maleta y espera a que suba antes de llevarla a la cajuela. Me despido de mi madre mientras nos alejamos.

El teléfono suena. Es John.

—Hola —respondo, mareada, sabiendo que lo veré en menos de tres horas.

—¿Ya llegó el conductor?

—Sí, estoy en camino al aeropuerto —le respondo.

—Bien, bien. Un hombre llamado Anthony estará allí para acompañarte al jet.

—No puedo creer que enviaste el jet solo para mí. ¡Estás gastando demasiado! —Levanto mi cara para no gritar lo excitada que estoy, y no me importa cuánto gasta si eso significa que puedo volver a verlo.

—Te veré pronto.

—Sí. No puedo esperar.

Justo como había dicho, Anthony me estaba esperando en la pista del aeropuerto municipal de Naples, luciendo terriblemente oficial y guapo con su uniforme. —Señorita Mills, por favor, sígame.

Se llevan mi equipaje y yo sigo a Anthony a la escalera del avión. Miro hacia arriba cuando doy el primer paso, y mi corazón casi salta de mi garganta.

—¡John! —grito, subiendo los escalones y abalanzándome sobre él. Sus labios están sobre los míos y me besa como si me extrañara tanto como lo he extrañado a él. —¿Viniste a recogerme?

—No podía esperar a verte —dice, inclinándose para otro beso.

—Oh, Dios mío —digo con asombro mientras me lleva de la mano a la cabina. —¡La primera clase no tiene nada sobre esto!

La primera sala que pasamos es la cocinita, donde dos azafatas están trabajando con su espalda hacia nosotros. Más allá de eso hay una sala de estar lujosa, con sofás de cuero marfil, mesas de madera brillante y dos

televisores de pantalla plana de gran tamaño.

Me desplomo en uno de los asientos cómodos y paso las manos por los suaves reposabrazos. —Oh, ¡podría acostumbrarme fácilmente a esto!

Él se ríe de esa manera que amo, cálido y genuino, y se sienta a mi lado.

—Señor King, ¿le gustaría algo a usted o a su invitada antes de que despeguemos? —pregunta una de las asistentes, inclinándose sobre él.

—Estoy bien, Tessa. ¿Tú? —me pregunta y sacudo la cabeza.

Tessa asiente y se aleja, pero no antes de que me vea de esa manera que las mujeres tienden a hacer cuando evalúan a una rival potencial. Me pregunto si ella y John alguna vez han hecho algo. El vuela mucho. Ella es hermosa. No estaría fuera del ámbito de posibilidades.

—¿En qué estás pensando? —pregunta John, sacándome de mis pensamientos.

—En nada. Sólo admirando.

—No me acuesto con mis empleados —dice.

—Si ya sabías lo que estaba pensando, ¿por qué lo preguntas?

—Supongo que esperaba que fueras honesta.

—Mm. Dices que no te acuestas con empleados, pero aquí estoy yo —declaro.

—Eres diferente.

—¿Cómo? —le pregunto. —Porque honestamente quiero saber.

—Todavía no lo sé. —Me da una sonrisa, lanzándome mi propia respuesta de hace unas semanas.

El vuelo despegamos sin incidencia, y tan pronto como el capitán anuncia que hemos alcanzado una altitud segura para caminar, John se pone de pie e intenta cogermelo de la mano. —Ven conmigo.

Haciendo una demostración de cavar mi trasero en el asiento mullido, digo—. Lamento decirte, pero no me vas a mover de este lugar.

—Bueno, espero que eso no sea cierto, porque voy a estar allí. Esperaba que pudiéramos tener una reunión muy privada.

No tiene que decirme dos veces. Estoy arriba y cruzando la puerta antes de que él tenga la oportunidad de decir una palabra más. —Guau.

—¿Te gusta? —pregunta, cerrando la puerta detrás de nosotros.

—¿A quien no le gustaría? —pregunto, mirando alrededor del espacio exuberante.

—Esta es mi cabaña privada.

—Tu propia pequeña sala de estar.

—Más bien, mi propia habitación en el cielo. —Levanta la solapa en una de las sillas y la pared del otro lado de la salita comienza a moverse y caer, abriéndose en una cama de tamaño completo. No es una mansión, pero es lujosa y absolutamente perfecta.

—¿Querías tomar una pequeña siesta mientras volamos? —le pregunto con una sonrisa traviesa, ya mojada ante la idea de convertirte en un miembro del club de una milla de altura.

—No habrá siesta para ninguno...

Estoy lanzando mis gafas y sobre él antes de que pueda terminar el pensamiento. Sus brazos fuertes me levantan fácilmente y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura mientras me presiona contra la pared. Mis dedos jalan de su cabello, de su camisa, pero antes de que pueda hacer daño, él me arranca.

—Frente a la pared —ordena.

Riendo un poco por la seriedad en su rostro, pero también un poco sin aliento por eso, me volteo.

Toma mis manos entre las tuyas y las fuerza contra la pared, una a cada lado de la ventana. —No las muevas —dice contra mi oído.

Su aliento está caliente contra mi cuello, y me muerdo el labio mientras aprieto mis piernas. Alcanzando alrededor, él levanta mi camisa sobre mi sujetador, y jala hacia abajo. Sus dedos me pellizcan los pezones y me muerde los hombros con fuerza, haciéndome gritar de dolor o placer, ya no lo sé.

Sin desabrocharme los pantalones, los baja con mi ropa interior. —Tienes un trasero tan hermoso, Winn. —John pasa sus manos por mis nalgas y las empujó hacia fuera, gimiendo. Es increíblemente erótico, aquí de pie a plena luz del día, una tripulación de vuelo completa justo al otro lado de la puerta, con las nubes y el cielo azul brillante como testigos.

Sus dedos recorren la línea de mi grieta, empujando suavemente sobre mi ano solo para hacerme saber que está ahí, y luego a mi coño.

Lo quiero allí, en todas partes, de todas maneras.

Su caricia se vuelve áspera, y luego está a tientas, apretando mis nalgas tan fuerte que me duele. Sí, esto es exactamente lo que quiero. Sexo crudo, sucio. Quiero que me duela tan rico. Y entonces sucede, lo que había estado anticipando.

La primera nalgada arde lo suficiente. Me preparo para otra, y cuando llega, raspo el panel de madera, pero no me muevo. Necesito más.

## *John*

Lo quiere más duro. Ya se ven huellas rojas en su piel pálida y me duele la mano, pero ella quiere más. Volteo hacia la caja que deje junto al sillón reclinable y pienso en la paleta que hay dentro.

—John, no te detengas. Más duro. —Su voz exigente demanda que le de lo que quiere.

Estoy completamente desgarrado. Mientras paso mi mano sobre la ardiente piel de su trasero, me imagino cómo se sentiría llevarle una paleta. No se sentiría tan bien como esto, creo, bajando mi mano con una nalgada rápida.

Los gemidos de Winn me tienen duro como el acero, y la forma en que se ve, con sus pechos llenos y sus pantalones alrededor de sus tobillos casi me hace venirme.

Su cabeza golpea la ventana. —Mierda, te necesito, John.

Empuja su culo más hacia mí, exponiendo su coño y su agujero apretado. Hambre cruda, como nunca antes la había sentido, me sobrepasa. Mis rodillas se doblan y estoy extendiendo sus nalgas aún más, presionando mi cara contra ellas, probándola. Ella se acerca hacia atrás, abrazándome mientras grita mi nombre. Pasando mi lengua sobre su nudo, la chupo antes de absorber la humedad de su entrada, luego dibujando círculos alrededor de su ano. El deseo que tengo es insaciable, y sabe tan bien como lo hace en cualquier otro lugar.

—¡John, sí! —exclama. —¡No te detengas!

Siento cuando se viene en mi boca, el pulsar de su clítoris contra mis labios.

Prácticamente arrancándome los pantalones, mis manos sujetan sus muñecas por encima de su cabeza y estoy dentro de ella, follando como un loco. No me importa que estemos jadeando tan fuerte que el piloto probablemente pueda oírnos. No me importa que la estoy empujando con tanta fuerza, prácticamente levantándola, que la bofetada de mis caderas contra ella se siente como si mi abdomen se va a moretear.

Y al menos por el momento, no me importa que Winn, sin saberlo, se niegue a darme el control que necesito sobre ella. Pero solo por el momento.



## Capítulo 13

### El Buen Señor King y la Marca de Amor

*El señor King se sentó desnudo en la silla reclinada de cuero azul. Su ama se inclinó amorosamente sobre sus caderas, besando un lado de su pene, luego el otro.*

*—Quiero que seas mío en todos los sentidos, mi amor —le dijo ella.*

*—Es lo que más deseo, mi señora.*

*—El dolor es sólo momentáneo.*

*—No me importa, mi reina. Quiero ser marcado como tuyo, siempre.*

*Sumergiendo la pistola en la tinta, ella la presiono contra su piel donde su cadera se encuentra con su pierna. Se estremeció, pero apretó los dientes y alivió el dolor, mientras ella trazaba sus iniciales, WAN.*

*Cuando terminó lo sentó, llena de orgullo al saber que esta hermosa criatura era de ella, y solo de ella. —Bien, señor King. Ahora tu ama aliviará tu dolor. —Llevándolo a la boca, ella hizo precisamente eso.*

## *Winnifred*

Siempre pensé que este lado de Nueva York solo existía en las películas. Este es el lugar donde los rascacielos, los coches y el ensordecedor sonido de la civilización dan paso a carreteras sinuosas, pinos altos y cielos azules.

Las casas son pocas y distantes entre sí, en pequeños claros, o tan escondidas en el bosque que lo único que las delata es un buzón.

Es hermosa la vista, pero estoy muy triste. No sé por qué. Hay un vacío en mi alma que no puedo explicar, un vacío que parece hacerse más grande cuanto más nos acercamos a la casa. Pasamos un cartel que dice que el camino termina en dos millas y mi corazón se hunde un poco al verlo.

Tal vez eso es lo que es. Estamos aquí, el final del camino, y no solo literalmente. Algo me dice que estoy por despertar. Aunque siempre lo he sabido, no ha sido más que un sueño, saber que mi tiempo está casi por terminar...

Respiro para no llorar por algo que había condenado a otras mujeres por hacer. Apegarse a un hombre que saben que nunca les pertenecerá.

Como si él pudiera escuchar mis pensamientos, se acerca y toma mi mano entre la suya. —Estas demasiado callada.

—Lo siento. Estaba perdida en mis pensamientos.

—Ya casi llegamos.

El Jaguar F-Pace nos había estado esperando en el aeropuerto, y eso es lo que estamos conduciendo hasta Kensley Hall ahora. Es un buen auto, no tengo nada negativo que decir al respecto, aparte de que es simplemente otro recordatorio de que soy como los otros amantes a los que se negó a entrar en su XJ.

Una milla y media después de atravesar la puerta vigilada, el bosque se abre para revelar la gran mansión inglesa de piedra, completa con un camino circular, una gran fuente y personal que nos espera en la entrada. Wayne Manor se encuentra con Downton Abbey, y me quedo boquiabierta, saliendo del coche antes de que él tenga la oportunidad de apagarlo, mi tristeza completamente olvidada.

—Oh. ¡Dios mío, John, este lugar es maravilloso! ¿Tú vives aquí?

—Ethan, lleva el equipaje a la habitación, por favor. —le dice a un joven mientras le entrega mi bolsa.

El muchacho se inclina ligeramente por la cintura. —Sí, señor. —Oh sí,

esto es de alta gama, creo.

John se vuelve hacia mí y, con una mano en la espalda, me guía hacia el vestíbulo. —He vivido aquí toda mi vida. Nací en una habitación en el segundo piso.

El sonido de nuestros pies contra el piso de mármol blanco y negro, rebotan de las paredes con paneles de madera a medida que caminamos más allá del vestíbulo, a la sala principal. Una gran escalera se divide en dos a medida que sube al segundo nivel. Las balaustradas pesadas con lámparas de cobre adornadas iluminan el camino hacia el rellano, donde una vidriera del piso al techo deja entrar luz desde el exterior, arrojándola a la habitación en una gran variedad de colores.

—Todo es tan... melancólico —digo, notando la pesadez en todo, pero lejos de ser deprimente, es romántico.

—¿Melancólico?

—Sí. Es el tipo de lugar donde una bestia viviría y mantendría cautiva a la doncella para su propio placer.

Se ríe en voz alta y me acerca a él. —Entonces, ¿voy a mantenerte cautiva esta semana y hacer lo que quiera contigo?

—¿Quién dijo que tú eres la bestia en esta historia? —le pregunto astutamente, inclinándome para morderle la mandíbula. Riendo, me alejo y giro. —Me encanta, John. Tu casa es increíble. Supongo que el negocio de los diamantes es mejor de lo que pensaba.

—Lo es. Pero esta casa viene de la familia de mi madre. Fue dinero hecho en el ferrocarril y petróleo que la construyo.

Ah, así que es doblemente rico. Petróleo, trenes, diamantes. ¿En qué más ha hecho dinero su familia?

—Tu hermano no te desafió a conseguir esta mansión.

—Bueno, él consiguió la casa en Texas, donde trabajaba. Fallon's Ridge esta donde el planeaba pasar su vida. Todavía viven allí mi cuñada y mi sobrina.

Miro alrededor del gran espacio mientras me cuenta sobre su familia. —¿No te sientes solo en una casa tan grande? No puedo imaginar vivir sola en un lugar como este.

—No estoy solo. Hay trece empleados que viven aquí conmigo a tiempo completo.

—Trece. Guau. Eso es mucha gente. ¿Quedaría una cama para mí? —pregunto, bajando mis pestañas y pasando un dedo por los botones de su

camisa.

—Bueno, señorita Bestia, creo que la mejor pregunta es, ¿dónde harás que duerma yo?

—Justo a mi lado, por supuesto. Donde pueda vigilar bien a mi rehén.

Se inclina, viéndose muy serio de repente. —Ten cuidado, Winn. Yo no pertenezco a nadie.

Algo en la forma en que lo dice que me hace alejarme. Lo miro a los ojos. Hay algo fugaz, allí solo un momento, que me hace preguntarme si todavía estamos jugando.

—Nunca esperarías que lo fueras —le susurro.

Sacudiendo la cabeza, dice—. ¿Quieres ver el resto de la casa?

Toma mi mano antes de que pueda contestar. Pero ya no estoy prestando atención debido a la molesta sensación de que estoy a punto de estrellarme con fuerza al final del camino.

Tardamos un rato en recorrer la mansión de veinticinco mil pies cuadrados. Cuando lleguemos a su habitación, estoy lista para un descanso de las giras y decido explorar el espacio desde la comodidad de la cama. Me lanzo sobre la superficie dura, donde ni siquiera la colcha gris se da a mi peso.

Apoyándome en un hombro, miro alrededor del cuarto limpio y moderno, tan diferente del resto de la casa. Un gran armario hecho de madera exótica se presiona contra una pared, una zona de estar con sofás elegantes y la cama con la cabecera de madera alta y mesitas de noche flotantes.

—John, este espacio es un buen reflejo de ti.

Levanta una ceja oscura mientras se quita la chaqueta, y la pone cuidadosamente en una silla de chenilla de aspecto incómodo junto a la ventana. —¿Cómo es eso? —me pregunta, acostándose a mi lado.

—Demasiado controlado. —Moviéndome rápidamente, lo pongo a horcajadas, luego agachándome para darle un beso. —No hay desorden. Necesitas algo de caos en tu vida. Déjalo ir un poco.

Me pone de espaldas, sujetando mis brazos sobre mi cabeza. —Algunos de nosotros estamos hechos para estar en control, señorita Mills.

Extiendo mis piernas y presiono mi núcleo contra él. Esta duro, y eso solo me permite saber que no está tan controlado como le gustaría. Presiono un poco más fuerte, y él gime. —Tal vez, señor King, el control es simplemente una ilusión.

—Dice la que está debajo de mí —susurra en mi oído antes de besarme

el cuello.

Me río con sus palabras. —Creo que alguien necesita una perspectiva diferente. Pero por ahora, te haré creer que me tienes.

Se aleja, luciendo confundido como siempre, y puedo ver que quiere decir algo más, para tener la última palabra. Pero él ya comenzó un incendio y necesita apagarlo. Lo jalo hacia mí con un beso, lamiendo sus labios, probándolo, haciéndonos olvidar a los dos quiénes somos.

El hechizo se rompe con el zumbido de su teléfono. Envolviendo mis piernas alrededor de su cintura, trato de abrazarlo, pero él empuja.

—Lo siento, se suponía que debía revisar mi... Esto puede ser importante. —Saca el teléfono del bolsillo de su chaqueta. —John.

Puedo oír la voz de una mujer cuando se mueve hacia el baño y cierra la puerta, dejándome una vez más para preguntarme con quién diablos sigue hablando. ¿Podría ser su asistente, Diana? No, normalmente no sale de la habitación cuando habla con ella.

Unos minutos más tarde sale refrescado, habiéndose lavado la cara y los dientes. —Tengo que ir a ver algo. ¿Estarás bien aquí sola por un tiempo?

—Sí, por supuesto. ¿Voy a comer sola? —pregunto, mi pecho ya apretado ante la idea de cenar solita en este castillo.

—No voy a estar mucho tiempo. —Me besa en los labios y se va, dejándome en que el ambiente frío que se siente aún más frío sin él.

Esta cama necesita una buena colcha, creo. La ordenaré en breve. De pie, miro por la ventana hacia los jardines verdes, tan tranquilos, con solo los pocos trabajadores que la mantienen. No sé si yo podría vivir en un lugar como este. Necesita una familia. Ruido. Alegría.

—Quiero que vengas conmigo.

El inesperado sonido de la voz de John me tiene enredada en los paneles pesados de cortina. —¡Oh Dios mío! Me asustaste.

—Lo siento. Quiero que vengas conmigo —dice, extendiendo su mano.

—Está bien. —Ni siquiera le pregunto a dónde vamos. Iré a cualquier lugar que quiera llevarme, con tal y que signifique un minuto más con él.

## John

Llevar a Winn a Kensley Hall fue un impulso del momento. Tenía la intención de asistir a la Gala de Brillantes solo, sin distracciones.

Tenía su propia habitación preparada cerca de la mía. Sin embargo, cuando se llamó a sí misma una bestia que me mantendría cautivo, sentí la necesidad de ser quien la tuviera en mi habitación. En mi cama.

Y ciertamente nunca pensé en traerla aquí. Nadie con quien he salido jamás ha puesto pie esta zona de la casa. Pero cuando le dije que la estaba dejando, la mirada en sus ojos me recordó el día en que vi su reflejo a través de la entrada de vidrio de El Drayton. Antes de que lo supiera, estaba tomando su mano y la traje aquí.

—¿Dónde estamos? ¿Es aquí donde escondes a tu esposa loca?

La miro y ella se encoge. —¿Lo es?

—No —respondo un poco brusco.

La puerta se abre y Mary nos deja entrar. —Señor King.

—¿Cómo está hoy? —le pregunto, mirando más allá de la zona de asientos, a la puerta abierta que conduce al dormitorio.

—No es su mejor día —responde la enfermera mayor, mirando hacia Winn con preocupación. —No he podido hacer que coma. Y sabes que, si no puedo hacer que coma, es posible que deba ser admitido.

—Sí, por supuesto. Déjame ver qué puedo hacer primero —le digo, esperando poder hacer que responda. Cada vez que ha sido hospitalizado, ha sufrido una crisis emocional que prefiero evitar.

—Emma. Quiero ver a Emma —oigo desde la otra habitación.

—Mary, esta es mi... asistente, Winnifred Mills.

Winn se tensa a mi lado y saca su mano de la mía, Mary viendo el movimiento. Retomo la mano de Winn y la sostengo fuertemente en la mía. Sus labios se adelgazan en desaprobación, pero no hace ningún esfuerzo por liberarse.

—Es un placer conocerla, señorita Mills.

—Ven, quiero que conozcas a alguien. —Jalándola hacia la puerta, encontramos a mi padre sentado en el borde de la cama, meciéndose suavemente, todavía llamando a Emma. —Padre.

El voltea hacia arriba. —¿Puedes conseguir a Emma por mí? —pregunta. —La he estado llamando, pero no viene.

—Sí, por supuesto. Ella estará aquí en breve. Me gustaría introducirte a una amiga mía, Winnifred. Winn, este es mi padre, William King.

—Encantada de conocerlo, señor —dice ella, estrechándole la mano.

Los ojos lechosos de mi padre la ven solo por un momento, antes de que él vuelva a preguntar por mi madre. —¿Has visto a Emma?

Sorprendiéndome, Winn va a sentarse junto a él. —Lo hice hace un rato. Ella dijo que estaba en camino a verte, pero que necesitaba que ponerte linda primero.

—Oh, Emma. Es hermosa como es.

—Bueno, no debería tardar demasiado. Mientras tanto, ¿le gustaría sentarse conmigo mientras como un poco de sopa? Estoy medio hambrienta.

Él asiente con la cabeza y ella lo guía a una mesa redonda, sentándolo frente al tazón que había sido colocado allí, y que todavía no había sido tocado. Winn se llena una taza de sopa y comienza a comer.

—Dígame, señor King. ¿Cómo es que conoció a Emma? pregunta dulcemente.

Automáticamente imitando sus movimientos, mi padre toma un sorbo de su sopa y comienza a contar la historia de cómo él y mi madre se conocieron.

—Bueno, ¿te dijo que estaba comprometido con su hermana?

—No me dijo. ¿Por qué no me lo cuenta usted antes de que ella llegue? ¿Le importa si Jonathan nos acompaña?

Mi padre me mira como si fuera un extraño. —Está bien —dice vacilantemente.

Cuando termina su historia, ya se ha terminado su comida. Luego, mira a Winn y le pregunta—. ¿Quién eres? —con confusión.

—Sólo soy una amiga —dice ella con tristeza.

Él mira hacia otro lado, su mente ida una vez más, pero ya no pregunta por Emma. Mary entra y lo ayuda a acostarse, dejándonos a Winn y a mí solos en la sala de estar.

—¿Alzheimer? —pregunta ella.

—Sí

—¿Por qué me trajiste aquí, John? Porque algo me dice que eres muy protector con William.

—No lo sé —le digo con sinceridad. —Veo que tienes experiencia.

—Realmente no. Pero mi madre era enfermera en una clínica de salud mental cuando estaba creciendo. Ella dijo que siempre era mejor seguirles la corriente. Eso es todo lo que hice.

—Funcionó. Gracias. No es frecuente que no quiera comer. Mary lo cuida muy bien. Pero cuando lo hace, sus azúcares se ponen completamente fuera de control y termina en el hospital.

—¿Emma es tu madre?

—Sí. Murió hace unos años.

Sus ojos se suavizan y frunce el ceño. —Lo siento. ¿Estaba enferma?

—No. Fue un accidente de coche. Ella y mi hermano Maxwell venían de Texas. Fue el primer día que vi la enfermedad de mi padre como una bendición. Había sufrido la pérdida de su esposa e hijo solo por unos pocos días. El recuerdo de las horribles noticias se desvaneció rápidamente, y me dejó para sufrir yo solo.

—Oh sí. Ahora recuerdo. Él era tu único hermano ¿verdad? —pregunta Winn.

—Si lo era.

—Y tu papá nunca olvida a su Emma —dice con nostalgia.

Asiento con la cabeza. —Pero me olvida a mí. Y mi hermano. Aquí, quiero mostrarte algo. —La llevo por el pasillo a una habitación cercana. —Tuve esto configurado para mi papá cuando él comenzó a olvidar.

Winn camina por el taller. Se han colocado dos mesas en el centro de la habitación con las herramientas necesarias para cortar un diamante, mientras que una mesa larga contra la pared está despejada para los mapas.

—Así es como se cortaban los diamantes antes, ¿no?

—Sí. Lo traigo aquí a veces. El corte de diamantes fue parte de su vida durante demasiado tiempo para olvidar. Es algo que todavía podemos hacer juntos. —Y si tengo suerte, me recuerda por un momento. No a menudo, pero a veces. —Me pregunto si esto también será lo último en mi mente cuando yo me vaya.

—O tal vez llamarás a alguien, algún día, como lo hace el.

—Yo nunca me pondré en una posición en la que llamo a alguien todo el día, y que nunca aparece.

—¿Qué estás diciendo?

—Eres inteligente, Winn. No creo que tenga que explicártelo.

—¿Es por eso que te niegas a estar con alguien? ¿Porque tienes miedo de lo que podrías perder?

Ruedo mis ojos hacia ella. —No le tengo miedo a nada. El amor te quita algo, lo quieras o no. Nunca he estado dispuesto a entregarme. Y después de todo lo que vi que sucedió con mis padres, la forma en que se perdieron... Se



justifica mi decisión. No me gusta perder, y en ese juego, todos salen perdiendo.

—¿No quieres una familia algún día? ¿Gente que te amé para llenar esta casa gigantesca? —Niega con la cabeza y dice—. Realmente necesitas cambiar esa perspectiva tuya. Piénsalo de esta manera, tu padre amó tan profundamente que nada ha podido borrar la memoria de tu madre. No es que ella no se presente. Es que siempre está ahí. Eso es ganar en la vida, John. Daría cualquier cosa para amar así.

Me alejo de ella porque no quiero ver su lado. Mi madre sufrió cuando William comenzó a olvidar, dejándola sola para recordar por los dos. Y él no tiene idea de que los últimos fragmentos de los recuerdos que hicieron juntos se encuentran dentro de su mente andrajosa, esperando a desaparecer para siempre en el momento que muera.

Un amor tan fuerte que no puede ser borrado por una enfermedad debilitante puede ser una noción romántica para un escritor, pero en el mundo real, no es más que una tortura.

Hablando por encima de mi hombro, le digo—. Si mi padre no hubiera amado a mi madre tan profundamente, la olvidaría. Su mente dejaría de buscar. Él podría ser más feliz.

—Miserable y solo toda su vida para que al final pueda morir feliz. Sí, definitivamente necesitas cambiar tu perspectiva. —Caminando por mi lado, Winn me deja completamente solo.

## Capítulo 14

### El Buen Señor King y la Gatita

*El calor del motor radiaba por su espalda, y como el señor King ahora estaba desnudo, era algo bueno. Le dolían las extremidades por el jalón de la cuerda que las ataba, sus brazos a los espejos laterales y sus piernas a las llantas. Pero era un dolor delicioso, ya que yacía sobre su bestia esperando su castigo por no dejarla conducir.*

*Su ama, vestida con un traje ajustado de gato negro que parecía más pintura que ropa, se vertió sobre él de una manera que parecía mucho más felina que humana. Sus garras rasparon la piel de sus brazos mientras ella pasaba los dedos sobre ellos, luego se inclinó hacia él. —Querido, señor Ratón, te has puesto en una posición precaria, manteniéndome alejada de mi gatito de esta manera.*

*—¿Me perdonas, mi señora?*

*Largas pestañas bajaron sobre sus ojos, pensando. Mientras acariciaba el auto debajo de él, como si pudiera escuchar sus pensamientos, ella lo lamió desde el ombligo hasta la oreja, donde ronroneó—. Creo que en cambio jugaremos con nuestra presa.*

## *Winnifred*

El día siguiente, John visita a su padre solo, dejándome para dormir. Anoche me trajeron una colcha calentita, ¡y juro que me estoy ahogando en la cosa esponjosa!

En algún momento alrededor de las nueve, me levanto y me preparo perezosamente, y luego bajo por un cereal. Sonríe cuando veo que ha pedido mi favorito, Cinnamon Toast Crunch. Justo cuando estoy terminando un gran tazón del cereal, John entra en la sala de desayunos.

—¿Dormiste bien? —pregunta, inclinándose para besarme la nariz.

—Realmente no. Había algo picándome toda la noche. —Asegurándome de que nadie esté mirando, me acerco a sus piernas y lo toco allí.

John se inclina y susurra—. Hay cámaras en todas partes.

Mi cara arde mientras mis ojos escanean las paredes. ¡Dios, espero que nadie me haya visto picando la nariz!

—Vamos. —Me lleva hasta el garaje, que se encuentra en el nivel inferior de la casa. No es un garaje como los que yo conozco, donde apenas cabía un auto y toda la basura que no puede encontrar un lugar dentro de la casa.

Este garaje es tan grande que, si quisiera, podría albergar al menos cincuenta autos. Si él quisiera.

En cambio, el lugar estéril tiene solo unos pocos coches, lo que lo hace ver aún más vasto. Hay tres carros de seguridad, cinco carritos de golf y una camioneta estacionada a un lado de la sala de guardia. En el otro lado hay cuatro coches. El Jaguar F-Pace rojo, en el que me recogió del aeropuerto, el Jaguar XJ completamente negro, un viejo Jaguar verde oscuro y un Honda Accord blanco.

John saluda al hombre en la sala de guardia a través de una gran ventana cuando pasamos junto a él.

—Así que tengo que preguntar, ¿por qué Jaguar? No me malinterpretes, soy parcial a la marca. Quiero decir, con tu riqueza, podrías comprar un auto de al menos, un millón de dólares.

—No se acumula riqueza comprando un automóvil de un millón de dólares.

—Cierto.

—Por supuesto, todavía quiero el lujo. De ahí el Jaguar. Aquí, déjame

mostrarte algo —dice, tomando mi mano y arrastrándome detrás de él hasta el modelo más viejo. —Este es un XJ6. Era el orgullo y la alegría de mi padre. Amaba este carro más que cualquier otro que tuviera. Lo mantuvo ronroneando hasta que ya no pudo conducir. Él me enseñó a amarlo. Sabía, incluso de niño, que cuando creciera, sería mío.

—¿Lo conduces? —pregunto, tocando con el dedo el adorno de la capucha del gato.

—Algunas veces. Solía sacar a mi papá en largos viajes. Pero, un día, su confusión se apoderó de él durante uno de esos paseos, y tuvo un ataque de pánico. Me di cuenta de que ya no podíamos. Ahora es difícil ir a cualquier parte sin pensar que debería estar allí conmigo. Todavía lo conduzco a corta distancia, aquí y allá, para darle aire fresco. Cuando su mente está allí.

—Ustedes dos deben haber sido muy cerca —observo.

—Éramos. Max siempre fue el hijo de mi madre. No le importaban los diamantes, solo el petróleo. Para mí, mi papá era mi mundo. Yo era su sombra y él me enseñó todo lo que sabía. Desde el momento en que pude pensar, supe que quería ser como él. Orgullosa, al mando. Un líder.

—Debes extrañarlo mucho. —Es raro decirlo, porque todavía está allí, vivo.

—Todos los días. —Su voz ensombrece un dolor que aún no he experimentado, y deseo desesperadamente poder quitárselo.

—Es hermosa —le digo con admiración del auto clásico, cambiando de tema porque no quiero verlo lastimado.

Funciona. Levanta una ceja en mi dirección. —¿Qué te hace pensar que es hembra?

—No lo sé, sólo asumí.

Mira el coche como si nunca lo hubiera considerado. —ELLA es la razón por la que lo conseguí a EL —dice, y nos lleva a su Jaguar negro.

—Ah, así que este es un varón. ¿Es un buen chico? —pregunto con un tono travieso.

—Oh sí. No hay duda al respecto.

Pasando mi dedo sobre las elegantes líneas del auto por el que he babeado en las revistas, pienso en ciertas escenas en las que le toco papel principal y me estremezco. —Bueno, creo que él también es terriblemente sexy.

Las cejas de John se juntan, y pienso que tal vez le molesta que pasé mis dedos aceitosos sobre la pintura brillante. Ahí hay otro auto que me llama la

atención, así que me dirijo a él. No es el F-Pace rojo. En realidad, espero que los ricos manejen autos lujosos. Lo que no esperaba ver allí era el Accord blanco, aunque parece estar lleno de lujo. Sin siquiera molestarme en preguntar, levanto la barbilla hacia el coche.

—Ese es mi auto de larga distancia —responde a mi pregunta silenciosa.

—El de larga distancia?

—Sí. En los días en que ando por toda la ciudad, o tengo que salir del estado. De ninguna manera voy a poner todo ese kilometraje en los Jaguares, sin mencionar que romperían el banco con gasolina. Este bebé aquí me mantiene rico y puedo ir a donde quiera. Ni siquiera los empleados de M&K saben que tengo esto, así que puedo estar en el edificio todo el día y, como no reconocen el auto, nadie tiene la menor idea de que estoy allí cuando no quiero que sepan. Me dejan solo.

—Inteligente.

—Creo que sí.

—Estás lleno de sorpresas, John.

—Te tengo una más. Entra.

—¿A cuál coche? —le pregunto, rebotando sobre las puntas de mis talones, mirando hacia el que quiero.

—El que quieras —me dice.

—¿De Verdad? ¿Puedo elegirlo? —digo señalando el Jaguar negro, asumiendo que él diría que no.

—Está bien. —Me arroja la llave, sorprendiéndome aún más.

Mi boca cae abierta. —¿Vas en serio?

—Como un ataque al corazón.

—Espera, ¿me dejas conducirlo?

Él se ríe de esa manera encantadora que me hace derretirme. —Estás empezando a asustarme, Winn. Puedes conducir, ¿verdad?

—Um. Sí, pero nunca he conducido en Nueva York.

Su sonrisa se desvanece y puedo ver el arrepentimiento en su rostro. Sin querer perder una oportunidad, me lanzo al asiento del conductor, temiendo que él exprese su cambio de opinión. Se sienta a mi lado, ya pálido. —Estará bien —le digo y acaricio su pierna. —¿Cómo...? —Busco a tientas los botones en el tablero, presionando la llave en cada agujero que veo. Me doy cuenta de que es una llave mágica y presiono un botón para iniciarla. Aspira a la vida, como pensé que lo haría, y puedo sentir el poder retumbar a través de mí. ¡Maldición este coche es casi tan sexy como su dueño!

Estoy tan mareada que me siento más y me río un poco de risa loca. Luego, cuando voy a cambiar para conducir, me doy cuenta de que no hay un palo, sino un dial. Lo pongo en Drive, y suelto el freno. El auto avanza un poco hacia adelante y John está saltando hacia el lado del conductor.

—Creo que es suficiente. Aquí muévete.

Decepcionada, hago lo que él dice. —Solo necesitaba un minuto para acostumbrarme.

—Me gustaría vivir al menos un día más. Además, tenemos un lugar donde estar.

Sentándome en el lado del pasajero, pregunto—. ¿A dónde vamos?

—Ya verás.

Conducir en las concurridas calles de Queens me hace recordar. Incluso si nunca había considerado esta área mi hogar, pase cuatro años y tengo muchos recuerdos de este lugar.

—Mira, yo vivía allí —digo señalando mi antiguo edificio de ladrillo rojo de cuatro pisos.

—Es un buen vecindario para vivir. ¿Cómo te lo pudiste pagar?

—No pude. No le pagas a tus empleados lo suficiente para vivir en un lugar como este —bromeo.

—Tal vez puedas ayudarme a remediar eso en algún momento.

—Puede que tenga que hacer eso.

A dos cuadras de mi hogar antiguo, entramos a una pequeña tienda llamada Tulah Mi.

—Cuanto lujo —digo, tirando de un chal de terciopelo negro mientras caminamos por la tienda escasa. Este es el tipo de lugar con solo algunos de sus diseños en exhibición, en gruesos colgadores de madera o en mesas con luz de fondo. —¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunto, notando la falta de ropa de hombre.

Dos mujeres están charlando en la parte trasera de la tienda, y se acercan a nosotros cuando entramos. Reconozco a la mujer elegante y alta con el pelo corto, y el traje morado como la asistente de John. La otra no lo sé.

—Winn, me gustaría que conocieras a Tulah Miranda. Ella es una diseñadora local. Y es posible que hayas conocido a mi asistente, Diana.

—Encantada de conocerlas a las dos —le digo.

Tulah, una mujer pequeña vestida de negro, pone sus manos sobre mí, volteándome. —Pero, John, no dijiste que ella era tan hermosa. Ese cuerpo, ese cabello. ¡Esos labios! ¡Mija, te verás como una seductora! —Habla con un

acento sureño tan inesperado y tan pesado que me toma un momento entender lo que acaba de decir.

—Señorita Mills, vamos a asegurarnos de que te veas increíble para la Gala de Brillantes —dice Diana.

—Winn, por favor llámame Winn —le digo a ella.

—Está bien, Winn. John —le dice a él. —Vete ya. Nosotras nos encargaremos de todo.

—Volveré en unas pocas horas.

—¿Te vas? —le pregunto a John, mientras Tulah toma mis medidas.

Tengo que hacer algunos recados. Además, ya he visto el vestido.

—¿Que vestido?

Las dos mujeres me jalan hacia atrás, lo último que veo es a John sonreír.

## Capítulo 15

### El Buen señor King y la Cama de Diamantes

*El buen señor King se encontraba en una cama de su propia creación. Miles de diamantes, duros e implacables como lo son hermosos, se clavaban en su rodilla desnuda y el pecho.*

*—No te muevas, mi mascota, o te dolerá más.*

*—Sí, mi señora —obedeció.*

*Su ama jalo las cuerdas que ataban sus brazos y piernas detrás de su espalda, a través de una polea por encima de la cama, suspendiendo su cuerpo.*

*La mujer del corsé de cuero rojo y la falda de encaje lo rodeo, arrastrando un azotador incrustado de diamantes sobre su piel desnuda. El señor King se estremeció ante el placer de un suave rasguño, y eso lo relajó aún más en su forma suspendida.*

*Ella se acostó debajo de él, y con el brillo a su alrededor y su cabello extendido como un satín rojo, vio a una diosa.*

*Levantándose a sí misma, lo besó profundamente y le hizo saber cuánto amaba a su sumiso. Las cuerdas se clavaron en su piel mientras luchaba por alcanzarla, tocarla.*

*—Dije que no te muevas, o te dolerá. Debes escuchar. Mira —ella dijo, sacando una cosa redonda hecha de plata y oro. —He traído un juguete para nosotros hoy, mi mascota. ¿Quieres que juegue contigo?*

*—Sí, señora —dijo él.*

*Ella sacó la venda de satín negro que había traído con ella, y cubrió sus ojos, cegándolo. —Quiero que sientas. Todo.*

*Moviéndose detrás de él, ella acarició amorosamente sus nalgas, ahora extendidas por la posición en que lo habían puesto las cuerdas. Su ano estaba expuesto, y cuando ella tocó un dedo allí, él se estremeció ligeramente sorprendido.*

*—Ya, ya. Sólo placer —lo tranquilizó. Cuando lo tocó, dibujando pequeños círculos alrededor del agujero apretado, comenzó a relajarse. La tensión en su cuerpo se desvaneció. Y cuando pulso con la punta gruesa del enchufe, y él gemía de placer, dejándole saber que estaba listo.*

*—Bien, señor King —susurró ella. —Esto te gustará.*



## John

La electricidad estática zumba a mi alrededor por el roce constante de mis zapatos contra la alfombra gruesa Aubusson por la cual he estado caminando durante los últimos veinte minutos. No llega tarde, pero siempre suele llegar temprano. Miro la escalera dividida. Todavía nada. De vuelta al ritmo.

Según mi jefe de seguridad, los autos han pasado por las puertas y están en el largo camino hacia la casa. Estarán aquí en menos de cinco minutos.

Todo ha sido establecido y planeado, hasta el más mínimo de los detalles. Los cocineros y el personal de la casa corren por todos lados para asegurar que todo esté en su lugar. Un equipo de seguridad está ubicado en puntos estratégicos dentro de la casa y en el terreno, mientras que cuatro guardias completamente armados vestidos con esmoquin esperan mi comando para sacar el nuevo diamante Sandoré.

Mi teléfono vibra y lo saco para ver un texto de Winn.

*-En camino.*

—Señor King. —La voz suave me hace mirar hacia arriba para ver a Winn de pie en el primer plano y me deja congelado. Mis ojos la miran y trago saliva mientras la fuerza de su belleza me golpea de frente.

Se ha quitado las gafas. Sus ojos marrones han sido fuertemente alineados, haciéndolos parecer aún más grandes, más humeantes. Sus labios carnosos han sido pintados tan rojos como el vestido ajustado que abraza cada una de sus curvas.

Fue hecho solo para ella, con un encaje intrincado destinado a vislumbrar la piel de marfil que hay debajo, pero que mantiene la modestia que desea con un cuello alto y mangas largas.

Levantando una ceja perfecta hacia mí, se vuelve para mostrarme la gran abertura en la parte posterior. —¿Te gusta?

—Mucho —le digo mientras camina hacia abajo, la abertura en la parte delantera de su vestido abriéndose ligeramente por encima de su rodilla. La verdad es que me gusta más que eso. Es una diosa en rojo, y si yo fuera cualquier otro hombre, caería de rodillas aquí y ahora y la adoraría.

—Estoy usando los aretes que me diste. —Gira la cabeza para mostrarme los diamantes.

Poniendo su mano en mi antebrazo, le digo—. Te quedan bien.

Quiero inclinarme y besarla, decir al diablo esta fiesta aburrida y llevarla arriba. Prefiero pasar toda la noche en la cama. Y casi lo hago. Pero en ese preciso momento entra la llamada de seguridad. Han llegado los primeros invitados. Llego la hora.

## *Winnifred*

El salón de baile, que se encuentra en la parte posterior de la casa y tiene su propia gran entrada, es una cosa maravillosa que rivaliza cualquiera de los hoteles más lujosos. Trecientos de los más ricos del mundo (productores de diamantes, celebridades, empresarios, entre ellos) se mezclan bajo cinco grandes candelabros de cristal en la sala de espejos. Los relucientes pisos de mármol reflejan la luz de las lámparas colocadas en mesas de lino blanco, dando la sensación de estar dentro de una estrella.

Todos llevan sus mejores vestimentas, seda y satín, que proporcionan el escenario perfecto para los diamantes que cuelgan de sus cuellos y de sus orejas y muñecas. Después de todo, se llama Gala de Brillantes, y todos han hecho lo posible por eclipsar a los demás.

Nunca he visto algo así. Tal vez nunca lo vuelva a hacer.

Esta noche, sin embargo, con mi brazo a través del suyo, me siento como una reina. Hay envidia escrita en los rostros de todos los que desean estar con él y recuerdo un momento en que yo misma me pregunté quién estaría envuelta alrededor de John esta noche. Nunca en mis más salvajes sueños me imagine que sería yo.

Me enorgullezco, no porque me haya elegido, sino porque me siento hermosa. Más de lo que nunca me he sentido. Me siento segura, sexy y viva. Me encantaría tomar todo el crédito por ello. Decir que hice esto, soy una mujer fuerte e independiente que no necesita un hombre para que se sienta bien. Y sería cierto decir eso, porque yo soy todas esas cosas. ¿Pero sería tan malo decir que John tuvo algo que ver con eso? ¿Que me ha hecho sonreír y que me gusta la forma en que me hace sentir?

Caminamos por el gran salón, hablando con todos los que se cruzan en nuestro camino. Los Rogers, una banda de jazz, se ha instalado en la esquina y está tocando lo suficientemente suave como para que la gente aún pueda escuchar todo lo demás, pero bastante fuerte como para que cualquiera que lo desee pueda bailar.

—¿Te gustaría bailar? —pregunta John. Supongo que ha notado el golpeteo de mi pie.

—Me encantaría.

Como la suerte lo tiene, en el momento en que entramos en la pista de baile de madera, Por Fin de Ella Fitzgerald empieza a tocar. La postura rígida

de John dice que no es el tipo que baila canciones lentas, si baila en absoluto, pero ya está comprometido.

—Me encanta esta canción —digo alrededor de una respiración. —Es una de mis favoritas.

Colocando mi cabeza en su hombro, tengo un poco de miedo de que me aleje, pero no lo hace. En vez de eso, me presiona más cerca de él, y puedo sentir su aliento en mi cabello mientras respira.

Cuando la canción termina, nos separamos lentamente, y lo miro a los ojos, tan dilatados en la tenue luz que parecen casi negros. Me ve con una mirada entre el pánico, la fascinación, el miedo y la excitación, pero no dice nada.

—John, ¿qué estás pensando? —le pregunto, porque necesito saber.

—No lo sé —susurra—. Necesito mostrarte algo.

—¿Ahora? La revelación es en menos de una hora.

—Tenemos tiempo. Ven.

Alejándonos del brillo y el glamour, me lleva al sótano, por pasillos sinuosos y a una galería de arte, con el guardia sentado detrás de una ventana a un lado y grandes puertas dobles al otro.

—Espera aquí —dice, dejándome. Me pregunto en qué nueva parte secreta de su vida está a punto de dejarme entrar.

*John*

—Dennis —saludo al guardia en la sala de cámaras. —¿Cómo estás esta tarde?

—Bien, señor King, bien. ¿Está todo bien?

—Sí. Es una buena tarde. —Mis ojos vagan sobre la mayoría de las pantallas que muestran todos los acontecimientos en M&K, desde los bailarines en el salón Mercier, el camino de entrada, e incluso los borrachos que rebotan en los pasillos vacíos.

En la pequeña pantalla en la parte inferior, puedo ver a Winn parada justo donde la dejé, aplastando un insecto, ajustando su vestido y tocando todo lo que le dije que no hiciera.

—Voy a darle un tour a la señorita Mills.

—¿La lleva a la bóveda? —Dennis pregunta, sus cejas casi tocando su tupé. —Pensé que solo la familia estaba permitida.

No le contesto. Escribiendo los comandos para apagar cámaras específicas, ingreso mi código de seguridad que impediría que alguien más las vuelva a encender, incluido Dennis.

—Que tengas una buena noche, Dennis.

—Sí señor.

Winn salta ante el sonido de mis zapatos en los pisos de concreto. —Este lugar es un poco espeluznante, todo está demasiado tranquilo.

—Cualquier lugar que sea grande es espeluznante por la noche.

Apretando su mano, pisamos las alfombras de felpa de la galería. Le doy tiempo para que revise las muchas piezas que mi familia ha coleccionado a lo largo del tiempo.

—Guau. No sé nada de arte —se ríe. —¿Son famosos estos?

—Un poco —le digo, jalándola más allá del Renoir, y de un Monet. Hay algo más que tengo en mente para mostrarle esta noche.

Caminamos a través de puertas pesadas, hechas para parecer que son de madera, pero en realidad son de acero sólido, altamente aseguradas y pasamos un segundo conjunto, casi idénticas si no fuera por la almohadilla de seguridad ubicada a la derecha. Ingreso un código de seis dígitos antes de colocar mi ojo en el escáner de retina. Jonathan King aparece en el panel iluminado de color verde, y grandes engranajes se mueven dentro de la puerta de metal pesado.

Las luces se encienden automáticamente cuando entramos, iluminando los

cientos de cajas de vidrio. Winn se detiene en seco mientras lo toma todo, jadeando.

Con la boca abierta de asombro, camina más adentro. —John, esto... ¡esto es increíble! ¿Son todos tuyos?

—Es la colección privada de la familia King. —Las puertas se cierran detrás de mí y veo que sus ojos las miran con preocupación. —Son automáticas. Una medida de seguridad. Se pueden abrir fácilmente desde el interior, pero son imposibles desde el exterior.

A gusto ahora, ella comienza a ver detenidamente. Me quedo donde estoy, observando la fascinación en su rostro cuando ve las piezas caras. Los cristales se reflejan en sus ojos, haciéndolos lucir como diamantes marrones, raros y sin precio.

—Todos son tan hermosos. ¿Conoces todas sus historias?

Sería como un autor preguntarse sobre su historia, en lugar de su valor monetario. De pie junto a ella, abro la caja en la que está y saco un diamante impecable con forma de pera, dos quilates, engastado en oro y flanqueado por tres ópalos. —Este anillo le pertenecía a mi abuela. Fue hecho en 1930 por un joyero desconocido. —Winn toma el anillo con cuidado y lo mira con nostalgia. —¿Qué historia estás inventando en tu mente?

Arruga la nariz y se ríe. —¿Cómo supiste que estaba inventando una historia?

—Puedo verlo en tus ojos.

—Bueno, ya que lo preguntaste. No creo que el joyero fuera desconocido. Tal vez él era un amante secreto. Tal vez hizo este anillo para ella, y flanqueó el diamante con tres ópalos, uno por cada año que se habían amado ferozmente, pero que tenían que esconderse del mundo.

El cuento me hace reír, y quitándole el anillo, lo coloco en su estuche. —Bueno, es un poco exagerado considerando que mi abuelo lo hizo como un regalo de aniversario para ella. Simplemente no sabemos quién lo hizo.

—Oh. —Su cara hace juego con el rojo de su vestido por un momento. —Entonces, ¿qué más hay?

Continúo para mostrarle otras chucherías familiares junto con el primer diamante que yo mismo corte. —Ten en cuenta que solo tenía ocho años cuando mi papá me dejó cortar ese. Me dejó escoger la piedra, también.

—Ay, es... es... interesante. Me encanta. —Ambos nos reímos de la roca deformada. —No, en serio, creo que es genial. Deberías estar orgulloso. Eres increíble. —Hay sinceridad en su tono, y asiento con humilde aceptación.

Su cabeza gira ligeramente, y sé en el momento en que ve el verdadero tesoro de mi colección. —Guau. ¿Qué es eso? —Rodeando el alto estuche, se para ante él. Sus ojos están muy abiertos cuando el rojo se refleja en sus profundidades y puedo ver que la piedra la ha tocado de la misma manera que hizo conmigo.

—Eso es *La Chanson Rouge*.

—La Canción Roja —susurra en traducción.

—¿Sabes francés?

—*Un peu*. ¿De dónde viene?

—No lo sabemos con seguridad. A lo largo de los años, M&K ha utilizado varios productores de diamantes. Pero, esta belleza es anterior a la formación de M&K. Tal vez incluso antes de que se fundara Joyeros Mercier en los 1800s. —Abriendo el estuche, saco la piedra pesada y la admiro antes de entregársela. —¿Conoces la historia de Alberta Sandoré?

—Sí. Ella fue la fundadora.

—Pues, no siempre fue vista de esa manera, especialmente al principio. Las mujeres simplemente no eran capaces de manejar una compañía, es lo que decían. Cuando ella murió, todas sus posesiones que no se pasaron a la siguiente generación, se pusieron en almacenamiento. E allí estaba en un gran cofre, si puedes creerlo. No es una caja fuerte, ni nada seguro de ninguna manera. Sólo una gran caja.

—Hace unos cinco años, justo antes del inicio de la demencia de mi padre, pasamos por todo. Sabíamos que estaba enfermo y no queríamos dejar nada perdido. Años de historia familiar para resolver toman mucho tiempo. Pero lo hicimos. Encontramos esa caja y no creerás lo que encontramos allí. Diamantes, Winn. De todos los tamaños, con los que Alberta había practicado y cortado. Fallas en sus ojos, supongo, pero prueba de que ella había sido la verdadera diseñadora, la verdadera empresaria. En una pequeña bolsa, encontramos este diamante, pero no tenemos ninguna explicación de dónde proviene. Buscamos en todas partes, y aún no encontramos registros de un cristal de este tamaño que alguna vez haya sido excavado, vendido y desaparecido.

—¿Cuánto pesa?

—200 quilates.

Winn acerca la cabeza. —¿Tienes un diamante rojo de 200 quilates en tu colección privada? ¿Cómo no has vendido esto todavía? Valdría la pena, déjame ver, ni siquiera puedo pensar cuánto aportaría un diamante rojo.

¿20,000 dólares por quilate? Al menos eso lo pensaría.

—Míralo más de cerca, a la luz.

Sus manos tiemblan mientras lo sostiene. Un suspiro profundo se le escapa y ella me mira con ojos tristes. —Hay algo dentro.

—Carbono. Casi lo ejecuta en línea recta. Ha habido compradores. Muchos de ellos. El diamante podría cortarse en dos gemas más pequeñas que serían impecables.

—¿Por qué no? Esto habría dado el perfecto Sandoré. —Tomando el diamante de su mano, miro sus profundidades carmesíes. —Me recuerda a mí. Rojo e imperfecto. —Hace una broma, pero no me río. —¿Y tú qué ves? —pregunta.

—Perfección. Me he sentado durante horas con esta pieza, tratando de entenderla. Para ver los cortes que se deben hacer, pero no puedo. Cuando está en mis manos, la mente se me bloquea completamente. No puedo pensar.

—¿Qué pasa con las computadoras M&K? ¿No pueden trazar los mejores cortes?

—Pueden y lo han hecho. Daría dos grandes diamantes de 75 quilates, con tres más pequeños. Pero no puedo hacerlo.

—Es el diamante más hermoso que he visto, John. Todo esto —dice ella abriendo los brazos a la habitación. —Es todo tan grandioso, que me quita el aliento. Gracias por traerme aquí.

Poniendo la piedra en mi bolsillo, me vuelvo hacia ella y la acerco a mí. Varios rizos se han escapado de los confinados límites de su moño. Mis dedos sacan el peine con incrustaciones de diamantes que lo mantiene todo unido, y su cabello cae en una masa pesada alrededor de su cara y hombros.

—Me quitas el aliento, Winn. — Empujándola contra el cristal, me inclino para capturar sus labios en un lento beso.

Cuando me alejo, presiono mi frente contra la de ella y percibo su aroma embriagador. Mi cabeza gira cuando estoy tan cerca de ella y casi no puedo pensar en otra cosa que no sea su calor y mi necesidad desesperada de estar dentro de ella.

—¿Es esto lo que realmente querías mostrarme? —pregunta, riendo.

—Sí.

—¿Qué pasa con las cámaras?

—Todas están apagadas. —Le paso besos por la garganta y ella mueve la cabeza ligeramente para darme mejor acceso.

—¿Te dejan hacer eso? —Está sin aliento, igual que yo.



—Soy dueño de todo esto. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Hay un sofá de cuero negro en el centro de la habitación, y nos guío hacia él. No es una cama de diamantes, pero desde que leí la historia supe que la follaría en este lugar. Seré yo quien la vendará y la privación sensorial servirá para realzar el sentimiento de la pequeña bala de plata que traje para la ocasión.

—Date la vuelta —ordeno. Ella hace lo que le digo, su respiración dura. Con las puntas de mis dedos siento la suave curva de su espalda donde se ve expuesta por el vestido. —Tan suave.

Su cabeza se vuelve ligeramente hacia mí. —¿Qué estás haciendo?

—Sh. Sostén tu cabello. —Una vez más, ella hace lo que le digo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta una vez más.

—Te estoy quitando el vestido.

Los más pequeños de los botones mantiene el vestido unido, pero mis dedos grandes han sido afinados para trabajar con cosas pequeñas, y los deshago rápidamente. En el momento en que el cuello se abre, Winn se pone rígida. Nuestra intensa acumulación de tensión sexual se detiene repentinamente. Yo paro.

Su lenguaje corporal, su respiración y la forma en que cuelga su cabeza, todos me gritan que me detenga.

La confusión mezclada con la persistente bruma del deseo me dificulta formular una pregunta completa. —Winn?

Se vuelve hacia mí con torpeza en su rostro y al instante me arrepiento de no haberlo pensado antes. A diferencia de sus camisas que levanto sobre su cabeza, exponiéndola a mí, pero dejándole el cuello y el brazo cubiertos, este vestido tendría que quitarse por completo. —Lo siento. Yo...

—No lo digas. Es mi culpa. No pensé. Um, ¿por qué no vamos...?

—John. Déjame terminar.

—De acuerdo.

—Lo que iba a decir es que realmente quiero hacer esto. Dios hacerte mío en este lugar, es un sueño erótico hecho realidad. Pero no estoy cómoda.

¿Hacerme suyo? Confundido por eso, no respondo.

—Pero... —ella continúa. —Hay una forma. —Mordiéndolo su labio con diablura, camina hacia mí y da un jalón a mi corbata. —No tenemos que gastar un sofá de cuero perfecto debido a mi ligera inseguridad. —La corbata se deshace más rápido de lo que había hecho con sus botones, y me está diciendo que gire con un movimiento de su dedo.

Por qué hago lo que ella dice no lo sé, pero me gusta, y obedezco incapaz de detenerme. Podría ser que sigo tan duro como el acero y a mi polla no le importa una mierda cómo se libra, siempre que lo haga, y claramente ha tomado el control de mi mente.

Pasa la corbata sobre mis ojos, y me ciega a todo. Hay risitas detrás de mí, como una niña en una tienda de dulces a punto de salirse con la suya.

—Winn, esto no es lo que imaginé para esta noche.

—Oh, ¿habías imaginado esta noche? —Está frente a mí ahora, besando mi cuello mientras sus dedos se deslizan sobre mi pecho hasta mi pene. Salta de alegría en el momento que lo toca y me aclaro la garganta. Puedo sentir su sonrisa contra mi barbilla justo antes de que la muerda. —Dime, señor King, ¿qué te has imaginado?

Mi boca se seca cuando la oigo tartamudear con algo, luego el sonido distintivo del pesado vestido cayendo al suelo. ¡Eso! ¡Eso es lo que imaginé! Quiero decir. Solo yo sería quien se lo quitaría y lo vería caer de su cuerpo glorioso.

—Andamos con formalidades ahora, ¿señorita Mills?

Su boca está en la mía, el ángulo de su cabeza dejándome saber que se ha dejado los tacones puestos. Mis manos se hunden en su cabello mientras la pruebo, la inhalo. La necesidad se acumula hasta la desesperación otra vez, y rasgo las correas de su sostén, pero ella me empuja riéndose. Se está divirtiendo mucho con esto.

—Ahora, señor King, tu sabes mucho sobre mí. Como me siento —dice ella, colocando mi mano sobre su pecho desnudo, cálido y lleno. —La forma en que huelo. —Con sus dedos en mi cabello, me jala hacia su cuello donde deja que su aroma invada mi nariz, dulce y caliente al mismo tiempo. —Y conoces mi sabor. —Creo que me va a besar, déjame probarla, en lugar de eso toma mis dedos y los sumerge en la humedad entre sus piernas, dejándome saber lo que quiere decir. —Ahora es mi turno.

—Has lo que quieras, señorita Mills. —Con la necesidad de mantener cierta apariencia de control, le doy permiso, aunque la verdad ya no estoy tan seguro de que sea mío.

Sus manos están en mi cinturón y luego mi botón y la cremallera de mis pantalones de vestir. Los abre y caen al suelo. Sus manos bajan, apretando mi camisa mientras se arrodilla. Justo cuando estoy pensando que al menos no me hace arrodillarme, dice—. Levanta tu camisa y no la dejes ir. No la quiero en el camino.

—Algo mandona esta noche.

—Hazlo. —Por supuesto que lo hago, porque ella es Winn y tiene su cara a una pulgada de mi pene, que surge cuando baja mis boxers sobre él.

Puedo sentir su mirada en el como si ya lo estuviera tocando. —Señor King, tienes una polla muy hermosa.

—Gracias, señorita... —No puedo terminar porque en ese momento su lengua se mueve y toca la punta. Mi respiración se engancha en mi garganta y el mundo entero desaparece. Sólo está ella.

—Tan dulce. Dicen que se debe chupar como si fuera lo mejor que he tenido, y yo creo que lo podría ser —susurra contra mi pene y yo gimo. Entonces su boca está en mí, y siento cada centímetro de mí dentro de ella, la forma en que mueve su lengua sobre la vena gruesa y la parte inferior esponjosa de la cabeza.

Entra y sale, y estoy tan en el borde que estoy parado en los dedos de los pies. Quiero agarrar su cabeza, hundir mis dedos en su cabello y empujar mi polla hasta que explote y ella se trague todo de mí. Pero antes de que pueda terminar ese pensamiento, ella se aleja. Es francamente doloroso, y la cantidad de control que se requiere para no venirme de todos modos es una prueba de mis años de entrenamiento.

—No tan rápido, señor King. Tengo otros planes para ti. —Me entrega algo y, para mi horror, siento que es el pequeño vibrador que le había traído. —Aunque veo que también tenías planes para mí.

—Quería estar preparado.

—Siéntate. —Me empujar sin ceremonias al sofá y me monta a horcajadas un segundo después. Presiona sus pezones duros contra mis labios. —Abre la boca. —Cuando lo hago, ella desliza una dentro. —Chúpalos suavemente. Bien, señor King. —Las palabras me aturden momentáneamente. Pero es solo un momento.

Antes de que pueda ordenar otra cosa, la pongo de espaldas y me dedico a despojarme de mi camisa y chaqueta.

—John, ¿por qué no...? —La protesta se detiene en el momento en que mi boca está en sus pezones de nuevo. Si ella quiere que le chupen las tetas, estoy más que feliz de complacerla, en mis términos.

Mi lengua se mueve sobre un pequeño guijarro antes de morderlo. Un grito se le escapa y envuelve sus piernas alrededor de mi cintura. Tal como lo había imaginado, ella se retuerce debajo de mí, arañando cualquier cosa que pueda tener en sus manos. No hay nada más que calor húmedo contra mi polla,

y la reboto en su clítoris mientras me aseguro de chupar la parte inferior de su pecho.

—Mierda, John, por favor, jódeme.

—Paciencia. Quiero que me lo ruegues. —Le coloco los brazos por encima de su cabeza y la beso, humedeciendo mi pene en su raja, jugando con ella. Sus caderas bombean contra mi polla mientras trata de empalarse a sí misma. Riendo contra su boca, sacudo la cabeza.

—Por favor.

—Aún no. Quiero que lo digas en serio. —Beso mi camino por su cuerpo, por encima de su pecho y barriga, hasta alcanzar su coño. Mi boca se diluye al pensar en saborear la dulzura entre sus piernas, y no me decepciono cuando la lambo. Es más dulce que nunca, su aroma es más embriagador. Su clítoris se hincha contra mis labios y cuando lo chupo ella gime casi tan fuerte como yo. —Mierda, podría estar aquí todo el día.

Las piernas de Winn se aprietan alrededor de mi cabeza y levanta sus caderas hacia mi cara. Cuando pongo un dedo, ella se mueve más.

—John, no puedo soportarlo más. Follame. Por favor, por favor, jódeme.

Si no fuera porque mi polla está babeando por todo el lugar, prolongaría la tortura. Pero la verdad es que esto es una tortura para los dos. Entonces, me rindo, trepándola y entrando en ella con un empuje.

Se necesita todo lo que no tengo para no explotar. Casi me deshago cuando ella dice—. No allí. Aquí. —Tomando mi pene, ella lo saca y frota la cabeza contra algo mucho más apretado. De un lado a otro, ella frota, arrancando de la humedad aumentada de su coño.

—Winn —le digo con cautela.

—Sé que soy virgen allí, y quiero que seas el primero.

No me puedo mover. No puedo respirar. Todo lo que puedo hacer es sostenerme mientras ella continúa el movimiento de ida y vuelta. Y cuando ella comienza a presionar, la cabeza de mi pene se siente cerca de la combustión. Hay tanta presión, como si estuviera presionando contra una pared que lentamente cede. Luego, la hermeticidad se envuelve alrededor de la punta. Gimo mientras ella intenta una y otra vez para acomodarme allí.

El esfínter voluntario finalmente da y luego me presiona contra el segundo. Hay un pulso mientras se detiene y su ano se contrae a mi alrededor. Ella está tratando de pasar la picadura.

—Podemos detenernos en cualquier momento, Winn. Si duele, detente. —  
Le ofrezco a pesar de que puede matarme si lo hace.

—Sh. Quiero esto. —Unos cuantos empujones más y estoy adentro. Su respiración entrecortada y su leve llanto me hacen detenerme. Me quedo así, esperando su señal.

No hay palabras para describir cómo se siente el sexo anal. Es completamente diferente al sexo vaginal por muchas razones. El calor. La estrechez. El tabú.

He tenido sexo anal muchas veces. Siempre ha sido increíble. Pero ninguno se ha comparado con Winn. Estar dentro de ella así, en esta habitación, con un mayor sentido del tacto es más de lo que puedo manejar. Cualquier control que pueda haber recuperado cuando la puse de espaldas desaparece por completo.

—Por favor, Winn. No puedo parar. Por favor, déjame follarte.

Su ano se relaja y comienza a empujar sus caderas, dándome permiso. Empiezo con movimientos largos y lentos contra ella, luego, a medida que aumenta el calor y aumentan sus gemidos, comienzo a golpearla más fuerte y más rápido. Cuando ella jala de sus piernas hacia atrás para darme más acceso, pierdo los sentidos y suelto cada parte de mí en ella.

Con mis dedos, le traigo su propio orgasmo, solo entonces sacándome. El sonido de semen en cuero rico se registra en mis oídos solo un segundo antes de que caiga sobre su cuerpo desnudo.

—Guau. Acabas de follarme el culo en tu sala del tesoro.

Sonrío perezosamente y le doy una palmadita en el pecho. Puede que no haya sido una cama de diamantes, pero está lo suficientemente cerca. Con ese último pensamiento, me quedo dormido con mi traje sudoroso desaliñado y mis pantalones alrededor de mis tobillos.

## Capítulo 16

### El Buen Señor King Desenmascarado

*El señor King se escondía detrás de su máscara mientras su ama estaba delante de él. Había sido muy travieso, y no quería que ella viera la culpa en su rostro. Los ojos cubiertos le impidieron mirarla y la mordaza por dentro le impidió decir su verdad.*

*Pero su dueña lo conocía muy bien, y guiándolo al banco de nalgadas, lo hizo arrodillarse ante él. —Ahora, señor King, ¿podrías decirme dónde escondiste todas mis bragas?*

*Negando con la cabeza, se inclinó voluntariamente para recibir su castigo. La paleta de cuero rojo bajó con fuerza, golpeando sus nalgas una vez.*

*—Señor King, si no me lo dices, tendré que azotarte otra vez. —Una vez más ella lo hizo, y su culo se puso tan rojo como la paleta.*

*Cada vez que caía, lo empujaba más en el banco, creando una deliciosa fricción sobre su pene que aumentaba el placer sensorial.*

*Cuando su amante se dio cuenta de lo que buscaba su mascotita, supo que solo habría una forma de recuperar su ropa. Acercándose, ella lo apretó, frotando su polla hasta que, con un gruñido, él se vino en su mano.*

*Él se recostó sobre sus rodillas, y dejó que ella desabrochara la máscara y se la quitara. Finalmente, capaz de hablar, dijo—. Gracias, mi señora.*

*Ella negó con la cabeza, molesta o divertida, no lo sabía. —Ahora descubramos la verdad, señor King.*

## *Winnifred*

John está dormido. Siempre había oído que los hombres se desmayaban o querían comer justo después del sexo. Supongo que él es un durmiente.

La corbata todavía está envuelta alrededor de su cabeza. No hay manera de dejar pasar la oportunidad de mirarlo. Es tan guapo, tan increíblemente sexy. Casi demasiado

No me hago ilusiones de nada duradero. Si un supermodelo no puede sostener a un hombre como él, alguien como yo tiene aún menos posibilidades. Pero al menos por ahora, es mío.

Tener relaciones sexuales con él ha sido mejor de lo que jamás he soñado. Ciertamente, el hombre que había creado en mi mente no le llega ni a los tobillos al de verdad. Y él es real, en todos los sentidos. Es un hombre vivo, que respira, siente.

Ha estado dentro de mí en todas las formas que he querido. El pensamiento de todo lo que hemos hecho me hace sonreír. Hay muchos que quisieran estar donde estoy ahora, en sus rodillas mirando a este hermoso espécimen en una habitación llena de diamantes.

¿Había traído a alguien más aquí? ¿Soy la primera? Lo dudo. Aunque me encantaría ser algo tan especial para alguien, sé que en un universo tan grande como el suyo, no soy más que un poco de brillo en un cielo lleno de estrellas. Mientras que, para mí, él es...

Un suspiro de anhelo se me escapa y empujo ese pensamiento hacia el fondo de mi mente. Él se agita y yo extendiendo la mano para deshacer la corbata. Él me sonríe perezosamente. —Oye.

—Buenos días —bromeo.

John salta y se tropieza con los pantalones. —Mierda. ¡Me dormí toda la noche!

—No, no. Lo siento. Sólo dormiste unos cinco minutos.

Se pasa los dedos por el pelo. —Me asustaste.

Con solo un poco de arrepentimiento, digo—. Lo siento. No pude evitarlo.

—Deberíamos volver. —Parece quererse ir aún menos que yo.

—¿No podemos quedarnos aquí para siempre? —pregunto.

Sus brazos me envuelven y se inclina para besarme suavemente. —Deseo que pudiéramos. El diamante será presentado en veinte minutos.

—¿Podríamos ir a refrescarnos primero?

—Sí, creo que es probablemente una buena idea.

Después de reiniciar las cámaras de seguridad, nos lleva por el camino de regreso a su suite.

Mirándome por primera vez desde que salimos de la sala de diamantes, dejo escapar un grito. —¡John! Me veo horrible ¡Mírame! —No hay manera de ocultar la angustia de mi voz y mi rostro.

Miro su reflejo desnudo a través del espejo del baño, y él camina detrás de mí. Sus brazos me rodean por la cintura y me jala hacia atrás, plantando un dulce beso en mi cuello. —Creo que te ves como una mujer que acaba de ser completamente amada.

Riendo nerviosamente al sentir sus labios justo detrás de mi oreja, muevo mi trasero contra su pene. —He sido amada hasta el fondo. Pero siempre podría hacerlo de nuevo.

Él gime y me deja ir, saltando a la gran ducha tipo cueva. —Límpiate lo mejor que puedas.

—E, no sé si pueda. —Mi cabello se ha vuelto tan grande y creciendo a cada segundo, y dudo mucho que pueda volver a hacer el moño por mi cuenta. Mis labios aún se ven magullados por sus besos y mi piel tiene ese tono rosado revelador que permitirá que todos sepan exactamente lo que hemos estado haciendo. —Si mi sonrisa cursi no lo revela —le digo al espejo.

El teléfono de John comienza a zumbiar y está fuera de la ducha. Mira la pantalla y su rostro lo dice todo. Algo está mal. —Tengo que bajar las escaleras. El baño es tuyo. Envíame un mensaje cuando vayas a bajar. —Lo que haya sucedido lo tiene vestido con un traje nuevo y por la puerta en poco tiempo.

Por curiosidad, entro en su armario y veo que tiene aproximadamente cinco esmóquines negros idénticos. Pienso lo conveniente que fue eso. ¿Tiene que cambiárselos tan a menudo?

Apurándome a través del proceso de enjuagar y reparar, luego optando por dejar mi cabello hacia un lado con unos pocos pasadores, le mando un texto John que estoy en camino.

Kensley Hall es grande y los pasillos sinuosos me toman un rato para navegar. Pensando que debería tener mapas en intervalos ocasionales, vuelvo por un pasillo y me tropiezo a toda velocidad contra un cuerpo duro. Brazos masculinos se extienden para sostenerme firmemente. —¿Estás bien?

El sonido de la voz familiar, uno que había llegado hasta odiar después



de cuatro años de constantes reproches, hizo que mi cabeza se acelerara. — Brian?

Una risa sarcástica estalla de él y da un paso atrás. —¿Winnifred? — Ojos marrones me miran con mucho más aprecio de lo que nunca había visto en ellos. Me hace estremecer sentir su mirada en mí de esa manera. —Bien, bien. Mira lo que habías estado escondiendo todo este tiempo.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que te habían botado.

Las arrugas en la esquina de sus ojos se profundizan. —Y yo pensé que habías renunciado. —Llevándose la mano a la barbilla, dice—. Sí, recuerdo una carta de renuncia muy... explícita.

Explícita no es exactamente una palabra que usaría para eso, pero saber que la leyó es vergonzoso. Haciendo todo lo posible por no mostrar mi pena, digo—. Estoy aquí con John.

—Ah, así que ahora es John. Interesante.

—¿Cómo entraste?

—Fui invitado.

Si bien me cuesta creer que lo invitarán a la gala, no podría haber entrado sin una invitación.

—Tengo que volver a la fiesta. Deberías hacer lo mismo —le digo.

—Sí. Después de ti —indica con la mano.

Odiando la sensación de él a mi espalda, camino tan rápido como puedo con mis tacones altos.

Lo primero que noto cuando entro en el salón de baile es que la música se ha detenido. No hay nadie bailando. Nadie caminando o charlando. Todos están completamente callados, mirando en la misma dirección de la conmoción que ocurre en el centro de la habitación. La multitud se dispersa solo levemente mientras camino por ella, siguiendo los sonidos de la mujer que llora.

Cuando llego a la escena, me detengo y observo fascinada como todos los demás.

—Por favor, señora, venga con nosotros.

—¡No! ¡Aléjate de mí! —dice una mujer alta que se ve vagamente familiar con un vestido de satín azul. Ella es hermosa. Impecable, excepto por la máscara de pestañas en sus mejillas y sus sollozos con la boca abierta mientras señala a John. —¿Cómo puedes hacerme esto?

Todos nos dirigimos a John, que se ve tan paciente y genial. —Natasha,

¿por qué no tenemos esta conversación en mi estudio? —Él extiende su mano hacia ella, su rostro sin mostrar más que preocupación.

Todos los ojos de nuevo vuelven a ella. Natasha se aleja. —¿Por qué? Quiero que te vean por lo que eres. ¡Eres un puto sin corazón! Yo te amaba. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para estar contigo. Pero a ti nunca te importó. Follar es todo lo que querías. Bueno, ¿fui al menos una buena puta?

Algunos de los fotógrafos y reporteros en la sala finalmente recuerdan quiénes son, y comienzan a trabajar, capturando este momento tan especial.

—Natasha, te estás poniendo en vergüenza. —John les indica a los guardias que se alejen. —Ven conmigo y hablaremos de esto.

—Pfft. Nunca tuviste nada como yo. Nunca lo harás. —Se seca los ojos y camina hacia mí.

Su mirada enfurecida amenaza chamuscarme la piel. Ella se para delante de mí, queriendo mirarme en bajo e intimidarme, pero soy demasiado alta para eso y solo me hace reír. Supongo que no le agrada, porque lo siguiente que sé es que mi cara está completamente girada y después de que su mano hace contacto con mi mejilla.

La picadura de la bofetada me hace llorar al instante y automáticamente sobo la herida. Pero ella no ha terminado. En un ataque de rabia, levanta el otro brazo hacia mí. Sin pensarlo dos veces, una mano sale y la golpea en la cara, mientras que otra la agarra por las greñas y la arrastro al suelo.

Un jadeo colectivo suena detrás de mí cuando la pongo a horcajadas. No quiero lastimarla, pero si no le pongo el alto, ella continuará con su ataque. John me levanta cuando los guardias de seguridad la someten, y se la llevan gritando, los flashes de las cámaras capturando el espectáculo que es Natasha Chase en toda su gloria.

—¿Estás bien? —le pregunto, acariciando su cuerpo.

—¿Yo? Quería quitártela cuando la vi golpearte. Pero supongo que no necesitabas mi ayuda. —Me sonrío con orgullo.

—¡Gracias a Cat! No pensé que ninguna de sus lecciones se atascara. Ella trató de enseñarme a pelear, pero siempre ganaba ella —lo admito, riendo.

—Aparentemente, la invitación de Natasha nunca fue revocada.

—Se arrepentirá de esto mañana —le digo, todavía capaz de escucharla gritar.

—No lo hará. Ella no tiene sentido de la consecuencia.

Lo miro “¿Por qué está tan obsesionada contigo?”

—No lo sé. Solo estuve con ella una noche.

Una noche. Ese siempre había sido su estilo. Supongo que fue todo lo necesario para volverse adicta. En cierto modo, así es como se estaba comportando ella, como una adicta desesperada por su droga. ¿Sería yo también así, cuando él decidiera separarse de mí?

Sus ojos miran por encima de mi cabeza. —Ahí está ella. Tengo que ocuparme de algo.

—¿Qué? ¿Otro problema?

—Volveré en un rato. Necesito tener hablar con alguien. —Camina por mi lado hacia Diana, que se ve muy preocupada. Hablan entre sí, luego salen del salón de baile.

Media hora más tarde, todavía estoy de pie sola en una habitación llena de borrachos ricos, a ninguno de los cuales le importa que sea casi la medianoche. A mi si me importa. No solo estoy cansada, tengo los ojos secos y los bostezos incontrolables, sino que me preocupa que John se haya ido por tanto tiempo.

Probablemente no sea la cosa más inteligente que he hecho, es un hombre de negocios y todo este evento no es realmente MI negocio. Pero me muero por saber qué está pasando, y si soy sincera, quiero irme a la cama y el diamante aún no ha sido revelado.

Milagrosamente, encuentro su oficina. Tal vez son todos los gritos que vienen desde dentro los que me ayudaron a encontrarlo. Me quedo tan callada como puedo fuera de la puerta, escuchando.

—¿Y si ella hubiera venido con la intención de lastimar a alguien? Demonios, ¡si lo hizo! —John grita.

—Todo lo que realmente sucedió fue que Natasha se vio más estúpida de lo que las personas ya piensan que es —dice Diana.

—Ese no es el punto.

—¿Y qué entonces, estoy despedida porque olvidé esto? —pregunta ella.

—Te dije lo importante que era quitar a ciertas personas de la lista. Me dijiste que lo habías hecho.

—¿Estoy despedida o no?

Hay silencio por un momento y dejo de respirar por miedo a que me escuchen.

Finalmente, John dice—. Creo que ambos necesitamos calmarnos antes de tener esa conversación.

—Entonces, con su permiso, señor, me gustaría retirarme. —Su voz se rompe y realmente me siento mal por ella.

Una de las puertas del estudio se abre de repente y me hago la disimulada. No funciona. Diana sale con los ojos rojos y llorosos. No dice nada, pero puedo ver que tiene algo en su mente. Quizás se esté preguntando qué hará si pierde su trabajo muy bien pagado.

—¿Estás bien, Diana? —le pregunto, sabiendo que se oye estúpido.

Sus labios finos se estiran hacia arriba y me da escalofríos. —Lo estoy. Sé buena, señorita Mills —me dice Diana, dejándome confundida por el uso de palabras.

John sale momentos después para encontrarme de pie en el pasillo. —Estás aquí.

—Sí, te tomaste mucho tiempo y quería ver lo que estaba pasando.

—Nada que no podamos arreglar más tarde. Volvamos antes de que revelen el diamante sin mí.

De vuelta al salón de baile, todos esperan ansiosamente. La banda se detiene cuando John se acerca al micrófono en el escenario, viéndose completamente sin preocupación por todo el incidente. Se ve relajado y confiado, con la mano en el bolsillo, mientras se dirige a todos.

—Señoras y señores, primero, me gustaría darles las gracias a todos y cada uno de ustedes por el placer de su excelente compañía esta noche. Es con su continuo apoyo y amistad que la compañía Mercier y King ha llegado a donde está. Esta noche, celebramos a la mujer que comenzó todo en más de una forma.

—Alberta Sandoré era tan brillante como las joyas que saco de meras rocas. Sin ella, ninguno de nosotros estaríamos aquí ahora. Y así, es con gran honor que les digo, que, a partir de hoy, nuestra compañía se llamará Sandoré, Mercier y King.

La sala estalla en aplausos cuando quita la tela de terciopelo de un cartel grande al lado de John, revelando el nuevo logotipo de la compañía. Alberta sonrío a la multitud desde una fotografía en blanco y negro tomada en algún momento del siglo XIX. Era una mujer hermosa, carismática, con un brillo salvado en sus ojos.

Cuatro guardias de seguridad vestidos de esmoquin entran por las puertas principales, empujando un carrito dorado con una gran caja en la parte superior, también cubierta de terciopelo azul. Están de pie, uno en cada de las cuatro esquinas, con las manos juntas detrás de la espalda.

John retira el micrófono del soporte y camina casualmente hacia la caja mientras habla. —Las creaciones de Alberta se han visto en todo el mundo durante muchos años. Pero había un conjunto secreto de mapas que ella misma había planeado, que estaban ocultos hasta hace poco. Personalmente, y meticulosamente, elegí un diamante digno de su nombre para cortar la primera de estas creaciones. Sin más preámbulos, les doy el Sandoré.

De pie frente a la caja, levanta el terciopelo para revelar el contenido. Yo, junto con todos los demás, gritamos en unísono.

—¿Dónde está el diamante? —John ruge.

Todos miran alrededor confundidos, murmurando el uno al otro. Quiero ir hacia él, pero los guardias de repente entran en acción, sellando las puertas y sacando a John de la habitación mientras habla por teléfono.

Estoy atrapada por el caos mientras todos cuestionan lo que pasó. Los reporteros se congregan en las puertas, entrevistando a cualquiera que se encuentre dentro del rango de audición.

Me meten un micrófono en la cara cuando uno de ellos me reconoce como la cita de John. —¿Tienes alguna idea de lo que ha pasado? ¿Hubo alguna amenaza al diamante? ¿Cuál es su nombre completo?

Los otros reporteros, después de haber captado el olor, también corren hacia mí y me bombardearon con preguntas y luces intermitentes.

—Yo... he —miro alrededor desesperada por una salida.

Su mano rodea mi muñeca y me jalan con fuerza hacia las puertas donde la seguridad está dando palmaditas a todos y escoltándolos. No es hasta que estoy fuera que me doy cuenta de que es Ethan, el mayordomo. —El señor King me envió para asegurarme de que regresara a su habitación, bien.

—Sí, gracias. —Después de que me dan la autorización para irme, él me acompaña hasta la habitación de John.

—Creo que va a ser un rato.

—Sí, eso creo. ¿Han dicho algo? —le pregunto al joven.

—No a mí. Está con la policía ahora.

—Bueno. Gracias, Ethan.

Quince minutos después le envié un mensaje a John. Sé que está ocupado, pero necesito que sepa que estoy aquí para él. Que estoy pensando en él. Siento su ansiedad y su agonía.

Dejo mi teléfono a un lado y me preparo para irme a la cama. Me duelen los pies y la espalda por la tortura de tres pulgadas. El vestido elegante cae a mis pies. Es la cosa más hermosa que he usado. Nunca me he sentido más sexy,

más confiada. Y todo es por John.

Hay una bata mullida que me han dejado al pie de la cama. Cuando voy a ponérmela, veo mi brazo derecho. Sería tan fácil dejarlo ir con él. Para no tener miedo. Algo dentro de mí, tal vez es mi corazón, me dice que deje la bata fuera. Debería dejar que me encuentre desnuda.

John entiende que se trata de lo que quiero, y no me ha empujado ni una vez a mostrarle lo que simplemente no quiero. Si en algún momento tengo ganas de quitarme la bata, lo haré. Por ahora, pongo el material acogedor sobre mis hombros.

Son las dos y media cuando me meto entre las sábanas. Todavía no hay noticias de él. Por un segundo considero ir a buscarlo, pero decido ver algún show hasta que John regrese.

Las noticias del diamante perdido ya se repiten y se emiten en todos los canales. Apago la televisión porque todo lo que hace es preocuparme aún más por él. ¿Quién podría haber hecho esto? ¿Y cómo? ¡Literalmente bajo su nariz!

Abro mi teléfono. Mi buzón está lleno de basura. Mientras borro los anuncios de agrandamiento del pene, (¿para qué diablos me inscribí que creen que necesito eso?) recibo un nuevo mensaje de Dianabruno.

Hago clic en él.

*Para: Winnefredanne*

*De: dianabruno*

*Cc: mkdistrit, mkservicedept, mkterritories, mkgroupinc, mkallassociate*

*Asunto: Crata de Regisnacion*

-----

*Para: dianabruno.*

*De: briancampbell*

*Asunto: Crata de Regisnacion*

-----

*Para: Brian Campbell*

*De: Winnifred Mills*

*CC: Jonathan M King*

*BCC:*

*Asunto: Crata de Regisnacion*

*Entonces... no creo que esto funcione para mí. ¡Pedorrarme! Brian eres*

*un gilipollas. ¡Ve a chupar una declaración!*  
*Leeee la carta qje pege.*

Está bien, creo. Acaba de enviar mi carta de renuncia a toda la compañía. Si tuviera que adivinar, incluso el personal de limpieza recibió una copia. Vergonzoso, pero sin sentido. ¿Verdad? Aunque ella no lo hubiera enviado si no hubiera algo que ver.

Veo la carta que había adjuntado, y hago clic en ella.

El Buen Señor King. Las palabras se destacan, negro sobre blanco.

—¡Oh Dios mío, oh Dios mío! —le grito al teléfono. —¡No, no, no, no!

¿Cómo pasó esto? Corro hacia mi bolso y saco mi laptop de ahí. Lleva una eternidad arrancar, y casi me arañó la cara por la espera. Cuando finalmente aparece, hago clic en el documento de Word que todavía está guardado en mi escritorio como Renonco. Lo primero que surge son las palabras El Buen Señor King. —¡No!

En mi estado de borracha debo haberlo guardado con el nombre equivocado.

Mi mente da vueltas cuando pienso en qué hacer. ¿Qué significa esto? John no me ha dicho nada. ¿Lo leyó? Si, lo hizo. Me dijo que había leído la carta de renuncia, pero que no era un libro. ¡El libro! ¿Qué había pensado él? ¿Se había enfadado?

¡Me siento enferma, confundida, horrorizada!

Antes de que tenga tiempo de vomitar o morir, John entra cansado, quitándose los zapatos y arrojando su chaqueta a la silla del rincón. —No creo que esta noche pueda empeorar. Todavía hay investigadores vagando por la casa. Me dieron un descanso y quise venir a decirte buenas noches.

—¿Buenas noches? —repito.

Se acerca a mi lado de la cama y se sienta junto a mí. —¿Te bañaste? — Me muevo lejos cuando trata de apoyarse en mí. Sus cejas se juntan mientras me mira perplejo. —¿Qué pasa?

Apenas puedo mirarlo a los ojos, pero lo hago. Un desglose es eminente, solo espero que no sea ahora. —Diana me envió una copia de la carta de renuncia que te di.

La única cosa que delata sus emociones es el ensanchamiento de los ojos y la quema de sus fosas nasales. Pero incluso eso se pone bajo control en cuestión de momentos.

—¿No vas a decir algo? —pregunto, poniendo el teléfono en su cara con

la carta abierta.

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé. Tal vez, ¿cómo te sientes al respecto? —Hay tanta sangre corriendo a mi cara que creo que podría derretirse.

De repente, la fachada se desvanece y me dice exactamente lo que está pensando, como si no pudiera leerlo en toda su cara. —¿Qué demonios debería sentir, Winn? Las cosas que escribiste... ¡Las cosas que me hiciste hacer!

Me limpio las mejillas y me doy cuenta de que estoy llorando. —Lo siento, John —de alguna manera sale de mi boca. —No es lo que parece.

—¿Y Diana como los leyó? ¡Cómo demonios consiguió una copia de eso! —exige.

—Brian Campbell se lo envió.

—Brian Campbell?

—Creo que lo envió a toda la compañía —le digo en voz baja. Estoy tan avergonzada.

—¡Mierda! —Se pone de pie y se pasa las manos por el pelo. —Así que ahora todos saben lo que me hiciste hacer.

—¡Lo siento! Nunca quise esto. No estaba destinado a nadie más. —Le suplico que lo entienda. ¡Esto fue solo para mis ojos! Nunca fue hecho para todos.

—Así que someterme fue solo para tu placer enfermizo —escupe.

—¡No! Eran historias románticas que me imaginaba porque realmente me gustabas...

—¿Románticas? Al diablo con romántico. ¡Me hiciste inclinar sobre una mesa con mi trasero fuera y me batiste!

—¡No era real! —Dios, tan enojado como parece, pensaría que realmente hice algo de eso. E incluso si lo hubiera hecho, nada de lo que escribí fue degradante. Al menos no en mis ojos. ¡Era sobre un hombre que quería a su ama y ella lo adoraba!

—¿Y qué hay de ponerme de rodillas, como una mascota, cumpliendo tus órdenes? ¿Es así como me imaginabas? ¿Te da algún tipo de felicidad para verme arrastrado?

—¡No se trata de eso! Nunca fue sobre eso.

—Entonces, ¿de qué se trataba, Winn, porque por mi vida no puedo entender qué tipo de mente sale con esa mierda.

Está jadeando de furia e indignación, y yo estoy sollozando, literalmente



lista para arrodillarme y rogarle que me perdone por lastimarlo, cuando un pensamiento repentino, algo más horrible que haberle enviado mi libro, me golpea. —¿Fuiste a Florida por mí? Oh Dios mío, ¿planeaste vengarte de alguna manera?

El silencio a menudo habla más fuerte que las palabras, y el suyo prácticamente me grita la verdad. En mi mente, hojeo las páginas de mi libro, repasando cada historia y correlacionándolas con los últimos meses con John. No fue todo un partido perfecto, pero ciertamente hubo intentos de hacerlo. La escena del coche, la suite. La cama de diamantes, completa con vibrador para el culo.

—Nunca me arrodillaría ante nadie, ¿entiendes? —dice con los dientes apretados.

Sintiéndome tan enojada como él, si no más, camino hacia él, hasta que puedo sentir el calor de su aliento en mi cara. Lo miro a los ojos con un tono que espero que ahogue el sonido de mi corazón destrozándose. —En este punto, señor King, creo que nos entendemos claramente.

## *John*

—Señor King?

—¿Qué? —le digo. Ethan se para ante el escritorio. —Bueno, no te quedes ahí parado. ¿Qué es?

El joven se estremece, y aunque lamento la forma en que he hablado con él, y a todo aquel que se atreve a venir a cinco pies de mí, no me disculpo. Estoy demasiado enojado.

—Es en lo que respecta a la señorita Mills.

—¿Que hay de ella?

—Dijo que quería saber dónde está. Está en JFK, lista para abordar el tecolote de regreso a Florida.

Pasando mi dedo sobre el borde de un vaso de whisky Hatchet, le hago un gesto de despedida. No bebo, pero la tentación de hacerlo esta noche, de ahogarme en ello junto con mi propia autocompasión es grande. Ha sido un día de infierno, mucho peor que el fracaso que fue la gala de anoche.

Todo el día estuve atascado en el estudio mientras los detectives me interrogaban a mí y a todo mi personal, recorrían la casa con un peine de dientes finos, analizaban cada llamada, cada correo electrónico. En este punto, creo que saben de qué color cago.

No había nada. Absolutamente nada. Ella había cubierto sus huellas extremadamente bien. Y la dejé, me reprendo a mí mismo pensando en cómo pudo controlar la investigación. Por supuesto que ella no había encontrado nada.

Se había salido con la suya. Eso fue hasta que un momento de ira la hizo tomar una mala decisión. El correo electrónico que envió a toda la compañía dio a conocer sus lazos con Brian Campbell.

Diana. La mujer que había tenido acceso a todo, trató de quitarme todo. No solo había contratado a los guardias, sino que había hecho un trato con ellos para robar el Sandoré.

Sin el conocimiento de nadie, ella estaba saliendo con esa rata Brian. Se conocieron el año pasado en un bar al otro lado de la calle. De alguna manera, había seducido a la mujer mayor, aunque antes de ahora yo había pensado que se merecía mucho mejor. Cuando lo despedimos y lo pusieron bajo investigación, los dos formularon un plan no solo para robar, sino para arruinar mi reputación en el proceso.

Dennis fue encontrado inconsciente en el piso, las puertas de mi bóveda personal abiertas. Habían entrado a tomar el diamante rojo. A pesar de que los diamantes azules Sandoré que ya se habían robado valían más que cualquier otro diamante, esa piedra roja solamente hubiera cubierto su viaje a México y les hubiera permitido vivir en lujo por mucho tiempo.

Pero las cosas no funcionaron para ellos al final. Yo tenía el diamante en el bolsillo. Tres horas después de su escape, y gracias a su correo electrónico malicioso, Diana y Brian fueron detenidos abordando mi avión.

Recibí la llamada después de que los esposaran.

—¡John! ¡Por favor, no dejes que me hagan esto! —la oí gritar a través del teléfono. —¡Déjenme ir!

Fue una pérdida difícil de tragar. Diana había sido mi asesora de confianza. Mi mano derecha. Estuvo conmigo tanto tiempo que le había dado acceso a prácticamente todo. Mi correo electrónico por otro lado, ese había sido privado. Creo que al final ella no tuvo necesidad de acceder a él para llegar a una de las armas más perjudiciales en su arsenal.

A pesar de todo lo que ha salido mal, lo único que me ha puesto de mal humor es el hecho de que Winnifred no ha llamado. Durante un día entero la he buscado, me he vuelto casi loco por la preocupación.

Anoche, después de nuestra pelea, empacó todo justo delante de mí. La miré fijamente mientras lo hacía, observé cómo se ponía las gafas en la cara cada vez que se caían y luego metía más cosas en una bolsa demasiado llena.

Cuando tomó un vestido y se dio cuenta de que era el que yo le regale, se me acercó y me lo arrojó a la cara. —Gracias por hacerme sentir especial. Todo este tiempo me pregunté por qué yo. Supongo que ahora lo sé. — Lágrimas brotaron de sus ojos bordeados de rojo, pero ella no las limpió, eligiendo dejarlas fluir libremente.

La rabia que sentí por dentro me impidió hablar, de decirle que se quedara hasta que ambos nos calmáramos lo suficiente como para discutir esto. Negándose a aceptar un viaje, llamó a un Uber y se marchó. En el momento en que se fue me arrepentí. ¿A dónde iba a esas horas? ¿Estaría a salvo?

Mi teléfono suena y respondo, preguntándome si es ella. Cuando escucho la voz de Andrew quiero gritar.

—¿Qué es? —Si grito.

—John, ¿vendrás a la oficina hoy?

—No lo sé —gruño.

—El grupo está aquí. Tienen una reunión en una hora.

Mi mano aprieta los lados del celular. Quiero romper la puta cosa. —  
Supongo que leyeron las historias de Winn.

—Lo supones bien. Están hablando un paso hacia abajo —me informa.

—¿Bajar de puesto? ¿Para qué? Yo no escribí ese libro.

—No, pero la contrataste después. Están cuestionando tu ética.

—Mierda! —digo limpiando mi cara. —La contraté como mi asistente personal. No tenía nada que ver con M&K.

—Bueno, entonces será mejor que traigas tu trasero aquí y se los expliques.

—No. A la mierda. Los cabrones me quieren fuera, entonces les doy lo que quieren.

—John, ¿qué vas a hacer? —El miedo en su voz es evidente.

—Vender.

—Vas en serio.

—Sí. Diles que anunciaré la venta de mis acciones mañana. ¡A mitad de precio! —cuelgo el teléfono.

Al cabo de dos minutos recibo una videollamada con todo el grupo. —  
¡John, arruinarás la compañía!

—Es mi empresa para arruinar si quiero. ¿Cuándo demonios se hicieron la idea de que tenían control? —les pregunto. —No son dueños de M&K, yo lo soy.

—John, John —dice Graham, sus ojos llenos de susto se ensanchan a lo máximo. —Nos estamos adelantando. Solo queríamos frenar algo de la prensa negativa. Pero nadie ha pedido tu renuncia. Estamos detrás de ti al cien por ciento. —Todos en la sala asienten con la cabeza. —¿Por qué no te tomas unos días de descanso? Hablaremos cuando regreses.

Porque sé que estoy en un punto de ebullición, y cualquier cosa me hará estallar, lo dejo. No tiene nada que ver con la compañía, o el robo, y todo que ver con una pelirroja ardiente que me ha quitado más de lo que Diana podría haber tenido. Me ha quitado mi sentido de control, mi dignidad y algo más sobre lo que no puedo poner un nombre. Aún no.

—¡Maldita Winn! —grito, tomando mi bebida y lanzándola a través de la habitación.

## Capítulo 17

### El Buen Señor King Aprende Una Lección

—Estos son los labios, y esta pequeña cosa aquí, entre ellos, es el clítoris. Me gusta que me besen los dos. Los dientes pueden usarse en estas áreas aquí, pero deben evitarse a toda costa aquí. Hay una pequeña área dentro de mi vagina, donde quiero que pongas tus dedos... Señor King, no estás escuchando.

—Por favor, perdóname, mi señora. Estaba distraído.

—¿Por qué?

La miró con una falda apretada, tacones de charol rojo y nada más. Una corbata blanca colgaba entre sus pechos rosados, y su cabello rojo se extendía sobre los hombros cremosos. Quitándose las gafas de la nariz, ella lo miró expectante.

—Ama, tal vez sea necesario tener más manos en la lección.

Con una sonrisa tirando de sus labios, ella caminó por su escritorio, arrastrando dedos delgados sobre la superficie. —Muy bien. No quiero que mi alumno se quede atrás, después de todo.

Se empujó entre él y el escritorio, obligando a su silla a retroceder un poco. Poniendo un pie a cada lado de él, abrió las piernas, exponiéndose a él. La regla que había usado en el diagrama todavía en su mano, comenzó la lección una vez más.

—Estos son los labios, y esta pequeña cosa aquí es el clítoris. —El señor King se inclinó para mirar más de cerca. Y cuando ella dijo—. Me gustan los besos ahí —él lo hizo, tentativamente mordiéndole los labios, y luego pasó la punta de su lengua con suavidad sobre su clítoris, tal y como ella había instruido.

La cabeza de su ama cayó hacia atrás. —Bien, señor King. Ya sabes cómo. Pero continuemos, siempre hay más que aprender.

## *Winnifred*

—Winn, bebé. Por favor, ven a comer algo.

Me doy vuelta al oír la voz de mi madre. —Déjame dormir, mami. Déjame dormir.

—¿Wieners? —La voz ronca de Cat me despierta un poco más tarde.

Me dirijo a ella solo un momento antes de volverme atrás y enterrar mi cara en la almohada.

—Ya está. ¡Voy a patearle el culo!

Agarrándola antes de que se vaya, me las arreglo para arrastrarla de vuelta a la cama. Está tan enojada que está temblando, y eso me hace olvidar mi propia ira por un momento.

—No, Cat. No es así.

—¿No es como qué? La tía Jacks me llama y me dice que no puede sacarte de la cama y que no quieres comer. ¡Y llego aquí para encontrar que es verdad! ¡Mírate, Winn! Pareces una mierda absoluta, y tengo una idea de que tiene algo que ver con ese hombre John.

Suspirando, me siento. —Está bien, si es algo así.

—¡Uf! —Cat hace un gran esfuerzo para abanicar su cara. —Y tu aliento! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te cepillaste los dientes?

—No importa, nadie me está oliendo.

—Bueno, te estoy oliendo yo. —Enciende la lámpara de mi mesita de noche y me cubro la cara con el brazo. —¿Qué eres, una maldita vampira? O ha pasado tanto tiempo desde que viste la luz. ¿Qué hizo el idiota que te tiene en este estado?

Dejando caer mi brazo, la miro con los ojos entrecerrados. —No es toda culpa suya.

—Nunca es TODA su culpa. Solo quiero saber cuánto de eso ES.

Hay tanta presión en mi pecho que no puedo evitar suspirar de nuevo, tratando desesperadamente de aliviar el dolor. Sus ojos se suavizan y envuelve su brazo alrededor de mi hombro, acercándose a ella. Frota mi brazo de esa manera que hacen las madres cuando quieren consolarte. —¿Que está pasando? Todas estamos muy preocupadas. Tu madre está ahí fuera tomando café.

—¿Café? Eso es malo.

—Si. Sé que es difícil decirle a tu madre ciertas cosas. ¿Pero puedes

hablar conmigo?

Mis manos vuelan a mi cara y empiezo a llorar incontrolablemente. Necesito tan desesperadamente hablar con alguien que estallo. —¡Escribí una porno!

Su mano detiene su movimiento reconfortante y me aleja para mirar mi cara llorosa. Tiene una sonrisa tan cursi en la suya que casi me arrepiento de haber dicho algo.

—¿Puedo leerlo?

—¡No! —La empujo lejos. —Cat, esto es serio.

—Está bien, ¿estás molesta porque escribiste algo de porno? Demonios, no hay nada de qué molestarse. Yo miro porno todo el tiempo.

—No estoy molesta porque escribí porno. Estoy molesta porque John lo leyó. —Ni siquiera digo nada de que todo M&K lo haya leído también.

—Oh. Bueno... me imagino que le ha de haber gustado.

—Fue un montón de historias cortas sobre John —lo admito.

—Aun mejor.

—Las escribí antes de conocerlo.

—No veo nada malo en eso —dice, con los labios apretados hacia abajo.

—Estaba en algún tipo de papel sumiso en cada una de ellas.

Cat se aleja un poco más, finalmente sorprendida por mis acciones. —  
Como en BDSM?

—Algunas —digo, y luego corrijo a—. Está bien, todas.

—Pues, todos tenemos derechos a nuestras fantasías.

—Y se las envié por correo electrónico en lugar de mi carta de renuncia.

Ella acaricia mis brazos. —Estoy segura de que se masturbo algunas cuantas veces leyéndolas.

—Cat, no lo entiendes!

—En realidad, lo entiendo muy bien. Está molesto porque lo pusiste en un papel sumiso cuando está acostumbrado a ser una figura dominante en todo lo que hace.

—Bueno, sí. — Está bien, así que entiende.

—Lo entiendo. Como figura dominante yo misma —dice ella, poniéndose la mano en el pecho—. No me gustaría someterme a nadie.

—Uh. De acuerdo, ¿estás de mi lado o de él?

—Oh, lo siento. Tuyo, por supuesto. Siempre tuyo.

—Creo que vino a Florida para demostrar un punto. Tal vez incluso para vengarse de mí. Cuanto más lo he pensado, más puedo ver dónde usó mis

historias en mi contra. Y no se callaba sobre las nalgadas, parece que es lo que más le molestaba.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, estaban los brazos detrás de mi espalda. Y el coche, aunque eso fue un gran fracaso para él. Luego el sexo ana... uh, el sexo en la bóveda de diamantes. Quiero decir, no era una cama hecha de diamantes, pero, aun así.

—¿Te dio nalgadas? —pregunta ella.

—No. —Aunque no sé si cuentan las nalgaditas en el avión.

—¿Te lastimó de alguna manera?

—No —repito.

—Bueno. Entonces, ¿cómo se vengó?

—Um. —Casi no quiero decirlo, pero lo hago. —Me folló en todas partes.

Cat y yo nos miramos la una a la otra mientras ella piensa en una respuesta a eso. Luego silba, levantando sus cejas en falso asombro. —Suenan horrible.

—¡Cat!

—No, de veras. Si no te gustó...

—Me gustó. Pero no se trata de eso. —Me pellizco el puente de la nariz con el pulgar y el índice y respiro profundamente. —Me estas confundiendo.

—Mira, así es como lo veo. Tu escribiste algunas historias traviesas, él las leyó, corrió hacia acá para encontrarse con la autora. ¿Creo que debería haber sido honesto desde el principio? Claro que sí. Pero también creo que hay más que solo venganza. Si eso es todo lo que quería de ti, lo habría obtenido desde el principio y se habría ido. Pero hasta todo el incidente de Nueva York no parecía ir a ninguna parte. Quiero decir, él había estado contigo por varias semanas. Por lo que se de él, lo más largo que había salido con alguien fue un día y medio, e incluso entonces, les dijo que no iba a ser más que diversión sexual. ¿Alguna vez te dijo eso a ti?

Mi mente repite todas las conversaciones que he tenido con John en cuestión de segundos. —No.

Con los ojos entrecerrados, la miro con suspicacia. —¿Por qué de repente eres tan pro-John? Pensé que querías patearle el trasero.

—Oh, todavía puedo si quieres que lo haga. Pero en vez prefiero verte feliz. ¿Te hizo feliz?

—Ya no lo sé. Esta no es una manera de comenzar una relación. Deberías haberlo visto, Cat. Fue como si lo humillé escribiendo lo que hice. Era como



si sintiera que quería ser dueña de él y ponerlo de rodillas. Nunca se trató eso. Él no confía en mí. No confía en que lo respeto y prácticamente lo he adorado desde el momento en que lo vi. Y yo... no puedo confiar en alguien que no confía en mí. Tiene que ir en ambos sentidos.

Cat frota mi brazo con simpatía. —Sheridan y yo vamos a salir esta noche a tomar algo. ¿Por qué no vienes con nosotras? Te distraerá.

—No gracias. Preferiría sentarme aquí y deprimirme más. Además, pensé que no tomabas.

—Yo no, pero Sheridan lo hace. Está teniendo una crisis de la mediana edad.

—Suena divertido. Tomate un vaso de agua por mí. —Forzó una sonrisa.

—Está bien, pero antes de irme, te vas a bañar, deshacerte de ese aliento tan horroroso y vas a comer.

—No tengo apetito —me quejo.

—Te va a dar hambre cuando veas lo que te espera en la cocina.

Me aviento a la cama y me tiro las mantas. —De ninguna manera. Déjame aquí hasta que me pudra.

Me arranca las cobijas y me arrastra sin ceremonias al baño. Cat empieza a quitarme la ropa, pero me las arreglo para espantarla. —Bien, bien. Yo me baño.

Cuando salgo, el olor a pizza llena el aire de la cocina.

—¡Mira lo que Cat nos consiguió! —Mi madre se acerca a mí. Se ve preocupada y un poco mayor y me siento muy mal por lo que le he hecho pasar. —Tú quieres algo, ¿no es así, bebé?

Dándole una leve sonrisa, tomo el trozo que me ofreció y le digo—. Sí, mami. Se ve muy rica.

Tengo que admitir que la ducha forzada y la comida elevan mi espíritu, pero solo un poco. Las palabras de John están en juego continuo, y no puedo dejar de escucharlo.

Le extraño. Su toque. Su olor. Quiero enojarme con él por lo que hizo, pero no puedo. Estoy enojada con mí misma por haber hecho algo que le hizo creer que lo veo como algo menos de lo que es. Y para mí lo es todo.

Mi garganta se me cierra de repente, y no puedo tragar otro bocado.

—Discúlpenme —les digo, y dejo que Cat y mi mamá mirando tras de mí.

Las lágrimas queman mis ojos y ruedan por mis mejillas, acumulándose en el fondo de mis lentes. Quiero tirarme en la cama y no levantarme nunca. Hay un dolor en mi corazón que amenaza con deshacerme por completo, que

me roba el aliento, la esperanza, la voluntad de vivir.

La oscuridad me consume. Necesito una liberación antes de que me devore completamente el vacío que ha dejado. John.

Sentada en mi escritorio, abro la computadora portátil y empiezo a escribir, vertiendo mi dolor en una historia sobre el rey de diamantes y la mujer que lo escribió a la sumisión. Sin darse cuenta él había venido a reclamar su corazón como venganza, hasta que fue demasiado tarde. Escribo hasta que me duelen las manos y mis dedos se sienten magullados. La historia completa está ahí, pero no puedo escribir el último capítulo.

Supongo que incluso en papel, no quiero que nuestro cuento se acabe.

## John

El mundo se mueve a mi alrededor en un borrón. La gente va y viene, me dice cosas que no entiendo, mirándose más como títeres mudos. Alguien me trae un sándwich. Esta en un plato de papel en mi escritorio hasta que el pan se vuelve tan empapado que comienza a desintegrarse. Lo veo con una fascinación estúpida hasta que también se ha ido.

—Vete a casa. —Levanto la vista para ver a Andrew, preocupado, hablándome.

—¿Qué?

—Estás bajando la moral. Vete a casa.

Con los dedos tocando la parte superior del cristal de mi escritorio, digo —. Tengo mucho que hacer aquí. Si les hace daño a todos a verme, díles que son bienvenidos a irse a casa.

John, has estado aquí diez horas. Quizás más. Nombra una cosa que hayas hecho, aparte de mirar hacia el espacio, pensando en ella.

No digo nada porque no puedo pensar en nada de lo que he hecho. De hecho, no recuerdo haber dejado mi silla todo el día. Me limpio la cara con las manos y digo—. ¿Todos lo saben?

—¿Que una chica te escribió en un libro sucio? Sí, creo que es seguro decir que todos saben. Incluso los que no lo abrieron antes de que se retrajera lo han leído.

—¿Y tú?

—¿Realmente quieres que yo responda eso? —pregunta, con una sonrisa burlona en su rostro.

—No. —Prefiero fingir que nunca sucedió.

—Esto realmente te afectó, ¿eh? Nunca te había visto tan molesto por nadie.

—No me molesto por nadie.

Su rostro se suaviza y rodea el escritorio para darme una palmadita en la espalda, como si fuera una especie de niño que no puede aceptar que está perdido. —Mira, hemos pasado la revelación. Estamos lentos. No hay nada apremiante. Tómame unos días para ti, para poner tus pensamientos en orden. Darte un baño.

No me queda ninguna pelea, y al final Andrew tiene razón. Ando como una mierda de todos modos. —Vaya.

—Bien —dice, empacando mi maletín por mí.

Me quito la chaqueta el momento en que entro a mi casa. Me siento lentamente en mi silla de cuero y apoyo mis pies en el escritorio, mirando por la ventana. Es un día triste. Oscuro y gris, como mi estado de ánimo.

Las imágenes de los últimos meses se repiten en mi mente, palabras habladas con honestidad, otras no. Lo analizo todo, buscando una respuesta a una pregunta que todavía no puedo entender.

¿Qué he perdido?

Sí, esa es la pregunta. Porque siento que he perdido algo, pero no sé exactamente qué. Lo que sí sé es que sea lo que sea, ha dejado un vacío dentro de mí. Estoy hueco. Tal vez siempre lo he sido, y no es hasta ahora que me he dado cuenta.

Entonces, ¿qué perdí?

Por el rabillo del ojo veo el libro que había colocado en mi estante hace unas semanas cuando regresé de la misión para dominar.

Esas malditas historias en ese maldito libro son las que comenzaron todo esto. Ella no sabía nada de BDSM, pero de alguna manera fue capaz de agitar algo dentro de mí, mucho más que lo que sentía en los clubes secretos del inframundo de París.

Sacando el libro, empiezo a hojearlo una vez más. —Dominar el Arte de Ser Un Buen Dominante. —Lo dejo de lado. Tal vez debería enviárselo a Winn. Al menos entonces ella puede cambiar sus historias para ser un poco más amable conmigo.

Me viene a la mente y sin nada que me distraiga de una cara tan perfecta que incluso los anteojos gigantes no pueden ocultarlo, camino hacia la caja fuerte detrás del gabinete de licores. Desde dentro saco el diamante rojo que había traído esa noche y lo llevo de vuelta al escritorio. Debajo de la lámpara de bronce examino la piedra que me ha fascinado tan intensamente, girándola una y otra vez en mi mano, dejando que la luz rebote en sus facetas naturales.

Es perfecto en todos los sentidos. El peso, el color. Pero me confunde. Si no fuera por esa mancha negra de carbono...

Poniéndolo en el bolsillo, me dirijo arriba para ver a mi padre.

—Hola, Mary, ¿cómo ha estado hoy?

—Bien, bien, señor. Le ha llamado a la señora Emma un par de veces. Pero nada inusual. Comió bien.

—Bueno. ¿Por qué no te vas a casa? Yo me quedo con él.

—Pero no lo he bañado. Y aún no ha cenado —protesta la mujer mayor.

—No te preocupes por eso. Sé cómo hacerlo. Ve y te tomas la tarde libre. Sal fuera si quieres. Dormiré aquí esta noche.

—¿Está seguro? Me gustaría ir a hospedarme en casa de mi hija.

—Ve. Diviértete. —No tengo que decirle otra vez.

Mi padre está sentado en el borde de la cama cuando, mirando al suelo.

—Oye papá, ¿cómo estás? —Sentándome a su lado, envuelvo mi brazo alrededor de sus hombros frágiles.

Ojos de color gris lechoso, tan similares a los míos, me miran. —¿Dónde está Emma?

—Ella estará en casa pronto —le digo, porque eso es lo único que realmente parece calmarlo. —Quería mostrarte algo. —Sacando la gran piedra roja, se la llevo a la cara. —¿No es hermosa?

Mi padre se acerca instintivamente y toma el diamante con una mano temblorosa. Le da vuelta unas cuantas veces, levantándolo hacia la luz para tener una mejor vista. Aunque sé que no puede ver muy bien, sabe lo que está mirando. Esa claridad que a veces viene cuando está trabajando una piedra, sale a la luz, y me alegro por ello. —Un diamante rojo.

—Pensé que podrías estar interesado en ayudarme a mapear un corte.

—¿Y quién eres? —Aunque estoy acostumbrado a la pregunta, todavía me duele.

—John, señor. Soy John.

—Bueno, John, veamos qué podemos hacer.

Lo acompaño a la sala contigua, sentándolo en una mesa bien iluminada y coloco el cuaderno de planos delante de él. Mientras trabajo para preparar todo, papá toma la lupa e inspecciona la piedra. Me pregunto cuánto puede ver, hasta que mira hacia arriba y dice—. ¿Escogiste esta piedra?

—Me eligió a mí. ¿Qué te parece? —le pregunto, realmente interesado en su opinión.

—Hay carbono en ella.

—¿Deberíamos cortar a su alrededor? Podríamos hacer unos cuantos diamantes con eso —sugiero.

—Podríamos. O... podríamos mapear los cortes alrededor de la imperfección.

Somos tan parecidos, él y yo. Siempre vimos las cosas de la misma manera. —Me gustaría eso.

Me siento a su lado y comenzamos a trabajar. Durante horas, mapeamos, marcamos el cristal, debatimos dónde deberían ir las facetas, cuántas deberían

haber. Preparo la cena, asegurándome de mantener la conversación sobre el diamante rojo porque tengo miedo de que, si no lo hago, se retraiga a sí mismo y no regrese.

En el momento en que terminamos de comer, nos dirigimos de regreso al trabajo. Durante los próximos dos días, trabajamos tediosamente, sin cesar.

Al tercer día, ya no puedo interesarlo más. Está tan perdido que ni siquiera ha pedido ver a mi madre.

—Volverá otra vez —me dice Mary.

De repente su cabeza se levanta y me mira. —Emma. ¿Dónde está Emma?

Las palabras de Winn vuelven a mí cuando miro al hombre frágil, una vez fuerte y confiado. Había tenido el mundo en sus manos, y ahora ha sido reducido a meros fragmentos de su pasado. Todo lo que queda es Emma y sus diamantes.

Me arrodillo ante él, tomando sus manos en las mías, deseando que me vea como soy. Colocando mi cabeza en su regazo, dejo que las lágrimas que había estado conteniendo durante tanto tiempo se me escapen de los ojos. Una mano temblorosa me toca mi pelo.

—¿Está bien, señor? —pregunta, aún sin reconocermme como su hijo.

—Creo que he cometido un error —confieso, pensando en mi debilidad.

—Ahí, ahí. Todos los hacemos —me consuela.

Porque me siento tan perdido y confundido, y solo él puede responder honestamente la pregunta, liberándome de esta bella maldición que he puesto sobre mí mismo que me prohíbe sentir, aunque estoy desesperado por hacerlo, le pregunto—. Si un día pierdes a Emma, si ella nunca regresa a ti, no importa cuánto te supliques, ¿todo valdría la pena? ¿Valdrá la pena la soledad?

Su mano se detiene y por un momento creo que se ha hundido más en su mente. Pero luego él dice—. Nunca renunciaría a Emma. Nunca la dejaría ir. Incluso si solo fuera un recuerdo que se desvanecía, nunca me dejaría de verdad. Cualquier cosa vale el amor que dura para siempre.

—Te amo, papá —le digo, luego de pie, me limpio la cara y me dirijo a Mary. —Gracias por tu ayuda. —Besando la parte superior de la cabeza de mi padre, estoy a punto de irme, pero él agarra mi muñeca y me mira directamente a los ojos.

—El diamante, señor. Nunca lo dejes ir. Nunca encontrarás otro igual. Hagas lo que hagas, ¡nunca lo sueltes!

—No lo haré. Tienes mi palabra.

Con eso, vuelve a María. —¿Dónde está Emma? Me gustaría ver a Emma

por favor.

—Emma estará en casa pronto.

Lo dejo a su cargo, deseando que pudiera ver el producto final.

Durante toda la noche y hasta el día siguiente, trabajo para cortarlo a mano, siguiendo el mapa trazado para mantener intacta la mayoría de la piedra, permitiendo que el carbono permanezca en el corazón del diamante.

El sonido de las cortadoras de césped me despierta alrededor de las tres de la tarde. Me siento, agradecido de haber llegado a la cama en algún momento, aunque todavía estoy en mi atuendo de negocios.

Dejé el diamante sentado en la mesita de noche y lo levanto para mirarlo a la luz de la tarde que brilla a través de las ventanas. Las cien facetas reflejan la luz roja en las paredes a mi alrededor, brillantes y mágicas. Nunca he visto nada igual. Su rara belleza me conmueve. Y es mío.

Solo que ya no lo es. Era mío. Tenía el diamante más raro del mundo en mis manos. Intenté mapearlo, manejarlo, pero era demasiado complicado, y no pude.

No pude porque no era un diamante, sino una mujer de carne y hueso. Cálida. Hermosa. Complicada.

Y era mía. Debido al orgullo y una estúpida sensación de dominio, la dejé ir.

El diamante cae de mis manos cuando entiendo lo que realmente he perdido.

## Capítulo 18

### El Buen Señor King y la Reina de Corazones

*El Rey de los Diamantes, una vez fuerte y poderoso, gobernante de las tierras a lo largo y ancho, se encontraba en las puertas del castillo. El viaje fue largo y había perdido tanto. Escalo montañas, domo dragones y monstruos. Esto no había sido fácil. Pero era necesario para su supervivencia.*

*Comenzó la caminata como un hombre orgulloso, joven e inexperto, pero con una arrogancia que rivalizaba al más orgulloso de los leones. Ahora estaba de pie aquí, un hombre apenas aferrado.*

*Las grandes puertas dobles se abrieron y lo llevaron a una habitación en las profundidades del castillo donde la reina esperaba. Cuando se acercó, pudo ver el brillo en su interior, y sus manos temblaron con anticipación.*

*Un guardia bloqueó el camino hacia la asamblea de la reina. —Por favor, espere aquí —le dijo el hombre brusco, volviendo su atención a la habitación bien iluminada. —El rey de los diamantes, aquí para ver a la reina.*

*—Puede entrar —una voz femenina ordenó desde dentro.*

*El rey, que había estado momentáneamente cegado por el brillo al entrar en la cámara, entrecerró los ojos y miró a su alrededor con asombro. Nunca había visto algo como esto, ni en todo su propio reino, ni en todos sus viajes.*

*La gran sala, llena de personas de diferentes formas, tamaños y colores, no tenía paredes. Sin Fronteras. Nada más que un vasto espacio por lo que el ojo podía ver. Sin embargo, eso no fue lo que atrajo su atención y paro su respiración.*

*Cuando la multitud se dispersó permitiéndole el paso, sus ojos siguieron el camino hacia la escalera de mármol blanco que conducía al estrado donde estaba sentado el trono. Y en él, la reina de corazones.*

*La reina lo observó con interés cuando se acercó a ella y se detuvo a varios metros de distancia.*

*—¿Qué te ha traído hoy?*

*El rey, humillado por su belleza, se detuvo por un momento antes de*



*caer de rodillas, y se coloca el puño sobre su poderoso pecho. —He venido a jurar mi lealtad a ti, mi reina.*

*—¿Lealtad? ¿Por qué el rey de los diamantes me prometería lealtad alguna vez?*

*—Tengo un corazón vacío, mi reina. Reina de corazones que puede sanar todo. He esperado, y cuando no viniste, te busqué.*

*La reina, sonriendo con curiosidad, se puso de pie. Su pelo rojo fluía de debajo de su gran corona dorada y caía en cascada sobre la pesada capa blanca. Bajando por las escaleras, el material se onduló detrás de ella como el agua de un río, hipnotizando y atrayendo. La capa se abrió ligeramente para revelar el rojo de su vestido ceñido.*

*Se paró delante de él, sobre él. —¿Por qué crees que puedo ayudarte con este corazón vacío?*

*El rey miró los familiares ojos marrones de la reina, sobre su piel de seda y sus labios de terciopelo. Alcanzó a través de su pecho y sacó la última posesión que tenía. —Sé que eres la única que puede. Mi corazón. Es una cosa difícil. Fuerte. Pero tan frágil. —El rey entregó a la reina su corazón, una concha hecha de diamante, perfecta en todos los sentidos, excepto en uno. Una gran grieta dañó su superficie y cavó profundamente en el centro, amenazando con romperlo en dos.*

*Tristeza llenó sus ojos al ver el corazón roto. —¿Confiarías en mí para hacer esto? Podría romperlo fácilmente.*

*—Confío en ti. —Cuando una lágrima se deslizó más allá de sus límites, se declaró—. Rindo mi corazón roto. Por favor, reina de mi corazón. Reina de mi todo.*

## *Winnifred*

Suena la campana sobre la puerta de Playa Sana, y levanto la vista para ver a un hombre vestido con el uniforme de El Drayton que viene con un paquete grande en sus manos. Se acerca a la recepción donde está sentada Cynthia y dice—. Tengo una entrega para Winnifred Mills.

Cynthia levanta su barbilla hacia mí, y el hombre me entrega el paquete, y se va después de que firme por él.

—¿De quién es? —me pregunta la mujer.

Pensando que podría ser de Rory, miro la etiqueta pegada en el frente.

*Jonathan M. King*, se lee.

Sin responder a Cynthia, ni a mi madre, a quien casi corte en el pasillo, me encierro en la primera habitación a la que llego. Dejando la cosa sobre la mesa de masaje, rasgo el cartón marrón como si fuera un regalo en la mañana de Navidad.

Desde el interior saco un paquete más pequeño. Miro fijamente la caja de oro con el gran moño rojo y el sobre que dice—. Léeme primero —pegado en la parte superior. La escritura es pequeña y ordenada.

Mi corazón late con fuerza cuando abro el sobre. Hay dos hojas, llenas de palabras escritas a mano por él. Comienzo con la carta de presentación:

*Jonathan King, Aviso de renuncia.*

*A quien le interese...*

Dejándola, me trago el nudo en la garganta. No sé si quiero seguir leyendo. No, eso es mentira. Quiero leerlo todo, pero no sé si debería hacerlo. Realmente, ¿haría diferencia? ¿Qué podría tener que decir que cambiaría algo?

Al final del día, ambos nos lastimamos.

Pero debido a que soy una glotona para el dolor y la agonía, sigo leyendo.

*A quien le interese,*

*Esta carta sirve como una inmediata renuncia de mi corazón. Gracias por las oportunidades ofrecidas, pero he encontrado algo permanente en Winnifred Mills y no tengo intenciones de dejar ir esa posición.*

*Se adjunta mi carta formal de renuncia.*

*Sinceramente,  
Jonathan Michael King.*

Dejando a un lado la hoja, comienzo con la historia que él escribió metódicamente. Lágrimas ruedan por mis mejillas en riachuelos gruesos mientras la leo y pienso en lo que le costó escribir algo así. Cuando termino, abro la caja y aparto el delicado papel de seda que cubre su contenido y me detengo para mirar mi regalo. No es tanto el artículo, sino su significado. Sacándolo con cuidado, leo el título. —Dominar el Arte de Ser Un Buen Dominante.

El manual de BDSM ha sido leído, se ve a leguas. Hay varias con anotaciones escritas en los bordes y una nota adhesiva amarilla que marca una de ellas. Lo abro automáticamente allí y leo la sección resaltada.

*—Si bien, algunas escenas BDSM pueden incluir tolerancia al dolor y otros escenarios de juego de roles, la sumisión no se trata de aceptar el dolor y el castigo. No se trata de renunciar a tu dignidad. Se trata de la confianza. Confiando en que tu maestro cuidará de ti, te respetará, te amará y nunca hará nada para lastimarte. Para que la relación funcione, debe haber confianza.*

Dejando el libro a un lado, alcanzo una vez más la caja y saco un artículo más. Paso los dedos por la suave superficie de la paleta de cuero. Roja. Idéntica a la que había imaginado cuando escribí la historia en la que lo había nalgueado. Bueno, casi igual.

Cuando doy la vuelta a la paleta, me doy cuenta de que ha agregado un adorno a esta que nunca hubiera soñado. En la base de la manija, colocada en un engaste dorado, se encuentra el diamante rojo que me había mostrado semanas atrás. Ha sido cortado, y oh, tan hermoso, con el trozo de carbón que había admirado en su centro.

Por el rabillo del ojo, veo una nota en la parte inferior de la caja. Lee—. Una vez dijiste que te sentías imperfecta como esta piedra. Pero en parte tenías razón. Al igual que el carbono está rodeado por el diamante, yo soy el defecto rodeado por tu belleza. Te presento mi confianza, mi reina, mi raro diamante. Regresa a mí.

Esto es cuando lo veo todo por lo que realmente es. La historia que

escribió no es una historia en absoluto, es una declaración de sumisión.

Puede que no haya sabido mucho sobre el tema cuando escribí lo que hice, pero lo suficiente como para saber que la sumisión requiere mucha fuerza, mucha confianza. Y la sumisión de un hombre como él... Me está dando un regalo más grande que todos los diamantes del mundo juntos.

Sin pensarlo dos veces, tomo mi paleta y mi bolso y salgo corriendo. Quiero volar, pero mi coche tiene sus límites. John no está respondiendo ninguna de mis llamadas, así que le envío un texto abreviado.

- *Voy*

Está en El Drayton, de eso estoy segura.

Estoy casi saltando de emoción los treinta minutos que tardó en llegar, y cuando lo hago y el empleado del hotel pregunta si quiero mi coche estacionado, lo ignoro y lo dejo allí. Ese auto es tan pequeño que literalmente puede arrastrarlo fuera del camino si es necesario. En este momento, tengo asuntos mucho más importantes que atender.

El elevador tarda en subir, y cuando finalmente llego a las puertas, entro en la suite casi oscura. Sigo la luz hacia el comedor, para encontrar a John desnudo, inclinado sobre la mesa larga.

—Ama —dice, volviendo su rostro hacia mí.

Con la paleta en la mano, me pongo detrás de él y sonrío ante la visión pecaminosa que hace.

—Estás listo para mí. —Mi voz es baja, seductora, incluso para mis propios oídos.

—Siempre, mi ama.

—¿Soy tu ama, John?

Me mira, y su voz se ahoga cuando dice—. Eres más que eso. Winn, tú eres mi reina.

Lágrimas fluyen de mis ojos cuando veo el amor, la adoración, que tanto ansiaba de él. Porque yo también lo amo y lo adoro. Se ha convertido en mi mundo.

—Bien, señor King —le susurro, y aventando mis gafas, levanto mi brazo y lo bajo con fuerza, haciéndolo mío.

¿Te gusto el Rey de los Diamantes? Aidèe Jaimes es autora de romance también bajo el nombre Haden Hudson. Para más información sobre esta autora, entra a [www.aideejaim.es.com](http://www.aideejaim.es.com) y [www.hadenhudson.com](http://www.hadenhudson.com).

## **Otros Libros bajo Aidèe Jaimes:**

[El Boleto \(El Amorío, Libro 1\)](#)

[El Vestido Rojo \(El Amorío, Libro 2\)](#)

### **Bajo Haden Hudson:**

[Alma Tuya \(Amor Encantado, Libro 1\)](#)

[Alma Atada \(Amor Encantado, Libro 2\)](#)

[Alma Mia \(Amor Encantado, Libro 3\)](#)